

ERA DE TERROR



NO HAY LUGAR en la TIERRA

LOUIS CHARBONNEAU







Louis Charbonneau

NO HAY LUGAR EN LA TIERRA

Título original: *No Place on Earth*
Louis Charbonneau, 1958
Traducción: Fernando M. Sesén

CAPÍTULO I

1

La celda era como una tumba, con las paredes de una blancura mortal. Se curvaban hacia arriba, sin abertura alguna, hasta una bóveda de vidrio en el centro del techo. Más allá de la bóveda no había luz... sólo el cambiante azul oscuro del cielo nocturno. Las paredes estaban desnudas, a excepción del retrato de un hombre barbudo llamado Malthus y de dos ranuras en las que se leía: 10, marzo, 2240, y 23,25 HORAS, respectivamente.

Los muebles de la celda eran una mesa de piedra lisa, instalada sobre un pedestal y una silla metálica de asiento casi perpendicular. Un hombre ocupaba la silla con los brazos doblados hacia su espalda, las muñecas atadas mediante una cinta de plástico transparente. El mismo delgado material servía para mantener ligados sus tobillos a las patas de la silla.

Estaba sentado con paciencia, inmóvil, con los ojos fijos en la lisa sección de la pared que se corría hacia arriba para formar el hueco de una puerta. Mientras la miraba, la puerta acabó de abrirse. Dos hombres uniformados en blanco entraron. Uno de los uniformes tenía tres galones dorados sobre la manga izquierda, el otro sólo tenía dos. Por encima del bolsillo del pecho de cada uno de ellos estaba cosido el rojo emblema triangular con tres letras doradas: CCP. Y debajo de ellas la pequeña inscripción: «Cuerpo de Control de Población»

Los hombres de uniforme hicieron una mueca burlona al que estaba atado en la silla.

—Interróguele usted esta vez, cabo —dijo el hombre de los tres

galones.

El cabo sonrió ampliamente.

—Cuéntanos todo lo que sepas —dijo.

El de la silla les miró con ansia.

—Soy Petr Clayborne —contestó.

Los de uniforme se miraron uno a otro y prorrumpieron en carcajadas.

—Soy Petr Clayborne —repitió sonriendo el prisionero—. Soy Petr Clayborne.

Los otros dos casi se doblaron a impulsos de la risa que despertaba ecos en las desnudas paredes. Rieron hasta que el cabo tuvo que apartarse, apoyándose contra la pared, y el otro comenzó a sentirse sofocado. La sonrisa ansiosa no desapareció de los labios del hombre atado.

Gradualmente las carcajadas disminuyeron de intensidad, hasta morir. El rostro colorado del cabo fue el primero en serenarse.

—Al verlo cómo está ahora, uno no lo diría, pero debe ser importante para hacer que venga en persona el capitán Hartog —dijo el cabo.

—¡Importante! —el de mayor edad escupió hacia el prisionero— ¡Es un enemigo del Estado! Me gustaría ver lo que hace Hartog con él…

Se oyó un rumor de fuera, un reflejo de luz atravesó la bóveda de encima y los dos hombres de uniforme se movieron alerta hacia la puerta de la celda. Petr Clayborne les vio irse con un interés infantil.

Esperó con ansia hasta que percibió el sonido de sus pasos al regresar. Pero el primero en entrar en la celda le era desconocido; se trataba de Un hombretón, muy bronceado, con un rostro tan cuadrado y duro como la losa que formaba el tablero de la mesa. También llevaba el uniforme blanco con el emblema rojo. Avanzó hacia Petr, con pasos deliberados, taconeando en exceso. Los otros dos caminaron tras él.

—Buenas noches, Petr —dijo el hombretón.

El de la silla le miró inexpresivo. El grandullón sonrió y al hacerlo pareció cruzarle la cara una desfiguradora cicatriz. Su brazo derecho salió disparado y el dorso de la mano propinó un revés al

rostro de Petr. El borde cortante de una piedra roja engarzada en el anillo dejó tras de sí un rastro sanguinolento. Petr notó el gusto de la sangre y los oídos le zumbaron. Involuntariamente las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—No recuerda nada, capitán —dijo con una mueca el de los tres galones—. Es como un crío.

El hombretón gruñó.

—Necesito que me des información, Petr. Me entiendes, ¿verdad? ¿Te das cuenta de lo que te digo?

Petr sacudió la cabeza. Parpadeó por las lágrimas y miró a través de ellas con ojos a la vez doloridos y asombrados.

—Haré que me entiendas, Petr. Os creéis muy listos, tú y tu Movimiento Clandestino. Pero nosotros te vamos a devolver la memoria, Petr. Nos lo contarás todo.

Se volvió bruscamente.

—Sargento, ¿está aún aquí el comandante Porter?

—Ahora está ahí fuera, señor —dijo el de los tres galones—. Hemos descargado todo su equipo.

—Hazlo venir —ordenó el capitán Hartog—. Y ten preparados a los otros dos prisioneros.

—Sí, señor.

El sargento salió presuroso y el joven cabo permaneció plantado y alerta junto a la entrada. Hartog pareció ignorarlo y se volvió hacia Petr. Había algo en su mirada que Petr no comprendía. La devolvió con ansiosa curiosidad, pero sin descaro alguno.

—Nos está costando bastante tiempo hacernos contigo, Petr —dijo con suavidad Hartog—. Pero aquí se acaba todo. Has perdido algo más que tu memoria. Nosotros te vamos a enseñar a ser traidor.

El cabo tosió. Un desconocido estaba a su lado, alto y delgado, con rostro hambriento. Iba todo vestido en sencillo gris.

—Salve a Malthus —exclamó placentero, levantando la diestra a guisa de saludo ritual—. ¿El capitán Hartog? —añadió extendiendo la mano amistoso.

Hartog ignoró el gesto, pero devolvió el saludo.

—Salve a Malthus —dijo—. No tenemos tiempo que perder, comandante. ¿Tiene todo su equipo preparado?

El comandante sonrió levemente.

—Todo —contestó—. Al paciente se le han dado ya inyecciones para contrarrestar los efectos del borrador de recuerdos. —Miró a Petr coa académico interés—. Se le ve muy dócil.

La dura línea de la boca del capitán del CCP se contrajo.

—¡Dócil! No deje que le engañe su aspecto, comandante. He ido tras él durante meses e incluso ahora que lo hemos atrapado ha hecho más daño a nuestros planes, a todo el Gobierno del Jefe, que hizo su padre en vida.

—Tengo entendido que ejecutaron a su padre —dijo el comandante Porter, estudiando a Petr con los ojos semicerrados—. Interesante. Es raro hoy en día poder examinar en un hijo la herencia criminal de su padre.

Petr les escuchaba mientras hablaban. Como un niño, su mente se asió a la palabra «padre». Aquello le trajo la imagen... al principio débil, luego cristalizándose con lentitud. Era la imagen de una habitación oscura. El hombre, alto y aterrorizante, se inclinaba para tocarle la cabeza. Él permanecía quieto obedientemente aunque se sentía asustado. El hombre alto se apartó de él con tristeza.

Petr apartó su mente del recuerdo, regresando a la celda y al hombretón que le estaba mirando con fijeza. Vagamente reconoció la animadversión del capitán y se notó turbado por ello. No podía comprender qué es lo que había hecho mal cuando todo él estaba poseído de un intenso deseo de complacer.

El comandante se volvió cuando los dos suboficiales entraron en la estancia, jadeando bajo el peso de una alta caja metálica, cuya cara frontal estaba dividida por una oblonga pantalla, n el dorso de la caja una serie confusa de cables estaban conectados a la parte posterior de la pantalla, y de la superficie superior de dicha caja, como si fueran una antena, salían dos largos tubos flexibles con ventosas en los extremos.

La caja fue instalada en la cabecera de la mesa de piedra. El comandante se inclinó sobre ella, moviendo una serie de mandos sitos tras la pantalla.

—¿Cómo funciona ese chisme? —preguntó impaciente Hartog.

—Sacudidas eléctricas, electroshock —contestó el comandante

—. No es nada nuevo, claro, pero es de efectos comprobados y bastante enérgico. Peligroso. Tenemos que vigilar con atención al paciente.

Hartog gruñó.

—Limítese a mantenerlo vivo hasta que sepamos lo que necesitamos saber. No me importan los efectos que sufra ese individuo, siempre y cuando le saquemos lo que nos interesa.

—Es el único medio con el que hemos logrado siempre éxitos —dijo el comandante como si hablara para sí—. Las drogas, por sí solas no alcanzan plenos resultados. Contrarrestan el producto que utiliza el Movimiento Clandestino, evitan que sus efectos se propaguen. Y con drogas podemos romper la resistencia del paciente, obligarle a que desee ayudarnos. Pero no basta con eso.

Hartog miró al sargento que estaba tras él.

—¿Se le dieron las drogas inmediatamente?

—Sí, señor. Sabíamos que se había tomado el borrador de recuerdos. Lo supimos nada más traerle aquí. En seguida se le dieron los antídotos prescritos.

—Cuando llegué ya habían comenzado a hacerle efecto —dijo el comandante Porter—. Pero para entonces en la mente del prisionero se había abierto ya grandes brechas. Cuanto menos cuarenta años de su vida han quedado hechos girones.

—¿¡No recuerda nada?

—Sólo fragmentos. Nada más allá de los diez primeros años de su vida, poco más o menos.

Hartog frunció el ceño.

—¿Cómo es posible devolverle la memoria?

Los labios del comandante se curvaron en una. sonrisa indulgente.

—Déjeme probar este sistema. El producto destructor afecta ciertas zonas del cerebro. Es como cubos de hielo en un congelador. Hemos detenido su congelación antes de que fuera completa, acudiendo con rapidez. Nuestras drogas evitarán que siga la congelación… incluso deshelarán un poco a las células.

—¿Y se supone que el electroshock deshelará todavía más?

—Poco más o menos —el comandante miró a Petr—. Debo admitir que en otros casos nuestro éxito ha sido sólo parcial. Pero

también hay esas drogas con tanta celeridad. Eso aumenta nuestras probabilidades de éxito.

—¿Hay alguna otra cosa mala en él? —preguntó pensativo Hartog.

—Sólo las quemaduras.

Hartog se inclinó para examinar la mitad inferior del rostro de Petr.

—Principalmente las tiene en la boca —dijo el comandante Porter—. Las encías, lengua y parte interior de los labios.

Porter se adelantó y abrió la boca de Petr. Los dos hombres miraron en silencio.

—Dijo usted que el tratamiento era peligroso —exclamó Hartog —. Presumo que el peligro aumenta si se prolonga el tratamiento, ¿no?

Las cejas de Porter se alzaron levemente.

—Sí, hay un incremento drástico.

Bruscamente Hartog se irguió.

—Estamos perdiendo el tiempo —exclamó—. Si no seguimos adelante con esto, el resto del grupo se nos escapará.

—Claro —dijo el comandante Porter—. Haga que lo coloquen sobre la mesa.

Los dos jóvenes miembros del CCP se adelantaron presurosos a una orden de Hartog. Uno de ellos había comenzado a cortar la cinta de las muñecas de Petr cuando se acercó el capitán.

—No os molestéis con eso —exclamó.

De un tirón arrancó la cinta. El aire de sus pulmones siseó al pasar por entre los dientes de Petr y más lágrimas arrasaron sus ojos. Hartog soltó una carcajada y se agachó para arrancar la cinta que sujetaba los tobillos de Petr, mientras que los dos guardias agarraban al prisionero de los brazos. Aquella vez, ansiando que el grandullón no se diera cuenta del dolor que sufría, Petr estaba prevenido. Su rostro permaneció inexpresivo incluso cuando la cinta de plástico le desgarró los tobillos.

Le arrastraron hasta la losa de la mesa y le acostaron allí boca arriba. El comandante Porter levantó el brazo.

—Utilicen esto —dijo.

Entregó un cilindro al sargento. Cuando éste lo comprimió, Petr

sintió algo frío y húmedo extenderse sobre su cuerpo. Iba desde los pies hasta el cuello, impalpable como líquido rociado, pero una vez hubo acabado el sargento, Petr se encontró envuelto en una chaqueta casi invisible tan apretada y justa como la tripa que envuelve a una salchicha.

—¿Es algo nuevo? —preguntó Hartog con el ceño fruncido.

—Sí —respondió el comandante—. ES muy eficaz. En breve su uso será general.

—¿No logrará romperlo?

El comandante Porter sacudió la cabeza. Una sonrisa indulgente asomó a sus labios.

—Usted no podría arrancárselo, capitán. Naturalmente que tenemos un pulverizador con disolvente —sacó un frasquito verde del bolsillo y se lo enseñó—. Es el único modo de quitarle esa camisa del cuerpo.

Colocaron un cojín bajo la cabeza de Petr y el prisionero se encontró mirando el rostro del comandante, una cara bizarra de arriba a abajo, con su boca pequeña y ojos luminosos. Las dos ventosas le fueron aplicadas a ambas sienes de Petr y al hacerlo notó una leve sacudida, mientras la sensación de que algo le corría por el cuerpo le invadió. Al cabo de un instante pareció disminuir, o quizá es que se acostumbró hasta el punto de no darse ni cuenta.

—Todo está listo ahora —dijo el comandante con voz suave—. Puede comenzar a preguntar cuando quiera, capitán.

—Todavía no le ha hecho nada al prisionero —exclamó Hartog.

—Necesitamos estimular un poco su memoria —explicó paciente el comandante—. ¿Por dónde quiere usted comenzar? ¿Qué es lo que usted sabe que pueda dar origen a una cadena de pensamientos? Supongo que no querrá recuerdos de su niñez.

—Lo sabemos todo acerca de su infancia —dijo Hartog—. El Estado lo crio tras la ejecución de su padre. No tiene que recordar hasta hace ocho o nueve meses. Era un irresponsable, un débil… en definitiva no tenía las características de un Jefe —el capitán hizo una pausa—. Siempre me he opuesto a la idea de que el Estado críe, y eduque a los débiles.

—¿Cuál fue su delito, capitán?

—Desafió la ética maltusiana, comandante. Violó el Código de la

Población.

—¿La… la primera ley?

—Exactamente —dijo con disgusto Hartog.

—Comprendo —comentó el comandante Porter—. ¿Pero qué clase de información quiere ob. tener de él?

—Sabemos que el Movimiento Clandestino está construyendo una espacionave, comandante. Una locura, un intento desesperado… pero cuando lo destruyamos tendremos un eficaz relato para nuestra propaganda.

—¿Estaba Clayborne mezclado en esa tentativa?

—Fue seleccionado para ir en el vuelo. Teníamos un agente leal introducido en el grupo al que ese pertenecía. Clayborne asesinó a nuestro agente.

El comandante miró pensativo a Petr.

—Eso ocurrió aquí, ahí fuera, en la calle. Y cuando lo capturaron Clayborne destruyó su memoria para no poder decir nada de la espacionave.

—Nos lo dirá —exclamó fríamente Hartog. Se inclinó sobre el prisionero—. ¿Dónde van a ir tus amigos, Petr? ¿Dónde están construyendo la espacionave?

Petr le miró con ansia. Se esforzó por recordar, pero su mente era como un gigantesco catálogo de nombres y fechas y datos, cada uno de los cuales le eludía esquivo. Casi lograba atrapar uno, pero en el último instante se le escapaba como el agua entre los dedos.

—Te fuiste del hotel —dijo Hartog—. ¿Adónde te dirigiste desde allí, Petr? ¿Quién fue contigo?

—Así se procede —asintió el comandante en voz baja— Un nombre. Dele un nombre para que pueda recordar.

Una serie de zigzags de luz revolotearon por la pantalla justo encima de la cabeza del prisionero.

—Alda —dijo de repente Hartog—. ¿Dónde está Alda, Petr?

Una línea blanca apareció en la pantalla y la mano del comandante se movió veloz. La cabeza de Petr estalló. Una gran bola de fuego atravesó su cerebro estallando como una granada. A muchísima distancia alguien gritó.

Entonces, recordó.

2

Se movía a través de la oscuridad con precaución, cuidando de no sacudir la incómoda caja que llevaba. Una vez tropezó y cayó de rodillas, alzando la caja con frenesí para mantenerla al mismo nivel, amortiguando la sacudida con sus propias piernas y cuerpo. Hubo un débil sonido procedente del interior de la caja.

Delante de él la mujer se movía, con la cabeza erguida. Sólo alguna oscilación ocasional de incertidumbre traicionaba su agotamiento. Ella permanecía cerca de él. Ambos estaban sólo a un brazo de distancia del hombre mimbreño que abría la marcha. Nadie hablaba. Cada uno procuraba ahorrar alientos.

Llegaron a la cresta de la colina y la bahía se abrió por debajo de ellos. A la izquierda, el barrio de las atracciones todavía muerto en la noche, un apiñamiento de pequeñas y oscuras cúpulas, con una cenefa de luces a lo largo de la calle principal y alrededor de la zona central de aterrizaje, parecían querer decir que la vida allí persistía a pesar de hallarse en pleno invierno.

Cerca del centro de la ciudad una de las cúpulas relucía débilmente. No tenía ventanas, ni hendidura de luz, sino un suave apantallamiento que permitía que el resplandor se filtrara a través de las paredes luminosas. Mientras vigilaban, una silueta emergió de la base de la esfera y permaneció allí un momento. Se fue por su izquierda a lo largo de la calle en dirección de los muelles, debajo de ellos, a un extremo de la ciudad.

—El patrullero —dijo Duclos—. Tiene la costumbre de detenerse en el puesto para tomarse un café caliente. Peligroso para él y bueno para nosotros.

—¿Cuál es nuestro submarino? —preguntó Alda.

—El segundo a partir del extremo —contestó Duclos.

Era sólo una forma larga, débil, sobre el agua una de una fila anidada contra la estructura del muelle, como personas durmiendo en un cuartel. No había luz ni movimiento en el muelle, ni tampoco entre los negros cilindros que descansaban sobre el agua.

—¿Está a bordo la tripulación? —preguntó Petr.

Duclos sonrió, sus blancos dientes relucieron en la negrura.

—Usted no los verá, pero están a bordo, esperándonos.

Comenzaron a descender por la ladera. El patrullero no podía verlos ahora, pero Duclos marchaba en cabeza con rapidez, como si estuvieran a pleno sol y sin peligro alguno. Salieron del bosque al pie de la ladera tras una fila de cúpulas idénticas —estructuras ligeras de las utilizadas en los lugares veraniegos, fácilmente edificables y desmontables y trasladables. Tenían un cierto aire de provisionalidad como si fueran un mero proyecto de edificaciones.

—Todo vacío —susurró Duclos.

Avanzó de nuevo y los demás le siguieron. Se mantuvieron en la curveada sombra de la última cúpula de la fila y marcharon hacia la calle principal. Duclos tanteó, hizo un gesto y todos se inmovilizaron en las sombras. Alda se inclinó sobre Petr y el la murmuró cosas inconexas en el oído, para tranquilizarla. Duclos chisteó y se callaron obedientes.

El patrullero del CCP apareció a plena vista de los que estaban ocultos a menos de veinte pasos de distancia. Le vieron inspeccionar casualmente el muelle. No se molestó en seguir hasta el final.

Aumentó la frecuencia de sus pasos al desandar lo andado. Volvió a pasar junto a ellos, dirigiéndose, sin duda, a tomar el café de costumbres en la iluminada cúpula del puesto del Cuerpo. AI cabo de un instante Duclos hizo un gesto con la. cabeza.

—Yo iré primero —dijo.

Cruzó la iluminada calle como una flecha para desaparecer en la oscuridad del otro lado, Petr se adelantó un poco hasta que le fue posible estudiar la longitud de la calle.

—Ahora —exclamó.

Corrieron juntos. En el centro de la calle Petr sintió la misma sensación como si se hallara en el centro del chorro de luz de un reflector, pero no miró hacia el puesto. Luego se encontraron a. la otra parte de la calle y descendiendo por la. pendiente hacia el muelle, con la preciada caja, mantenida a su nivel normal precariamente en los brazos de Petr. Duclos salió a su encuentro.

El muelle tenía una barandilla que ofrecía, una parcial protección. Marcharon sobre la superficie de madera en silencio, agachándose tras la barandilla. Cerca del extremo del muelle

encontraron los escalones que bajaban hasta un negro y confuso submarino. Caminaron por la estrecha cubierta. Sólo cuando Petr estuvo en lo alto de la torre se dio cuenta de que la escotilla estaba abierta. Uno a uno la atravesaron, descendiendo por una escalera metálica de caracol, cuyos peldaños estaban forrados de goma para hacerlos insonoros.

El interior del submarino estaba oscuro. Pero oyeron el suave chasquido de la escotilla de la torre al cerrarse. Al instante el suave resplandor de una luz creció en los paneles laterales del sumergible.

Duclos les miró.

—Hay un camarote particular para Alda —dijo. Su mano rozó la caja que sostenía Petr—. Y el médico de la nave se hará cargo de esto.

Miró su reloj.

—Tenéis tres minutos —dijo.

Siguieron a un tripulante a lo largo de un estrecho corredor. Abrió una puerta y les hizo entrar en un pequeño cubículo que lograba albergar dos literas en un espacio imposible. Petr cerró la puerta y tomó a Alda entre sus brazos.

—No quiero que te vayas, Petr —susurró ella.

—Lo sé —contestó él y sus labios rozaron la .húmeda mejilla de la mujer—. Tampoco quiero dejarte ahora que estamos tan cerca de todo cuanto queríamos. Pero no hay más remedio.

—Podría ir cualquier otro —insistió ella.

Petr sacudió la cabeza con suavidad y el rostro de ella le siguió en el movimiento.

—Soy el único que puede salir del submarino sin que el traidor sospeche. Uno de la tripulación estará aquí contigo, vestido con mis ropas. Quienquiera que sea el que nos traiciona creerá que todo el mundo está a bordo. De otro modo no se atrevería a obrar.

—Es tan peligroso —sollozó Alda—. Si algo ocurriera...

—Ocurrirá —contestó Petr ceñudo—, pero no a mí…

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¡Amor mío, debe haber otro medio!

—Mira —la dijo Petr con suavidad—. Estaré escondido. El traidor no esperará que haya nadie fuera de aquí, de manera que todo estará a. mi favor. Y voy armado. No hay nada de qué

preocuparse. Y es nuestra única posibilidad de hacer que el traidor se descubra a sí mismo. No podemos arriesgamos a dejarle que parta de aquí con nosotros… no es posible que le permitamos llegar hasta el mismísimo cohete.

—Lo sé… lo sé —contestó ella—. Lo sé…

Se le colgó del cuello y cuando se besaron fue como si ella tratara de comprimir contra el cuerpo de él todo el amor que había crecido entre el miedo durante los meses de huida, como si tratara de expresar aquel amor en un único momento, como si el amor que los había conducido» al peligro pudiera libertarlos.

Alguien llamó impaciente a la puerta. Era Duclos, con un joven marinero.

—Tenéis el tiempo justo para cambiaros de ropa —dijo. Estudió el rostro de Petr—. ¿Comprendes lo que tienes que hacer?

Petr asintió.

—Si algo sale mal —añadió Duclos— mándanos aviso con una bengala. El submarino se trasladará en seguida al punto 2. Saldremos a la superficie allí a las 5 de la madrugada de mañana. No más tarde.

Petr volvió a asentir. Sabía que si el submarino tenía que zarpar sin él, las posibilidades que tenía de acudir a la cita en el Punto 2 eran tan remotas que casi no valía la pena de pensar en ellas.

—Este amigo es casi de tu tamaño —dijo Duclos volviéndose hacia el marinero—. Ocupará, tu lugar al lado de Alda.

Ella miró a Petr.

—Nadie puede ocupar ese lugar… ni podrá nunca —dijo.

3

Más tarde, agazapado en la oscuridad de la ladera, en la parte que daba a la dormida ciudad, recordó la mirada de los ojos grises de Alda, turbia por las lágrimas. Automáticamente su lengua recorrió el contorno de la muela postiza que era la marca invisible del Movimiento Clandestino y que contenía el borrador de recuerdos. Se acordó del miedo en los ojos de Alda y se aseguró a sí mismo que pasaría mucho tiempo antes de que le permitieran quitarse aquel diente falso de su boca.

Los últimos miembros del grupo de fugitivos se habían deslizado por el muelle y embarcado en el submarino. A pesar de que no había visto rastro de movimiento, Petr sabía que las guardias alternadas habían comenzado hacía rato. Era parte de su plan. Tenía que dársele al traidor una oportunidad de salir del submarino solo. Cada miembro del grupo tendría su turno solitario de guardia, sabiendo que los demás estaban en el interior del sumergible, conociendo que el puesto del CCP quedaba a escasa distancia, sería cosa fácil deslizarse por el muelle, detener al patrullero y darle la información... o incluso echar a correr por el muelle y entrar en persona en el puesto. Si se daban cuenta de su ausencia momentánea, podría dar alguna explicación fácil. Diría que había visto un movimiento sospechoso en el muelle y que había salido a investigar.

Muy sencillo. Muy cómodo. Petr estaba seguro de que el traidor aprovecharía aquella oportunidad. Pero ahora apenas quedaba una hora hasta el alba y no se había visto movimiento alguno por parte del traidor.

La mayor parte de las guardias habrían acabado ya.

Mientras Petr vigilaba, el Patrullero del CCP volvió a aparecer, efectuando su rutinaria inspección del muelle. Golpeaba las manos contra sus costados, tratando de entrar en reacción, de calentarse un poco. Petr agazapado, entumecido, consciente de que el cierzo cortaba sus mejillas, ni siquiera movía los dedos de los pies.

El patrullero se dio la vuelta de nuevo. Sus pasos se apresuraron

una vez más mientras se dirigía al puesto, ignorando por completo la actividad que había tenido lugar durante sus frecuentes viajes en busca de café. Debía ser una tarea aburrida y monótona, pensó Petr con una tensa sonrisa. Probablemente el patrullero esperaba que lo trasladaran pronto a la ciudad, en donde había posibilidad de entrar en acción. Patrullar por el Club Submarinista reservado sólo a los jefes, en lo más crudo del invierno mientras la localidad veraniega esperaba la llegada de la primavera, debía ser algo casi rayando lo absurdo.

El lugar ofrecía un escondite perfecto para el submarino del Movimiento Clandestino, inocentemente amarrado al lado de los sumergibles de recreo de nuestros jefes en un muelle inactivo. Y desde allí, según había apuntado Duclos, La Cueva estaba a poca distancia, aquella gruta en donde el terreno mismo ofrecía escondrijo a la gran espacionave que les llevaría fuera de la Tierra.

Cuando hubo desaparecido el patrullero, Petr con cuidado movió las piernas y flexionó los dedos. Su pie hizo un leve ruido al rozar la húmeda tierra y Petr se quedó inmóvil al instante. No era conveniente correr riesgos. Pronto tendría que subir a bordo del sumergible y tendría ocasiones abundantes de entrar en calor.

Oyó un débil sonido, como un eco de su pie rozando el suelo. Durante algún tiempo no pudo localizar su procedencia. Escuchó, con todo el cuerpo tenso y crispado. El sonido no se repitió. Miró hacia la oscura línea del muelle hasta que los ojos se le pusieron acuosos y tuvo que parpadear rápidamente a causa del aire frío.

Luego una sombra se movió en el extremo del embarcadero y la mano de Petr se cerró en torno a la culata de su paralizador. Apuntó con cuidado y se deslizó hacia la calle, sita debajo de él. El traidor tendría que pasar obligatoriamente a poca distancia delante de su persona.

Se agazapó en un matorral de arbustos a pocos pasos tan sólo de la calle. Por el momento, había perdido el manchón de la sombra en movimiento, pero esperó confiado. El corazón martilleaba con fuerza en su pecho y su aliento formaba nubes de vapor en el aire. Trató de respirar más despacio, dejando que sus aspiraciones no llamaran tanto la atención. Mantuvo el paralizador apartado de su cuerpo, apuntando hacia la calle. Su mano, envarada y entumecida

por el frío, temblaba.

Tuvo un fugaz momento de aviso, lo bastante largo como para preguntarse cómo se había enterado el traidor de que él estaba allí, apostado en la oscuridad. Su ojo captó el movimiento a su derecha y se arrojó inmediatamente al suelo. Pero su cuerpo le traicionó. Le pareció moverse lentamente, como si sus músculos estuvieran tan entumecidos por el frío que no reaccionaran con presteza ante el esfuerzo. La potencia del paralizador, una explosión sin sonido, recayó sobre su hombro y lo hecho hacia atrás, chocando con el duro suelo violentamente. Permaneció allí, sin aliento, con la cabeza dándole vueltas y con una deliciosa oscuridad cerniéndose sobre su persona.

Unas pisadas se oyeron corriendo ligeras junto a él calle arriba.

4

Luchó contra aquella acogedora oscuridad. Todo un lado de su cuerpo estaba rígido con algo más que frío y su brazo derecho no parecía querer obedecer los dictados de su mente. Le habría gustado permanecer tumbado y descansar, permitiendo que el torbellino de su cerebro se calmara. Nada hubiese sido tan deseable… pero se obligó a sí mismo a erguirse.

Con la mano izquierda tanteó en busca del paralizador que había dejado caer en alguna parte del suelo. Actuaba sin ver y sintió un agonizante alivio cuando sus dedos se cerraron en torno al frío cañón del arma. Y sin precauciones ya, atravesó el matorral en dirección a la calle.

Le parecía que habían transcurrido minutos desde que pasó corriendo junto a él aquella figura, pero le vio apenas sus pies se posaron en la superficie de la calle. Advirtió como las piernas del individuo se movían veloces, oyó el rápido sonar de las pisadas, vio la cabeza vuelta hacia él, mirando por encima del hombro. Petr levantó su paralizador e hizo fuego.

El fugitivo se lanzó al suelo y se arrastró en busca del cobijo que le ofrecía un almacén delante de él. Petr disparó de nuevo, sabiendo que no le era posible apuntar con seguridad a aquella distancia y con la mano izquierda. Fue bastante para detener al traidor, para impedirle que llegara hasta el puesto del CCP que estaba levemente alumbrado calle arriba.

El traidor sabría ahora que no tendría posibilidad de regresar al submarino sin ser visto, sin ser descubierto. Ocurriera lo que ocurriese ya estaba desenmascarado. Su única solución estaba en alcanzar el puesto del CCP y dar la alarma, lo que significaría el fin de todo para el grupo de fugitivos del submarino.

Petr se lanzó hacia adelante. El detonar susurrante de un paralizador murió en una cerca de madera a su lado. Vio la desconocida figura salir del, almacén sito en frente de donde él había estado oculto y correr en busca del próximo umbral. Petr se lanzó a cruzar la calle y cayó contra la pared de un edificio. Una

fuerza invisible levantó una lluvia de piedrecillas detrás de sus pies. El enemigo había disparado tarde.

Petr apoyó contra el edificio el peso muerto de su hombro derecho y miró a lo largo de la calle, con la mano izquierda extendida y rígida, apuntando con el mayor cuidado. La sombra se movió y Petr disparó. Vio cómo se levantaba polvo y piedrecillas y cómo la figura caía fuera de su vista. Petr corrió hacia allí. Tenía que acercarse más. Volvió a disparar mientras corría, ciego, por la calle vacía.

Sus pies parecían infinitamente torpes, su pierna derecha era una carga insoportable. Respiraba en penosos jadeos y su corazón batía dolorosamente en el pecho. Luego, el pie derecho se torció. Se tambaleó, osciló y cayó.

A través del repentino velo de lágrimas vio cómo la figura sombría tomaba a moverse, corriendo lejos de él, era una pizca de movimiento casi ya en el puesto del CCP. Apoyó el codo en el pavimento, aguardó hasta que su mano dejó de temblar y entonces, aterrorizado por temor de que fuese demasiado tarde, apretó el gatillo dos veces, en rápida sucesión, efectuando los últimos dos disparos de su paralizador.

Oyó un grito y a través de la película que empañaba sus ojos vio como el que corría saltaba hacia arriba como una marioneta a quien tiran de sus cordones, con los brazos y piernas en una loca actitud para luego caer pesadamente en el duro suelo.

Un chorro de luz cruzó la calle por delante del puesto del CCP. Surgieron blanquecinas figuras. Petr las vio venir. Sabía que no le era posible correr, pero todavía se encontraba en condiciones de mandar un aviso al sumergible. Encontró la bengala de su bolsillo. Las figuras blancas corrían hacia él directamente ahora, llamándose mutuamente, mientras que uno de ellos se había quedado inclinado sobre la forma inerte que yacía en la calle.

Con dedos torpes tanteó el disparador de la bengala. Se lo llevó a la boca y lo mordió con furia, notando cómo el metal le desgarraba los labios. Por último consiguió abrirlo y arrojó la bengala lejos de sí.

Toda la calle pareció arder en una bola de fuego. Chorros de luz multicolor surcaron el cielo a gran altura y cayeron despacio con

una lluvia de chispas. Durante un momento la calle pareció avivarse con la realidad de una pesadilla, en la que los blancos uniformes de los patrulleros del CCP se cerraron sobre él atravesando una bruma dorada.

Pensó en el grupo que esperaba en el submarino. Por su mente pasó la idea de que no hubiesen visto la señal y que se perdiera todo, aunque a él no le importase lo que pudiera ocurrirle.

Sintió cómo unas manos le aferraban rudamente, dándole la vuelta. Una voz áspera le ladraba algo ininteligible. Con la lengua tanteó la lisa superficie de su muela postiza. La acarició, la empujó unos instantes, mientras los grises ojos de Alda se le aparecían suplicantes.

Forzó una sonrisa destinada a animar la imagen visionaria de Alda… y su lengua empujó con fuerza la muela. Unas gotas de líquido se deslizaron por su garganta. Lo tragó. Las manazas le cogían por los sobacos obligándole a ponerse en pie. El líquido hizo que la garganta le escociese y su cerebro estalló en una apoteosis de locura.

Una llamarada ocupó su mente. Las chispas caían con lentitud y cuando chisporroteó la última, apagándose, sólo quedó una inmensa oscuridad.

CAPÍTULO II

1

Petr yacía inmóvil sobre la losa, con los ojos cerrados, los labios apretados. Se sentía azorado, roto entre un intenso deseo de complacer al gran capitán del CCP y al brillante mayor y almirante comandante y entre otro sentimiento comprensible que le inducía a permanecer en silencio.

Ahora comprendía que aquella sensación que le obligaba a complacer a sus interrogadores estaba inducida por las inyecciones, pero el saber que el deseo era artificial no ayudaba en nada. Y de ninguna manera podía identificarse a sí mismo con los acontecimientos que acababa de recordar. Es que Petr, el miembro del Movimiento Clandestino, era otra persona, sus motivos oscuros. El tubo vacío en su boca era real, pero la acción que lo había hecho vaciar, que había permitido que el incontenido líquido de su memoria se vertiera, era como un sueño, sin razón y sin motivo.

—¿Está usted seguro de que sigue inconsciente? —preguntó la áspera voz del capitán Hartog por encima de él.

—El choque es drástico —respondió la voz meliflua del comandante—. Pero pronto deberá recobrarse.

—Son las doce y quince —exclamó Hartog—. Tenemos menos de cinco horas para descubrir dónde está el Punto 2... y ese submarino...

—¿Ha emitido la orden de búsqueda para el submarino? —preguntó el comandante.

—¡Pues claro! ¡Conozco mi trabajo! —saltó Hartog—. Supongamos que usted sigue adelante con el suyo. Hágalo despertar.

Petr sintió un aliento cálido cerca de su rostro. Le llegaron a abrir uno de los párpados.

—Ahora está consciente —dijo el comandante—, creo que lo ha estado desde hace rato...

Petr abrió sus ojos a tiempo de ver el amplio dorso de la mano

de Hartog, con la piel roja reluciendo, caer sobre su rostro. Sintió cómo su cabeza era impulsada hacia atrás, pero la mano volvió a abofetear su mejilla con un revés impresionante. Sus ojos se le vidriaron inmediatamente y sintió cómo por su barbilla corría un reguero de sangre.

—No trates de ser demasiado listo, Petr —dijo Hartog. Su rostro se inclinó acercándose más—. ¿Sabes quién era el traidor, aquel que mataste?

Petr sacudió la cabeza. Vio sólo una figura fugitiva en la calle sombría.

—Ella no era ningún traidor, Petr. Era una hija leal del Gobierno de nuestro Jefe. Le servía bien. Vas a pagar lo que la hiciste.

—¿Ella? —preguntó Petr.

—Era Alda —dijo con frialdad Hartog. Tú mataste a tu mujer.

Petr sollozó y comenzó a forcejear contra la película que aprisionaba su cuerpo. Hartog se carcajeó ante los fútiles esfuerzos y por primera vez Petr sintió una nueva emoción sobreponiéndose a lo que le pasaba, una emoción concerniente al grandullón, una sensación de odio que hizo que su rostro sintiera una oleada de calor.

—No era Alda —dijo con aspereza—. Es imposible que lo fuera…

—¿No? ¿Cómo crees que te sorprendimos tan. fácilmente allá en la oscuridad detrás de los arbustos? Pensaste que estabas escondido bien. Y lo estabas, Petr… Pero Alda no se dejó sorprender. Sabía dónde estabas…

—Otros también lo sabían —dijo Petr desesperado—. Duclos…

Hartog se sonrió.

—¿El jefe del Movimiento Clandestino de Nueva York? No seas estúpido, mi querido Petr.

—No pudo haber sido Alda —repitió Petr. pero una duda angustiosa comenzó a recomer su certeza.

—¿Pero tú no lo recuerdas, verdad? Fue todo parte del plan, Petr… Desde el principio. Ella, trabajó con nosotros estrechamente, con gran riesgo personal y sacrificio. Pero por ti ahora, sabremos dónde el Movimiento Clandestino está, construyendo su estúpida espacionave. Ella nos habría traído esa misma información.

—¡Estás mintiendo! —gritó Petr—. ¡No es cierto!

Hartog volvió a carcajearse. El comandante Porter le interrumpió con frialdad.

—¿Cree usted que es prudente decirle eso, capitán? —dijo—. Ya es bastante difícil conseguir que el paciente coopere incluso con nuestras drogas, sin tener que buscar su enemistad, su antagonismo.

—¿Acaso siente usted lástima por él, comandante?—preguntó Hartog—. Estamos tratando •con un enemigo peligroso del Estado, el hijo de un enemigo. Su simpatía está fuera de lugar.

La cara redonda del comandante se hizo más blanca.

—Mi lealtad no tiene que ver, capitán.

—Entonces supongamos que usted conserva su interés para sí mismo —dijo Hartog—. Yo le he dado un motivo para que se acuerde de ciertas cosas.

—Por el contrario —contestó el comandante Porter—. Usted le acaba de dar una razón para que no recuerde.

Hartog enrojeció de rabia.

—Lo veremos —exclamó—. Dele otra dosis…

—Es un poco pronto —dijo el mayor—. Dar los tratamientos demasiado cerca irnos de otros puede…

—Supongamos que me deje usted que me preocupe por eso —dijo Hartog—. Ese es mi prisionero.

—Como usted diga —contestó el mayor con un encogimiento de hombros—, la responsabilidad es suya.

Se inclinó sobre el aparato que zumbaba tras la cabera de Petr. La línea de luz danzó evidentemente a través de la pantalla.

—Advertí una ligera reacción cuando mencionó usted a su padre —dijo el doctor—. Quizá, eso sea una pista para comenzar el interrogatorio.

—No nos interesa su padre —contestó Hartog. El rostro cuadrado y grande se inclinó hacia Petr—. ¿Dónde ibas a reunirte con el submarino, Petr? ¿Dónde está el Punto 2?

Petr le miró estoico.

—No lo sé —dijo.

Hartog sonrió. Su voz se hizo suave ahora, amistosa.

—¿Qué había en la caja, Petr? ¿La caja que llevaste a bordo del submarino?

La línea blanca danzó con frenesí sobre la. pantalla y el

comandante bajó una palanca. La bola fulgurante pareció atravesar de nuevo la mente de Petr, cayendo con lentitud. Todo su cuerpo vibró y un rugido se hizo cada vez más fuerte en sus oídos. La bola de luz se desvaneció hasta convertirse en una punta de alfiler, parpadeó y se apagó. Él permaneció temblando sobre la mesa, con su mente negra y vacía, como una pizarra recién lavada.

—¿Por qué no habla? —era la voz de Hartog, muy lejos.

—Está luchando.

Otra onda de vibración le hizo estremecerse por completo, el rugido en sus oídos volvió y lentamente las sombras tomaron forma en la oscuridad de su mente…

2

Petr se detuvo, con el vaso del combinado a medio camino de sus labios. Se sintió sutilmente cómo le latía el pulso con excitación. Tras él se levantó una voz.

—¡Oh, es Hartog! Me pregunto qué es lo que le ha hecho venir hasta aquí.

La vieja oscuridad volvió a apoderarse de él al instante. Apretó los labios. Miró hacia la arcada y le vio... El capitán Kurt Hartog, elegante y pulido en su uniforme del Cuerpo de Control de Población, tirando con negligencia de los guantes blancos para quitárselos. Sus ojos brillaron con frialdad al recorrer la habitación mientras las comisuras de su boca se elevaron en un gesto divertido ante la agitación que producía en la concurrencia.

Había pasado mucho tiempo desde la graduación, pensó Petr, y Hartog había llegado a ser casi un héroe en el campo que decidió militar. La mirada de Petr se clavó en la cinta de Marte, destacando entre la fila de condecoraciones que llevaba Hartog en su pecho.

Entonces vio a la muchacha. Hartog se adelantó hasta el centro de la multitud y la chica quedó a solas, un poco retirada del centro de la escena, mirándolo todo con la reserva de una extraña. Pero Petr advirtió que sus manos no se agitaban nerviosas, que no jugueteaba con su bolso o que se acariciaba el cabello. La reserva de ella incluía una fría compostura.

¿Su esposa? No parecía adecuada para ese papel. En donde su vestido debía de haber sido caro y atrevidamente a la moda, era sencillo y modesto, casi cubriéndola por completo los senos totalmente opaco. Ella no llevaba joyas... Y el anillo de Hartog con la piedra marciana relucía cada vez que practicaba cualquier movimiento con su mano. El cabello de ella era corto y cortado con sencillez, como el de un hombre, en rudo contraste con las trenzas hasta los hombros que era lo que más abundaba en la estancia. La joven no tenía nada de la brillantez que Hartog había admirado siempre... Tanto en las mujeres como en sí mismo.

Petr la contempló curioso hasta que el gran, oficial del CCP la

llamó y la joven avanzó hasta el centro de la gente. Petr se encogió de hombros y regresó al mostrador. Se sirvió otro combinado Vía Láctea, el cóctel de moda. «Polvo de estrellas en una base meteórica», murmuró Petr, para sí, recordando la frase publicitaria aparecida en el anuncio de la nueva bebida.

Volvió otra vez al bar para tomar otro combinado cuando Hartog le vio. Tras una pizca de duda el oficial se adelantó, conduciendo a la chica con una mano casual debajo de su codo. Al hablar, Petr reconoció el tonillo familiar de indulgencia en su voz.

—Bueno, Petr —dijo Hartog—. Hace mucho tiempo que no nos vemos.

—Diez agradables años —contestó Petr sin sonreír. Miró a la muchacha. La ojeada casual con que ella le obsequió no fue una compensación a su interés.

—¿Tanto? ¿Es que no nos hemos visto desde la graduación? —Hartog se volvió a la chica con una sonrisa. Alda, este es Petr Clayborne, un hombre importante en nuestra clase. Alda Gray —su tono desnudó a la palabra «importante» de todo mérito, substituyéndola por un cierto deje de desdén.

La respuesta educada en los ojos de la muchacha se sombreó de repente para mostrar un cierto interés por el nuevo conocido.

—¿Clayborne? —murmuró ella.

—El apellido de mi padre —dijo Petr y sonrió.

—¿Os habéis conocido ya? —los ojos de Hartog se estrecharon con interés.

—Seguro que no —dijo Petr—. No la habría olvidado.

El oficial se echó a reír.

—Que encantador —dijo—. Te debería advertir, Alda, de que Petr era el conquistador de nuestra clase.

—Quizá por eso oí su nombre —contestó Alda. Sonrió y le tendió la mano.

Petr la tomó brevemente, dándose cuenta de la línea esbelta del brazo extendido, de la gentil ondulación de sus senos, de los ojos grises y apreciativos.

—Me alegro de que Kurt haya decidido acordarse de nuestra amistad de tiempos escolares —dijo Petr.

—Nunca se me hubiese pasado por alto —dijo Hartog. Perdió

interés en el intercambio de cumplidos y habló para incluir a los otros que se acercaban al grupo—. Recientemente he estado... viajando —su voz tenía el tono preciso de deprecación y al darse cuenta él mismo se echó a reír.

—¿Qué tal ha sido, Kurt? —la voz casi sin aliento pertenecía a Ronnie Porter, el gracioso de tantas bromas escolares en los días pasados en la Universidad del Jefe—. Quiero decir, ¿qué tal fu? tu primer viaje al espacio?

—Si tengo que hacer un relato completo, será precio primero que tome un trago —dijo Hartog, sonriendo.

—Te traeré uno de los combinados Vía Láctea que bebe Petr —balbuceó Ronnie. Su rostro redondo se hinchó en una sonrisa ansiosa.

Hartog asintió.

—Veo que sigues siendo el diabólico escritor —dijo a Petr. Un aire de superioridad divertida apareció en tomo de su boca.

Petr apretó sus labios.

—Es un modo de ganarse la vida —dijo con sequedad.

Porter no tardó en regresar con el combinado. Hartog tomó la bebida con deliberación, inclinada la cabeza con graciosa aprobación mientras un cierto aire de expectación mantenía al grupo que le rodeaba en suspenso.

—El vuelo actual a través del espacio no tiene mucho que hablar —comenzó por último Hartog—. Es como viajar en uno de nuestros aviones de línea atómicos modernos. Naturalmente que se pueden ver las estrellas y los planetas más próximos con mayor claridad, pero jamás me ha interesado la astronomía... excepto en lo tocante a las evidentes ventajas de una luna bonita.

Siguió sorbiendo su combinado Vía Láctea mientras cronometraba el tiempo en espera de que las risas se alzasen y decayeran.

—Lo verdaderamente emocionante —su rica Voz dominaba a la audiencia, jugaba con sus emociones como si se tratase de algún actor—, es volar en un cohete hasta la estación espacial. Viene a ser como caer en un ascensor veloz. Y entonces no hay nada igual a nuestro primer paso fuera de la espacionave una vez aterrizados... La primera vista a un planeta nuevo...

Petr se apartó del grupo de escuchas. Nunca había estado interesado en aquellos relatos emocionantes o del viaje espacial y tampoco tenía intención de representar el papel de boquiabierto admirador de los modales teatrales de Hartog. El oficial del CCP era como un fanfarrón, como un gallo pendenciero, izando las plumas de su cuello y pavoneándose por entre las cloqueantes gallinas.

Petr se encontró con Len Horton, el escritor copista compañero de trabajo en la Sección de Propaganda, acodado en el mostrador. Junto con su amigo tomaron un doble de coñac venusino. Después Len se fue perezosamente en busca de su esposa y Petr se quedó solo en el bar. Miró pensativo su vaso, sintiendo la cálida caricia del líquido en el estómago. Sus pensamientos retrocedieron diez años, a su estancia en la Universidad del Jefe. No se sintió cómodo allí. A cargo del Estado ganó una beca y al principio eso le produjo alegría. Kurt Hartog, el hijo de un Jefe, el mismo destinado a la jefatura, encontró personal placer en meterse con él desde el principio, hasta llegar a un punto en que Petr lamentó qué le hubieran concedido la beca. Y Petr tuvo que aguantarse todas las impertinencias de Hartog, o abandonar la Universidad.

Pidió otro coñac venusiano. Un patrullero del CCP se detuvo junto al mostrador para estudiarle pensativo. Petr le ignoró. Siempre había patrulleros, incluso en una fiesta particular. Iban para asegurarse de que nadie se saliera de la raya... Para escuchar, para vigilar, para informar. Petr era demasiado prudente para pasarse de la raya.

No se dio cuenta de la llegada de Alda Gray. Cuando levantó los ojos se la encontró mirándole. La mirada de ella sostuvo la suya sin embarazo.

—¿Supone usted que me puedo atrever a tomar uno de ésos? —preguntó ella haciéndole una indicación con su cabeza en dirección a su vaso.

—Están garantizados para proporcionarte a usted todas las emociones del viaje espacial sin sus peligros —contestó Petr. Miró hacia Hartog, cuya voz aún se elevaba en medio de su solitario esplendor. Por lo menos sin la mayor parte de los peligros...

—Lo probaré —contestó ella sonriendo.

Su sonrisa parecía honrada. Eso podría significar que era muy

lista. La sinceridad, la honradez, la falta de pretensiones eran cualidades que en sus días escolares no habían atraído para nada a Kurt Hartog.

—¿Qué está usted pensando? —preguntó Alda Cray en voz baja.

—Pensaba que usted no me parece ser persona adecuada para su acompañante.

—Eso es un cumplido, supongo —ella le miró intensamente, como si sus palabras pudiesen contener una importancia oculta—. Usted no es uno de los admiradores de Kurt, ¿verdad?

—¿Y usted?

Ella sonrió.

—No me sorprende que no le tenga simpatía.

—¿De veras? ¿Por qué? ¿Es que acaso cree usted que me puede gustar algún otro tipo de amigo?

—No. Es un hombre.

Petr la miró. Otra vez chocaba con lo mismo. Con su nombre.

—Esa es una afirmación enigmática —dijo lentamente, mirándola a los ojos.

Antes de que la muchacha pudiera responder, Petr se dio cuenta de que Hartog cruzaba la habitación hacia ellos, seguido por los inevitables admiradores. El oficial sonrió al acercarse, pero Petr vio como Alda se ponía rígida ante el énfasis oculto tras sus palabras. Cuando la muchacha habló, su voz no tenía expresión.

—En absoluto, Kurt. Estábamos probando precisamente los coñacs venusianos.

—Bueno, me alegro de ver que nada de lo interplanetario os pica la curiosidad. Quizá tomaré yo lo mismo que vosotros...

Petr se echó a reír, y se dio cuenta por la tensión de los músculos de los hombros de Hartog que aquella risa podía significar jaleo. Y ningún hombre prudente cultivaba la animosidad de un oficial del Cuerpo de Control de Población. Por encima del hombro de Hartog Petr vio el rostro de Len Horton, Len estaba muy serio, con el ceño fruncido y sacudiendo la cabeza ostensiblemente.

—Me temo no haberme sentido nunca inclinado hacia el viaje espacial —dijo Petr de manera casual, esperando ver hacia dónde desembocaba la cólera de Hartog.

Eli oficial se volvió hacia él, su rostro curtido parecía tallado en

piedra. Sus palabras salieron con claridad.

—Tú nunca has sentido inclinación hacia nada ¿verdad, Petr? Tu máxima afición es dormir y tomar combinados.

—¡Kurt! —Alda exclamó con viveza, pero Petr la sonrió.

—¿Es que no hay combinados y camas en Marte, Kurt? —preguntó Petr—. Ahora que si quieres hablar de esa fase de tus viajes, estos muelles oídos míos te prestarán toda la atención.

Los amplios labios del oficial se curvaron hacia arriba, en un gesto de divertido desdén. Se volvió hacia Alda.

—Debí de haberme figurado que tratar de provocar a Petr a una pelea es inútil. Siempre se cuida bien de evitarlas.

—Pues bien, yo no, capitán Hartog. Y creo que me debe usted una explicación.

Petr estaba sorprendido, por la frialdad de las palabras de ella y por el débil temblor que se adivinaba en el tono. Petr se dio cuenta en seguida. Hartog también. Hartog comprendía que inspiraba miedo y que hacía que con su sola presencia los hombres que le rodeaban hablasen por ocultar su temor.

—En realidad, Alda —contestó Hartog—. Las excusas no son mi fuerte.

—Pues por mi parte tampoco las considero apropiadas, señorita Gray —dijo Petr tratando de hacerla desistir de su pretensión—. Kurt y yo somos viejos camaradas.

—Ambos parecen haberse olvidado que todo comenzó porque yo me atreví a tomar una bebida con usted... Sin el permiso del capitán.

La muchacha giró sobre sus talones y se dirigió hacia la salida, abriéndose paso por entre la gente. Petr se quedó maravillado al ver el miedo que dominaba a la chica y todavía más por el valor demostrado al dominarlo. Vio cómo el cuello de Hartog se volvía rojo de cólera, y la rojez era visible incluso por debajo del bronceado solar. Después el oficial se encogió sus pesados hombros y extendió la mano para tomar el vaso, ignorando a Petr por completo. Una docena de admiradores se agruparon a su alrededor. Mientras, Petr, al alejarse, oyó la admirada voz de Ronnie Porter.

—¿Qué hay del Movimiento Clandestino, Kurt? ¿De veras que va usted cazándolos?

El Movimiento Clandestino, pensó Petr con inquietud. Todos hablaban del Movimiento Clandestino. Siempre hay personas que no se encuentran satisfechas con el estado de cosas, que quieren cambiar el mundo. Todas ellos logran éxito en la fabricación de héroes públicos sacados de sus atormentadores —hombres como Hartog—. La inútil resistencia era una locura como… como el mismo miedo activo.

Encontró a Alda Gray en la terraza, mirando al cielo. Permaneció silencioso a su lado, con la vista alta en dirección al débil resplandor de la estación espacial, a los destellos de luz que indicaban la posición de las estrellas y que todavía siguen siendo remotas aun cuando el hombre hubiese avanzado mucho en su dirección. La voz de Alda rompió finalmente el silencio que les había aislado del ruido de la fiesta celebrada en el interior.

—¿Es usted un hombre precavido, señor Clay_ borne t

—Petr —dijo él—. Petr el Precavido.

—¿Por qué? —Se volvió para encarársele, apoyando su espalda contra la barandilla, su esbelta figura claramente recortada en la oscuridad. Por primera vez Petr se dio cuenta de que la muchacha era algo más que un problema interesante. Sacó del bolsillo un. paquete de cigarrillos de imitación y trató de disfrazar la emoción que le dominaba.

—Quizá es que no me importan las escenas —dijo ofreciéndola uno de los cilindros blancos.

Cuando su encendedor despidió la llamita y pudo a su luz estudiar el rostro de la muchacha, la vio con los suaves labios apretando el papel y su corazón latió con más fuerza. ¿Qué es lo que le pasaba? Se sintió como un adolescente saliendo con su primera novia.

—¿Hay algún motivo especial para que no le gusten las escenas? —ella se detuvo. Su mirada, que había estado estudiando las volutas de humo ascendiendo por el aire, fue en busca de los ojos de él—. Usted no es un cobarde.

Era una afirmación, no una pregunta, pero Petr respondió.

—¿Cómo puede estar tan segura.

—Hubiera usted tenido, en caso contrario, más cuidado en provocar a Kurt primeramente. Su… —dudó en busca de la palabra

— ...su prudencia fue algo demasiado meditado.

Petr sonrió.

—Usted habla de un modo misterioso —se encontró a sí mismo preguntándose de nuevo porqué aquella mujer asistía a la fiesta en compañía de Hartog

—He visto a mi padre reaccionar del mismo modo con Kurt —dijo ella en voz baja—. Siempre se ríe de mí, también, cuando lo menciono.

—Su padre es un hombre muy sensato.

Alda lanzó el cigarrillo al suelo y lo estrujó aplastándolo con el pie. Como si fuese una señal, Petr arrojó el suyo bien lejos y se acercó hacia la muchacha. Extendió los brazos e hizo ademán de abrazarla.

—¿No tiene usted miedo de enfadar a Kurt? —preguntó ella.

—.Ahora en estos momentos debe estar un poco distraído por el alcohol venusiano. Le conozco muy bien.

—¿Entonces, se despoja de toda preocupación?

Sí —le levantó la cabeza y bajó sus labios hasta el encuentro de los de ella. La besó, pero la muchacha permaneció pasiva, inmóvil, confirmando la indiferencia en la rigidez de su esbelto cuerpo.

El la separó un poco, tratando de leer alguna emoción en los fríos ojos grises.

—No hay necesidad de revivir su reputación, Petr —dijo ella.

—¿Y qué la pasa a usted? —preguntó él. Se sentía inexplicablemente molesto por el desaire—. ¿Acaso trata usted de proteger la suya?

—Quizá es que tampoco me gusten las escenas —las palabras se le burlaban, pero su voz era distante e impasible—. ¿Entramos?

—¿Para qué molestarse? —el duro acento de Kurt Hartog restalló como un latigazo a través de la terraza—. La fiesta parece ser mucho más alegre aquí.

Los tacones de las brillantes botas de Hartog repiquetearon de manera desigual mientras avanzaba hacia ellos. La débil luz sombreaba las arrugas de sus cejas, el borde cuadrado de su mandíbula, la brillantez de los botones de su uniforme.

—Me parece que ambos hemos bebido demasiado—dijo Petr.

—Estás hablando por Alda ahora, ¿verdad? Muy interesante,

querido amigo —se tambaleó un poco cuando se detuvo ante la pareja.

—Y tú también has bebido demasiado, Kurt —dijo Alda—. ¿Quieres llevarme ahora a casa? —Comenzó a avanzar hacia las abiertas puertas, pero él rápidamente la cerró el paso. Comenzó a reunirse un grupo de curiosos en la terraza.

—¿Tienes ya permiso de Petr? —estalló Hartog.

Ella se irguió y casi en un ligero movimiento, según el parecer de Petr, le abofeteó. El sonido fue claro y sus dedos dejaron una impresión blanca en la mejilla de Hartog. Hubo un perceptible Ciro de respingos, un murmullo de excitación y Petr se dio cuenta de que la terraza estaba alora llena de gente.

Hartog se echó a reír, y su risa sonó áspera en medio de aquel tenso silencio.

—No puedo devolverte eso, querida —dijo—. Un oficial no debe abofetear a una mujer… en público. Pero siempre tengo a mano a Petr, ¿verdad?

Se volvió hacia Petr. Su brazo voló y con la Pilma de la mano abofeteó el rostro de Petr. Desde alguna parte de la multitud gritó una mujer. Petr se tambaleó chocando contra la barandilla de la terraza. Se recuperó y se adelantó hacia Hartog.

Entonces Len Horton se interpuso, cogiendo a Petr por los brazos y obligándole a retroceder.

—No, Petr —exclamó Len—. Cálmate, muchacho. Ten serenidad. No sabes lo que estás haciendo.

—Suéltale —fanfarroneó Hartog. Su voz era espesa—. No me hará nada.

Dos patrulleros del CCP se habían materializado saliendo del gentío. Se pusieron a ambos lados de Hartog.

—Será mejor que venga con nosotros, capitán —dijo uno de los patrulleros. Los curiosos murmuraron excitados.

—Métanse en sus propios asuntos —exclamó Hartog con aspereza. Trató de apartar a los patrulleros.

—Lo siento, capitán —la voz parecía tranquila—. Será mejor que le llevemos a casa.

Los dos hombres de uniforme se llevaron a Hartog… Con sencillez, sin escándalo, con firmeza. No se resistió. La disciplina del

Cuerpo estaba profundamente inculcada en la personalidad de todos sus miembros.

—Será mejor que desaparezcamos también, Petr —dijo Len Horton.

Petr asintió. Se sentía un poco tembloroso. Se volvió a Alda Gray.

—La llevaré a casa —la dijo.

3

En la fresca oscuridad del vestíbulo de casa de Alda, Petr la volvió a besar. Los labios de ella eran cálidos y vibrantes, sus brazos se tensaron en tomo al cuello del hombre con una presión que produjo hasta una pizca de agradable dolor. Cuando terminó el largo beso ella permaneció colgada todavía a él. La frente de la muchacha daba sensación de calor al apoyarse en la mejilla de Petr.

—Creo que sé por qué no te peleaste abiertamente con Kurt —dijo ella—. Siento lo ocurrido.

—Es mi propio modo de ser —contestó Petr con indiferencia—. Un enemigo por día distrae de otras preocupaciones.

—Eso puede originarte disgustos. Kurt no perdona.

—¿Y qué puede hacerme? Está demasiado atareado cazando a los Pimpinelas del Movimiento Clandestino para preocuparse por un ínfimo propagandista.

—No estarás envuelto en nada, ¿verdad?

—Sí, me he envuelto contigo, ¿no? —contestó él con galantería.

—Eso se dice por costumbre, ¿verdad?

La pregunta la traicionó. Petr vio en sus ojos una cálida reflexión, una especie de apoyatura a sus palabras. La volvió a besar.

Ella se apartó cuando se abrió la puerta, pero sin embargo, siguió apretando estrechamente con sus brazos el cuerpo del hombre. Petr siguió la mirada de la muchacha hacia el umbral y vio a una figura alta y delgada enmarcada con la clara luz que salía del interior.

—¿Alda? —la voz cansada hablaba más de la edad que hacía la pregunta que la espesa mata de cabello blanco.

—Sí, padre.

—¿Por qué no pides al capitán Hartog que entre?

—Este no es Kurt, padre. Es Petr. Me trajo, a casa.

Alda se separó de los brazos de Petr y lo condujo hacia la puerta.

Su padre se sonrió.

—Vosotros, los jóvenes, sois difíciles de entender. Cambiáis de

acompañante cada día. Pero si Alda le tiene cariño, Petr, y me doy cuenta de que sí se lo tiene, le aseguro que es un placer conocerle.

—Yo estoy encantado también de serle presentado a usted, señor —dijo Petr, sorprendido por la dignidad del anciano.

—Petr no hace buenas migas con Kurt —dijo Alda riendo—. Me temo que Kurt se ha mostrado un poco violento esta noche y Petr se vio en medio de una escena encantadora en la terraza.

—¿Una pelea? —había una pizca de sorpresa en la voz de su padre—. ¿Y fue arrastrada a ella inocentemente usted, Petr?

—No tan inocentemente —dijo Petr sonriendo—. Por lo menos Kurt no lo creyó así.

—Bueno, sea lo que sea debe usted entrar, —repuso el anciano —. Es un placer conocer a alguien con bastante valor para enfrentarse a un oficial del OCP.

Entró en la casa. El cálido resplandor de la luz desde el techo les guio a lo largo de un pasillo abierto formado por grupos de muebles y plantas tropicales. El padre de Alda se detuvo en lo más alto de un breve tramo de amplios escalones que conducía a la zona habitable, encerrada dentro de una pared de vidrio, y suavemente iluminada por la luz indirecta que revelaba los muebles antiguos, de exquisito gusto, y cómodos que constituían el mobiliario y que formaban también un conjunto delicioso de muebles del Período del Metal.

Cuando el padre de Alda se volvió, su rostro apareció iluminado por vez primera y Petr quedó sorprendido por las líneas tan firmes y limpias de su frente, de sus mejillas y de su boca. Sólo los ojos hundidos concordaban con lo cansado de la voz. Incluso el cabello blanco tenía la vitalidad de la juventud.

—Usted exagera mi papel —dijo Petr riendo—. Alda fue la que abofeteó a Kurt.

—¿Le abofeteaste, hija? —suspiró débilmente y Petr se preguntó por qué parecía desencantado el anciano—. Quizá sea mejor. Era poco noble de mi parte pedirte que salieses con él.

—Lo siento, padre —dijo Alda—. Me doy cuenta de que tenías tus motivos, pero eso tenía que ocurrir tarde o temprano.

—Claro —los ojos sabios y cansados estudiaron el rostro de Petr con aguda penetración que hizo que el muchacho se sintiese incómodo—. Estoy seguro de que a tu joven amigo le gustará tomar

un trago.

—Muchas gracias —dijo Petr—. La acepto encantado.

—¿Quieres prepararlo, hija?

—Naturalmente, padre —ella miró a Petr con burlón interés—. A pesar de que Petr probablemente lo encontrará defectuoso. He oído decir que es un experto.

Petr sonrió.

—Estás haciendo que tu padre se forme una impresión equivocada de mí.

La vio dirigirse hacia el bar portátil cercano a la pared de vidrio que daba a un oscurecido jardín. La muchacha tenía algo de la dignidad de su padre; el contraste entre aquella reserva y la responsabilidad emocional. Acababa de descubrir que era mucho más provocativo para Petr que cualquier coqueteo o abierta invitación de los ojos o boca.

Sabía que su admiración estaba mostrándose en su rostro cuando volviose para encontrarse con el anciano observándole interesado.

—¿Por qué no se sienta? —dijo el padre de Alda. Petr lo hizo ocupando un comodísimo sillón—. Dígame —añadió el anciano una vez Petr se instaló en su asiento—, ¿qué hace un joven cómo usted para vivir en estos días cuando todo el mundo va de uniforme?

Petr sonrió ante la intencionada indiferencia de la pregunta.

—Soy un propagandista —dijo—. Un escritor de la sección de la sección de anuncios.

—Interesante —el anciano se frotó las yemas de los dedos y Petr advirtió la suavidad de la carne en aquellas manos fuertes—. También estoy clasificado como propagandista, pero en el grupo de maestros.

—Entonces es usted el doctor Gray—afirmó Petr.

—Deberías conocer el apellido completo de Petr, padre —intervino Alda. Atareada en el bar habló sin volverse—. Se llama Petr Clayborne.

Las fuertes manos del anciano se quedaron de repente inmóviles.

—¿De veras? —preguntó. Levantó las nejas y en su frente se mostraron profundos surcos—. No es un nombre muy corriente.

—A Alda le parece bastante singular —las palabras de Petr estaban un poco agudizadas por la situación. La muchacha

demostró sorpresa cuando oyó su apellido en la fiesta por primera vez. ¿Por qué lo había traído a colación de nuevo?

—¿Prefiere usted no utilizarlo? —el anciano no miraba a Petr. Estudiaba el arco formado por las yemas de los dedos de sus manos unidas en el regazo.

—Traté de olvidar mi apellido cuando muñó mi padre. No hay nada extraño en eso.

—Muy natural —pero incluso en el sentimiento del hombre pareció encontrar a Petr algo de desagrado. El hecho de que ocurriese aquello le produjo una sorda irritación—. Por casualidad —prosiguió el anciano—, ¿se llamaba su padre John Clayborne?

La pregunta produjo una atmósfera tensa dentro de la estancia. Alda dejó de agitarse en el bar, la mirada de su padre descansó serenamente en el rostro de Petr y el mismo Petr, a su pesar, se sentó rígidamente en el sillón. Cuando volvió a respirar le salió un suspiro audible en la profunda quietud.

Los dos lo sabían, pensó. Por eso Alda había estado acosándole desde primera hora de la tarde. Sonrió débilmente mientras la frase: «¿Por qué diablos....?» pasaba a primer plano en su mente. Sólo una rama especial de su carácter, una especie de orgullo heredado, le hizo mostrarse altivo y no querer explicar por qué tenía que sufrir los pecados de su padre.

—Sí —dijo—. John Clayborne, enemigo del Estado, apóstol del Movimiento Clandestino. Tenía ocho años cuando lo ejecutaron.

—Lo sé —exclamó el anciano.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Petr—. ¿Cómo sabía Alda que yo era el hijo de John Clayborne? ¿Acaso esa historia les es familiar?

—Para ella sí. Y yo tengo la culpa, ¿verdad, hija?

Alda se adelantó rápidamente con las bebidas.

—Sí, padre —miró tranquilamente a Petr mientras el joven tomaba su vaso.

—¿Pero por qué? —Petr se levantó, blandiendo el vaso como un arma—. ¿Por qué significa algo para ustedes ese apellido?

—Alda ha oído hablar mucho acerca de John Clayborne... Le he hablado yo —dijo el anciano.

Petr se quedó rígido.

—¿Le conoció?

—No me sorprende que usted no me recuerde. Pero yo me acuerdo de haberlo visto cuando era un crío. Su padre a menudo le traía con él en los tempranos días en que su oposición al Gobierno era más académica y abierta.

—¿Fue usted profesor de la Universidad con él? —preguntó Petr con un ramalazo de súbita intuición.

—Quizá yo sí deba preocuparme de Petr —dijo el doctor Gray.

—No —respondió Petr con brusquedad—. Ni estoy contra el Partido del Jefe ni contra el

—Sigo enseñando allí. Su padre y yo fuimos colegas, a pesar de que él era mayor que yo y una especie de héroe para la mayoría —se detuvo para escoger sus palabras con un evidente cuidado—. Teníamos muchas cosas en común.

—Excepto su muerte y los motivos que le llevaron a ella.

Los cansados ojos del doctor Gray escrutaron el rostro de Petr.

—Ya puede decirlo.

La larga pausa que siguió el chasquido del hielo en el vaso de Petr fue el único sonido perceptible. El . joven recordaba, como uno recuerda los obscuros fragmentos de un mal sueño, momentos de miedo y tristeza y de soledad, cuando su padre, por razones que de niño no podía comprender, le fue arrebatado de su lado. Uno de aquellos fragmentos de sentimiento de vergüenza tomó una forma más vivida, la vergüenza y la auto-consciencia que habían perseguido al niño durante años, que le habían hecho intentar negar incluso para sí mismo el hecho central de su niñez: que era el hijo de un criminal.

Guando volvió a hablar el padre de Alda, su voz tenía la irrealidad especial de otro sueño, haciendo eco con recuerdos de antaño.

—Su padre fue un gran hombre. Usted le llamó apóstol del Movimiento Clandestino. Era eso y más. Era un apóstol de la libertad. Y eligió hablar y actuar mientras los demás que compartían sus puntos de vista mantenían loa labios apretados. Usted habla de él con ira y desdén. Por casi cuarenta años ha sido susurrado su nombre como una plegaria por infinidad de personas que creen en la dignidad humana. El Movimiento Clandestino, sí. Su padre ayudó a crearlo. Fue su jefe natural en los días en que estaba

en sus comienzos. Pero su mensaje es recordado por incontables seres vivientes de cada rincón del globo.

Un temblor de emoción había ocupado la voz haciéndola subir de tono incluso sobreponiéndose por encima de la fatiga natural. Ahora estaba quieto de nuevo, como si estuviera exhausto. La emoción que dominaba al anciano asombró a Petr tanto como el tributo a su padre. Jamás había admitido para sí que pudiera haber ninguna defensa real a las acciones de su padre. Que un extraño pudiera presentar aquella defensa, en tonos cercanos a la reverencia, era algo asombroso que no casaba con todos los ajustes mentales y emocionales que le obligaron a hacerse a sí mismo para poder vivir en el mundo del Jefe,

—No comparto ese recuerdo —¡dijo—. He hecho verdaderos esfuerzos por olvidarlo.

—¿Tú odiabas a tu padre, verdad? —la voz de Alda sonaba baja y con asombro.

—Apenas le conocí. Y a mi madre ni siquiera eso. Murió ella cuando nací. Y mi padre estaba demasiado ocupado siendo un jefe de los rebeldes anti-maltusianos para tener tiempo para su hijo,

—Pero usted iba a menudo con él —dijo bruscamente el padre de Alda—. Y en sus últimos días deliberadamente su padre le mantuvo fuera de toda complicación.

—Oh, sí, puedo recordar que me dejaron a un lado, me metieron en algún rincón de no sé qué sitio. Eso es todo lo que puedo en realidad recordar acerca de los últimos años de mi vida con mi padre... Al principio las reuniones con discursos, con la gente gritando airada, luego salir por la noche, deslizarse dentro de sombrías bodegas, apretarse contra la pared y esconderse dentro de armario mientras la policía registraba el edificio. O escuchar la voz de mi padre en un discurso pulsando los sentimientos violentos.

—Su padre fue un hombre pacífico —dijo el anciano con suavidad.

—Para mí siempre ha sido un símbolo de terror —Petr cruzó la estancia hasta el bar y dejó el vaso encima del mostrador. Permaneció allí, mirando hacia las formas borrosas de las plantas tropicales del jardín. Pensó en las imágenes que había visto a través de los años en las telepantallas de hombres acosados y capturados,

enemigos del Estado, asustados, hombres abyectos en su mayor parte, unos cuantos desafiantes y de ojos salvajes. De cualquier modo todas aquellas imágenes y los sentimientos de desdén y disgusto que evocaban formaban un cuadro compuesto de la mente de su padre.

—Su voz me asustaba —prosiguió Petr, describiendo en palabras sus pensamientos—. Durante años tras su muerte me desperté por la noche estremeciéndome de pesadillas en las que sus ojos me quemaban con fiera luz. —Se apartó del sombreado jardín para enfrentarse con Alda y su padre. Los ojos de Alda eran oscuros como una respuesta turbada a sus palabras—. No tengo recuerdos agradables de mi padre. Cuando murió me dejó en un mundo de miedo y de odio en vez de un mundo nuevo de luz y de risas. No debo sentimientos de gratitud a nadie, y menos que a nadie a mi padre. El Estado, educándome, hizo mucho más por mí.

—¿Y usted no comparte en absoluto los puntos de vista de su padre? —Los labios del anciano apenas se movían al hablar.

—Es una pregunta peligrosa —dijo Petr.

—No tienes que preocuparte de papá —intervino Alda con rapidez.

—No soy lo bastante loco para creer que Malthus sea el Dios que pretenden —dijo Petr—, pero tampoco creo que eso importe mucho. Para mí nada. Vive y deja vivir es mi lema —su voz asumía un tono de frívola ligereza—. Hago lo que me piden que haga y me mantengo alejado de todo jaleo mientras puedo... Siempre y cuando esos disgustos no me atañan en particular. Y la interferencia es el pecado cardinal de mi credo. Basta ya con un mártir en la familia. No tiene usted que preocuparse porque repita lo que me confíe particularmente, doctor. Soy de tan poco uso para los traidores como para los apóstoles de la libertad.

El anciano se irguió.

—¿Cree usted que es realmente posible permanecer apartado, sin mezclarse en nada?

—Lo llevo consiguiendo desde hace cincuenta y dos años —contestó Petr con tranquilidad—. Incluso me gusta el papel de espectador. Tiene muchas compensaciones.

—El auto-respeto no es una de ellas —la voz del anciano se

endureció. Creo que será mejor que se marche ahora.

Petr se volvió hacia Alda.

—¿Cuándo podré volverte a ver?

Ella dudó y el corazón del joven comenzó a latir con prisa.

—Llámame mañana —dijo por último la muchacha.

—Yo no me molestaría —las palabras de su padre eran medidas y firmes— No deseo que Alda le vuelva a ver.

—¿Puedo preguntar por qué? —Petr se esforzó por evitar que la cólera se revelase en su voz.

—Dije antes que esas puertas estaban siempre abiertas a los valientes, señor Clayborne —pronunció el apellido de Petr con Un énfasis irónico—. Sin embargo, están siempre cerradas para los cobardes.

—¡Padre, eso no está bien!

Cuando Petr miró a los ojos del anciano advirtió un relámpago brillante que devolvía la vida al viejo profesor, por la fuerza de un amargo recuerdo.

Se volvió a Alda.

—Te llamaré—dijo.

CAPITULO III

1

Muy lejos oyó la voz de Hartog.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué ha dejado de hablar?

Y la voz del mayor, apenas audible.

—Está resistiendo. Se lo advertí, capitán.

—Parece tener usted respuesta para todo, comandante. Quizá sea mejor que me diga poiqué recuerda esa pelea conmigo y las cosas de su padre cuando le pregunté lo que había en aquella caja.

—Me parece que está muy claro —contestó el comandante—. Hay algo en la caja que no quiere que sepamos. Quizá tenga relación con su esposa... Y usted le ha dudo motivos bastantes como para no recordar detalles tan recientes. Mencionamos a su padre y usted dijo que no estaba interesado en él, por tanto la mente de Clayborne se refugió en ese recuerdo, en algo que podía decirnos sin peligro —se detuvo—. Además, claro, recordaba el momento en que se enamoró de Alda. Un momento deseable, que también constituía una especie de asidero para él.

Petr trató de recobrarse a sí mismo, salir del pozo en donde se encontraba sumido y llegar hasta las voces. Se sentía cansado y el esfuerzo no parecía valer la pena, pero luchó contra su debilidad, concentrándose en la meta de salir de aquella oscuridad y de dirigirse hacia las voces y la luz.

Hartog volvió a hablar de nuevo, cerca de su oído.

—¡Respóndeme, maldito! ¡Respóndeme!

Una extraña sensación se apoderó de Petr. Se oyó reír. Algo chocó contra su boca... Y bruscamente despertó. Abrió los ojos. Su cuerpo, dentro de la película de plástico moldeada sobre su piel, estaba cuajado de sudor. Chorros brillaban en su frente y caían en regueros por sus mejillas.

—¡Dele otra sacudida! —dijo Hartog con aspereza—. Veremos si sigue en sus trece.

—Tampoco le será posible hablar —contestó el comandante

Porter con tranquilidad—. De todos modos tendremos que esperar unos cuantos minutos. Y puede ser capaz de seguir resistiendo. No lo sé.

Había un tono de asombro y de curiosidad en la voz del doctor. Sus ojos estudiaban el rostro de Petr admirados.

—Bueno, ¿qué es lo que sugiere? —exclamó Hartog—. Supongo que es usted un experto en estas cosas.

—Tenemos que ensayar otra inyección —dijo el comandante—. Es arriesgado, pero hemos de romper algo de su voluntad para resistir. Tenemos que restaurar en él el deseo de complacer.

—Está bien, dele la inyección. No perdamos tiempo, comandante. Cada minuto nos acerca más a las cinco en punto. Después de esa hora el submarino partirá.

Petr siguió la mirada del doctor hacia las ranuras de la pared. Se leía: «11 marzo 2.240» y «01:04 horas».

El doctor hizo un gesto con la cabeza hacia uno de los agentes del CCP que estaban apostados cerca de la puerta. La abertura se abrió y el soldado desapareció. Un momento después regresó con una pequeña jeringa y un frasquito con líquido, Petr volvió la cabeza para mirar. La jeringa se llenó poco a poco de líquido amarillo.

Una vez el doctor hubo comprobado la aguja se volvió hacia Petr, que yacía inerme, incapaz de resistir. Hicieron un agujerito en la capa de plástico que le aprisionaba. La aguja pinchó. El comandante Porter dudó, sus ojos estaban fijos en los de Petr. Le dio la mano y la aguja entró en vena.

Lentamente una languidez familiar se apoderó de Petr, un sentimiento delicioso de bienestar. Su cuerpo se relajó. Parecía estar libre de lazos, libre para levantarse y flotar por el aire.

—Tardará un ratito en hacerle el efecto —dijo el comandante Porter—. Sin embargo puede que no sea bastante. Tiene usted dos prisioneros fuera, capitán... Gente que él conoce. Creo que es hora de utilizar a uno de ellos como incentivo para forzar la puerta de su memoria.

Hartog frunció el ceño, Se volvió al sargento del CCP.

—Traiga el primer prisionero, sargento.

Petr oyó las voces, pero no pareció importarle. No sentía la

menor curiosidad acerca del prisionero que iban a hacer entrar. Sería un amigo. Petr sonrió. Todo el mundo era amigo.

Los dos jóvenes agentes medio arrastraron a una figura desmadejada hasta el interior de la celda. Hartog señaló a Petr y arrastraron al nuevo prisionero hasta acercarlo a la mesa de piedra.

—Soltadle —dijo Hartog.

Tambaleándose, el hombre permaneció junto a la mesa. Un miedo desesperado se mostraba en sus ojos.

—¿No reconoces a tu compañero de conspiración? —preguntó Hartog. Los ojos del hombre se volvieron hacia el rostro de Petr. Durante un momento miraron sin vida. Luego una chispa de reconocimiento saltó dentro de los ojos oscuros que se iluminaron de repente con esperanza.

—¡Petr! —exclamó el hombre con aspereza—. ¡Petr, eres tú!

Petr frunció el ceño ansioso. En alguna parte, allá en el fondo de su mente, un recuerdo luchaba por emerger. Creía recordar que aquel hombre era un amigo. Trató de fijar su atención en el recuerdo, de traerlo a la luz , pero era inútil.

—¡Soy yo, Petr! ¡Soy Lean! ¡Len Horton!

Petr sacudió la cabera impotente. Luego vio los rostros de los asistentes a la fiesta en que conoció a Alda. La cara ajada y suplicante era distinta, pero pertenecía a aquella fiesta.

—Petr, tienes que recordar. Yo no sé lo que están haciendo. Se han llevado a Gina y & los chicos. Tú tienes que decirles que no tengo nada que ver con eso, Petr.

—Quiero recordar —dijo Petr.

Len Horton cayó de rodillas junto a la mesa de piedra. Sus dedos se crisparon en el brazo de Petr.

—Soy inocente —musitaba—. Soy leal a nuestro Jefe. Tienes que decírselo, Petr. Diles que soy inocente. No sé dónde está Gina —balbuceaba ahora, casi incoherente—. Le han hecho algo y no quieren decírmelo. Vinieron a mi casa y se la llevaron a rastras y no quieren decirme nada. Los chicos. Se llevaron a los chicos y han tratado de convencerme diciendo que yo soy un enemigo del Estado. Eso no es verdad. No es cierto. Por favor, Petr. Por favor, díselo.

Hartog apartó a la figura suplicante. El empujón le hizo caer al

suelo, gimiendo. El capitán se inclinó sobre Petr.

—Tú quieres ayudarle, ¿verdad? Tendrás que decírnoslo todo, Petr. ¡Todo!

El delgado comandante se inclinó sobre sus instrumentos, vigilando.

—¿Quién te ayudó a escapar? —dijo Harte#—. ¿Quién está en la tripulación del submarino? Tú puedes decírnoslo, Petr. Sonaos amigos. Tú y yo y Len. Cuéntanos cosas de Len, Petr. Te ayudó, ¿verdad!

Muy adentro de la mente de Petr se estableció un conflicto, pero se sintió extrañamente arrastrado hacia él hombretón que se inclinaba sobre él. Su cuerpo flotaba en el aire y el sentido de bienestar era completo.

Hartog cogió la informe figura del suelo y la hizo ponerse en pie. Petr miró el rostro suplicante de su amigo. Frunció el ceño concentrándose.

—Por favor, Petr —susurró Len Horton—. Diles que no soy un criminal.

—¿Un criminal? —preguntó Petr. Algo se agitó en su mente. Un criminal.

La mano del comandante Porter se movió y la sacudida familiar se apoderó del cuerpo de Petr. La pelota de luz voló a través de la densa oscuridad de su mente. Esperó la explosión… ansioso.

2

Vino la luz y en la brillantez de la madrugada voló por encima de la ciudad. Por debajo de él la forma de huevo gigante del edificio principal de la Sección de Propaganda emergía del suelo y Petr se trasladó a un campo vertical para depositar con frialdad su helicóptero en el piso plano del tejado que decapitaba la parte superior del huevo.

Lo hizo rodar hacia el pequeño espacio reservado para los escritores, al extremo más lejano del tejado, lejos de la escalera moviente que en forma de espiral rodeaba el exterior del edificio.

El largo paseo a través de la zona de aterrizaje hasta la escalera ofreció el matutino ritual de esquivar a los otros helicópteros aterrizando, saludando a sus conductores. Pero aquella mañana, sus pensamientos estaban llenos de la imagen de Alda Gray y Petr no pareció inmutarse por las descuidadas maniobras de los helicópteros. Nada podía turbar su buen humor.

Subió a la escalera automática y contempló con interés casual las distintas oficinas por las que atravesaba, hasta un total de treinta y seis pisos de despachos de la Sección de Propaganda, para llegar al piso segundo a contar desde el nivel de la calle: el piso de los escritores copistas.

La altura significaba ascenso en la Sección de Propaganda. La escalera atravesó primero la sección de oficinas particulares del Director en el piso alto y la del escritor contiguo a aquel piso, que era individuo de importancia en la maquinaria del Gobierno del Jefe.

Mirando por las ventanillas Petr pudo ver todo el entero complejo de la máquina de propaganda empezando lentamente a cobrar vida. Del piso treinta y tres al veinticinco, los estudios de tele-radio, transmitiendo ya diversos dramas de pecadores que habían violado el Código de Población, enviándolos como su mensaje diario a las ansiosas amas de casa. Los pisos de más abajo los departamentos de arte visual, la fuente central de la que manaba el importante comercio de pornografía pública, escultura y todas

aquellas artes plásticas que pese a no ser útiles se practicaban todavía; En el piso quince comenzaban las oficinas de la escuela preparatoria de profesores. Del doce al octavo estaban los despachos de los editores en donde se producían todos los libros. Y del séptimo al segundo se encontraba la Sección de Propaganda, cuyas actividades no eran menos extenuantes o histéricas porque el gobierno compitiese sólo consigo mismo.

Petr sonrió con malicia al ver los signos de actividad frenética. Siempre se olvidaba el hecho de que, a pesar de que la propaganda vital podía seguir honrando el nombre de Malthus, el Primer Jefe, y manteniendo una jefatura estable, los propagandistas no eran menos despreciados que la herramienta más despreciable en toda la maquinaria gubernamental. El propagandista era simplemente un vendedor, fomentando los deseos y necesidades de los demás hasta lo imposible.

Salió de las escaleras en el piso segundo. El pasillo estaba atestado de jóvenes y de mujeres que se apresuraban a llegar a sus despachos, temerosos de llegar tarde. Petr avanzó con languidez. La puerta de su despacho estaba abierta. Len Horton estaba ya en su escritorio.

—Me alegro de que hayas llegado a tiempo —dijo Len—. Joe nos va a llamar por la pantalla dentro de pocos minutos.

—¿De qué se trata? —Petr quitó la funda de su máquina de escribir audio-electrónica.

—Una nueva emisión —dijo Len—. Tenemos que preparar ideas promocionales de ventas para un nuevo centro de luna de miel en Hawái.

—Si fuese supersticioso me dejaría un poco escamado —contestó Petr con una sonrisa—. Conocí anoche a una chica…

—¿A otra? —Sonrió Len. Era un hombre alto, delgado de sesenta años, se había casado con su novia de la niñez, casi diez años antes y las románticas escapadas de Petr, sostenidas durante muchísimo tiempo, provocaban sus sonrisas de indulgencia,

—Esto es distinto —dijo Petr.

—¡Esto es distinto! —repitió Len non desdén—. ¿Supongo que sería otra de las debutantes del jefe? Este proyecto hawaiano encajaría perfectamente en vosotros dos.

—En realidad no es ninguna debutante del Jefe —dijo Petr—. Su padre es propagandista en la división de colegios. Un maestro.

—¿Un maestro? Estás perdiendo facultades, viejo —pero Len estaba sorprendido y evidentemente complacido—. Asociarte con individuos como nosotros no es tu estilo. Cuando te des cuenta te estás enamorando de una de esas copistas… Una vez que empiezas a mirarlas.

Petr le sonrió. La esposa de Len, Gina, había sido copista. Como la de Len, su familia era material de la Sección de Propaganda desde varias generaciones. Aceptaban su nivel social sin preguntas. Len podría bromear acerca de su trabajo en la sección, pero se sentía orgulloso de él. Algunas veces Petr deseaba haber estado tan firmemente enraizado en un determinado trozo de terreno.

No obstante la Sección de Propaganda le era apropiada, también, pensó Peto. Existía en el borde de la sociedad del Jefe, con un propósito y función artificiales. Glorificaba el Código de Población que era conminatorio en cualquier acontecimiento. Celebraba el nombre de Malthus, padre de los principios del Código —y estaba muerto. Servía como voz del partido del Jefe— que siempre decía lo mismo.

Y Petr representaba su papel en los laterales de la sociedad del Jefe, entre bastidores, sin salir nunca a escena. No era porque su padre hubiese sido clasificado como enemigo del Estado. Cualquiera que fuese su origen, Petr jamás podría llegar a ser uno de los elegidos para jefe. Le faltaba la agresividad, el orgullo físico, la dedicación completa a lo útil y productivo. Era un pagano en una sociedad que tenía como credo el esfuerzo implacable y el bien material.

—Joe quiere un proyecto preliminar de la campaña para esta mañana —dijo Len, con su voz suave introduciéndose lentamente en la corriente de pensamientos de Petr—. Tiene la idea de que ese centro de luna de miel puede ser un asunto realmente grande para la oficina. ¿A qué no sabes lo que dijo cuando me dio las líneas generales esta mañana?

—Piensa en GRANDE —contestó Petr sin du. dar.

—¿Cómo lo sabes? —sonrió Len—. Pensar GRANDE es lo que dijo. Trata de imaginarte el cuadro completo. No ates tu mente con

ideas mezquinas. Extiéndete. Permite que tu cerebro Bea GRANDE.

—Presumo que esta misión va a hacernos destacar si no lo hacemos a lo GRANDE.

—Es verdad. Si lo hacemos bien puede ser la respuesta a nuestros problemas. Y si lo hacemos mal, también.

—¡Un centro de luna de miel en Hawái! —rió Petr—. Puedo imaginarme lo gigantesco que considera el director este proyecto. El único modo de que esta campaña llame la atención es haciendo la propaganda peor que de ordinario.

—Creo que nos será posible hacer algo —dijo Len—, si dejamos que nuestras mentes se expansionen.

—Pensemos en eso durante un rato —contestó Petr—. Quizá lleguemos a alguna conclusión.

—Querrás decir pensar tú —murmuró Len y un amable silencio se instaló entre ellos.

Len comenzó a escribir ideas al azar para el tema de la campaña. Petr caminó hasta la ventana y miró hacia el confuso movimiento en las rampas de debajo de él, en donde las figuras humanas se apresuraban entrando y saliendo de agujeros practicados en la estructura ahuevada del edificio, como las abejas entran y salen de la colmena.

Pensó en Joe Hurley, el oficial director del despacho y en sus infinitas y humillantes tentativas de alcanzar ascensos. Los proyectos realmente grandes de la sección, aquellos que concernían directamente al Código de Población, a nuestro Jefe, o a los innumerables actos de conmemoración, aniversarios y celebraciones dedicadas a Malthus, jamás llegaban al despacho de Joe. Nunca había ocurrido eso en sus cuarenta y cinco años de director de la oficina. Pero Joe acogía cada nueva emisión con un renacimiento a los años de su entusiasmo y confianza. Aquella era una tarea que le haría ser conocido y respetado, la que le permitiría ascender en la Sección hasta una posición más cercana y adecuada a la sangre de jefe que llevaba por sus venas.

Porque la madre de Joe había sido miembro de una de las familias de jefes. En un momento de pasión irreflexiva se casó por debajo de su rango social, desertando del yate espléndido de la jefatura para viajar en el lanchón miserable de un propagandista.

Aquel hecho circunscribió la vida de Joe Hurley dentro de una envoltura de frustración. Merecía ser un jefe. No podía creer que jamás llegaría a tal altura.

Petr despreciaba las desesperadas ambiciones de Joe… Y Joe lo sabía. Luchaba contra la indiferencia de Petr. Petr no pensaba a lo GRANDE, decía Joe. Si uno pensaba a lo GRANDE uno llegaría a ser GRANDE. Había una completa biblioteca de películas sobre la materia y Joe las había visto una por una. Incluso nuestro Jefe en persona lo había hecho materia de un discurso.

—Tengo una idea para la campaña de luna de miel —dijo Petr apartándose de la ventana.

—¿Es GRANDE? —preguntó Len—. Todas mis ideas son pequeñas esta mañana. Creo que es por asociación con las lunas de miel.

Petr gruñó.

—Eso es horrible —dijo—. ¿Pero qué te parece esa idea? «Ame como un jefe… en su luna de miel en Hawái».

Len chasqueó los labios.

—No está mal —dijo—. ¿Qué sigue después?

—Hay que llevar toda la idea dentro de esa línea de propaganda. Mostrar fotografías de las casas del Jefe en Malibú junto a otras fotos de los hoteles hawaianos construidos según ellas. Fotos también del jardín tropical del Jefe al lado mismo de la belleza natural del paisaje hawaiano. Es lo mejor.

—Hijo, eres un genio. Piensas a lo GRANDE. —Len le miró inquisitivo—. ¿Cómo se te ha ocurrido la idea? ¿Has dejado…?

Petr sonrió.

—Pensaba en Joe y en la jefatura.

Los zumbadores sonaron de repente en los dos escritorios de la habitación y la pantalla construida en la pared se iluminó. Joe Hurley les miró desde la pantalla tridimensional, sus hombros redondos estaban doblados sobre su escritorio, su mandíbula proyectada hacia adelante en una sugestión de fuerza dinámica. La postura era siempre la misma, pensó Petr, aunque era una lástima que la estropearan los dientes amarillentos de Joe. Joe se daba cuenta de ese defecto. Cuando hablaba trataba de hacerlo sin abrir su boca demasiado. Y cuando sonreía echaba los labios hacia atrás

tensos para mantener oculto el descorazonador amarillo de los dientes. Y con aquello lo único que conseguía era llamar la atención hacia su dentadura, precisamente todo lo contrario de lo que se proponía porque los dientes horribles de Joe eran el símbolo de su caída desde la jefatura. La sociedad del Jefe se enorgullecía de su blancura universal, de su brillantez y de la carencia de infecciones dentales.

—Espero que vosotros dos hayáis encontrado algo GRANDE —dijo Joe, su voz era estridente y autoritaria—. Tenemos que pensar a lo GRANDE si queremos realizar cosas GRANDES. Y tenemos que hacerlas. Sí, cosas GRANDES. Dependen de vosotros.

Sus labios se retiraron, no demasiado lejos, en una sonrisa enigmática, y esperó su respuesta.

—Creo que Petr tiene la solución —dijo Len.

—¿Lo crees? ¿Es que no lo sabes, muchacho? Len, tienes que saber que no podemos ser negativos. No nos es posible pensar en quizás. Tenemos que ser positivos en nuestra forma de pensar. Es preciso que SEPAMOS —el rostro de Joe se hizo más largo y se inclinó más todavía hacia adelante—. Esta campaña puede hacernos ascender, muchacho. Puede, si utilizamos los recursos a nuestra disposición—. El clisé salía suavemente de sus labios y miraba a Petr con un aire de triunfo—. ¿Cuál es tu idea, Petr?

—Es sencilla pero es GRANDE —dijo Petr sereno—. Algunas veces las cosas más sencillas son las más GRANDES.

Joe asintió.

—Me gusta eso —dijo—. Creo que estás de lleno en plena inspiración, muchacho. Mantener las cosas sencillas es mantener las grandes —escribió las frases en una libretita. Conservaba un archivo de ideas memorables, muchas de las cuales estaban rotuladas y colgadas en cuadritos en las paredes de su despacho.

—Es esto —dijo Petr—. Utilizaremos el estribillo: «Ame como un jefe» y lo enlazaremos con la luna de miel en Hawái. Haremos que cada joven pareja de casados sean capaces de comenzar la vida en un ambiente parecido al de la jefatura. —Petr se sentía animado ante aquella materia. Como buen propagandista, deseaba vender su idea—. Y podemos adoptar el estribillo para dar variedad: «Siga al Jefe en unas vacaciones en Hawái», por ejemplo.

—Hummm —Joe parecía dudoso—. ¿Has pensado detenidamente en eso? ¿Has intentado imaginarte el cuadro completo?

Petr sonrió.

—Encaja perfectamente con la imagen total —dijo—. ¿No ha dicho nuestro propio Jefe que el amor de la jefatura desborda constantemente derramando sus beneficios hasta las zonas más ¡bajas de la sociedad?

—Y podemos conseguir muchas cosas del respaldo del Jefe —interrumpió Len—. Podemos usar sus casas como ilustraciones para la vida que pueden vivir en la luna de miel hawaiana. Y podemos…

—¡No, no, no, no! —Joe agitó las manos, como si quisiese espantar a las palabras—. No me molestéis en detalles mezquinos. Trabajaremos en esa línea si es buena. ¡Tiene que serlo! Dejadme que me imagine el cuadro completo. Debo mantener abierta mi mente—. Apretó las palmas de sus manos contra sus sienes, como si la presión sirviera para mantener abierta su mente—. Tenemos que estar seguros —dijo y su miedo de equivocarse se mostró en la tensión de su voz.

—¿Qué piensas de la idea misma? —preguntó Petr con inocencia.

Joe se agitó incómodo.

—Mi única pregunta es —dijo finalmente—. ¿Es lo bastante GRANDE?

—Sé que sí —dijo Petr con énfasis—. En realidad, la idea se me ha ocurrido por algo que tú dijiste el otro día. Acuérdate, es acerca de que la gracia de la jefatura queda restringida a aquéllos que tienen sangre de jefes en sus venas, pero los beneficios se extienden en cambio a todos los ciudadanos.

Petr sabía que la imaginaria conversación sonaría familiar a Joe. La calva cabeza estaba asintiendo antes de que Petr acabara.

—Sí, sí, claro —Joe comenzó a asentir con más vigor—. Creo que es eso, Petr, hijo. Has utilizado tu cabeza. Sigue manteniendo abiertos los oídos, muchacho, y no te olvides de nada de lo que oigas. Ese es el modo de medrar.

Se inclinó hacia adelante hasta que su rostro llenó la pantalla y su nariz aguda apuntó a ellos como si fuese un índice. Su voz era

ronca con una emoción artificiosa que pronto sería real porque llegaría a creer en ella.

—Esa idea es GRANDE, muchachos —dijo—. ¡Ahora hagámosla CRECER!

Mientras la palabra vibraba aún en la estancia la pantalla se apagó de manera dramática. Petr y Len se quedaron mirando a la blanca pantalla.

—Creo que has dado en el clavo con esto —dijo Len.

—Sí, me parece que hay lugar para mí aquí.

—Sí, viejo. Este es tu verdadero lugar, aquí perteneces.

Petr sonrió con malicia. Era lo que había estado pensando un poco antes.

3

Petr maniobró el helicóptero para un aterrizaje vertical. Alda estaba en pie junto a la banda de aterrizaje por debajo de él, con el rostro levantado para seguir los movimientos de la aeronave, como una blanca florecita sobre un tallo esbelto inclinándose hacia el sol. Petr sintió un momento de opresión en su pecho.

Aterrizó a pocos metros de ella. La muchacha parecía fría y fresca con un vestido verde menta y un escote a la moda, muy bajo. Petr sonrió mientras salía del helicóptero.

—Hola otra vez —dijo.

—Tarde de nuevo —contestó ella. Una sonrisa dio calor a sus ojos y a la boca.

—Si vuelve a ocurrir abandonaré mi empleo, dimitiré —dijo Petr y ambos rieron. Nadie podía dimitir de un puesto designado y esperar seguir comiendo. No había represalias. El culpable se vería en la imposibilidad de ganar cupones alimenticios.

Permanecieron mirándose el uno al otro y Petr se sintió absurdamente alegre y joven y descuidado. Había estado saliendo con ella desde hacía dos semanas y cada vez que se saludaban sentía un fresco buen humor dominándole.

—Llevas un vestido muy a la moda, jovencita —dijo Petr finalmente.

Las mejillas de ella se enrojecieron levemente.

—No estaba muy segura —murmuró.

—Se merece una comida. Vamos —la condujo hacia el helicóptero y la ayudó a subir—. Tengo una botella de vino y un bote de cápsulas de solomillo —dijo con indiferencia.

—¡Cápsulas de solomillo!

—Soy un hombre de influencia, has de saber.

Hizo volar el helicóptero en ascensión directa y se encaminó hacia la ciudad por la línea costera. El sol del atardecer lanzaba reflejos en miles de cúpulas de vidrio y en los cristales de millones de ventanas, despidiendo una especie de halo reluciente por encima de la ciudad. A través de él, también reluciendo como un sin fin de

luciérnagas, se veían los puntitos yendo y viniendo del tráfico aéreo. Petr hizo una señal y comenzó a descender hacia un campo del oeste. Puso el piloto automático y se relajó.

Alda miró por la ventanilla del helicóptero a la ciudad que había llegado a ser la capital del mundo. En la dureza de las comisuras de su boca, en las sombras de debajo de los ojos. Petr vio signos de esfuerzo. Cuando ella se dio cuenta de que la miraban, levantó la cabeza y sonrió.

—¿Dónde vamos esta noche? —preguntó.

—Pensé en llevarte costa arriba y comer en el helicóptero —dijo —. ¿Estás demasiado cansada?

Ella sacudió la cabeza.

—No. Me gustará eso.

—Arrellánate y relájate —dijo—. Ya te despertaré cuando lleguemos.

—No, de veras que no, Petr, no estoy cansada. Sólo un poco… preocupada.

—¿Acerca de tu padre?

—Sí. En parte por eso.

La hirviente cólera de Petr por la actitud del padre de Alda llameó.

—¿Has vuelto a hablar con él de nuevo?

—No quiere hablar —apartó la vista. A la derecha el sol se ponía en una cubierta de montañas purpúreas que rebordeaba la ciudad —. Es raro, Petr. Durante años ha estado atareado con su trabajo que apenas se daba cuenta de mi existencia. Pude haber vivido con cualquier hombre de la ciudad y ni siquiera se hubiese enterado.

—¿Qué hay acerca de Kurt Hartog?

Alda frunció el ceño.

—Eso es lo más extraño. Recientemente fue trasladado a la sección sociológica en las oficinas del CCP. De repente mi padre comenzó a tomarse interés. Empezó por animarme porque me mostrase amable con los oficiales del CCP de allí, incluso a salir con ellos.

—¿Por qué?

—No estoy segura. Tiene algo que ver con su Universidad, me parece y con su posición allí. Ya conoces sus puntos de vista, Petr, y

lo poco comunicativo que es. Pienso que estaban hablando de él.

—Y las habladurías quedarán silenciadas si su hija es vista saliendo con oficiales del CCP.

—Sí, eso mismo.

Se quedaron silenciosos. El borde blanco de la playa era visible ahora mientras pasaban la última boya de vidrio que señalaba un centro comercial. La oscuridad se posaba sobre la ciudad viniendo de las colinas y los rayos filtrados del soy ya no calentaban.

Volaron por la amplia extensión de la playa y Petr bajó el helicóptero hasta unos cien metros por encima de la encima de la playa y Petr bajó el helicóptero hasta unos cien metros por encima de la arena. Colocó los controles para que guiasen al aparato toscamente a lo largo de la curva de la bahía. Tomó la caja de provisiones de la parte de atrás de la cabina, sacó un brillante depósito y de allí vino local y un frasquito con cápsulas marrones.

—.Esta noche filete —dijo— y vino para animarnos.

Ella sonrió.

—Lamento estar tan triste, Petr. No me dejes que te estropee la noche.

Sus ojos descansaron en la suave curva de la boca de ella.

—No creo que sea posible —dijo con gentileza.

* * *

Mucho más tarde, después de comer y beber, en la quietud de la noche mientras el helicóptero volaba por encima del agua a unos sesenta kilómetros de la costa, Alda se agitó entre sus brazos.

—Petr —dijo—. Dime que ha pasado en el Universo desde que te conocí.

—No tengo ni la menor idea —le contestó él—. He estado viviendo un poco encerrado en mi propio mundo y nosotros éramos los únicos habitantes de él.

—No te creo —dijo ella con voz complacida—•. Dame las últimas noticias.

—Tendré que inventármelas.

—No creo que me importe la diferencia.

—Está bien —meditó el problema durante un momento—.

Empecemos con el limes de esta semana. ¿Qué suele ocurrir todos los lunes?

—Hay reunión en la cumbre. Los jefes de los varios gobiernos provisionales se reúnen solemnemente y aprueban un tratado poniendo fuera de la ley a las guerras civiles. Eso fue por la mañana. Por la tarde estallaron revueltas civiles en Hungría, Chile y Nepal.

—¿Tuvieron éxito? —Alda murmuró, saboreando al ridículo relato.

—Los rebeldes fueron pronto aplastados por el CCP —dijo Petr —. Antes de las seis, hora del Secretario de Paz de nuestro jefe, leyó un parte preparado en el que prometía inmediatas y drásticas medidas contra las familias que estuvieran mezcladas con los insurrectos. Advirtió medidas más severas para el futuro y, negó enfáticamente que el hambre reinante fuese la causa de las rebeliones.

—¿Cuál fue pues la causa?

—El hambre reinante —contestó Petr—. Un rebelde de Nepal se ganó adeptos gritando que el Gobierno del Jefe había destruido los productos de enormes granjas experimentales en donde las plantas marcianas y venusianas eran cultivadas. En Chile hubo un rumor general en lo tocante a experimentos con algas alimenticias.

—¿Y en Hungría?

—En Hungría tenían simplemente hambre —dijo Petr con sencillez.

—Había oído hablar de granjas experimentales —apuntó Alda—. Siempre fracasan.

—Eso es lo que he dicho —contestó Petr y se quedó silencioso un momento—. Tengo un amigo, Tom Hardy, que trabajó en esas granjas durante una temporada. Solía escribir acerca de la marcha de los experimentos. Los experimentos esos tenían que ver con adquirir grandes cantidades de alimento de masas de agua. Una vez escribió una carta muy excitada. Pensó que estaban muy cerca de la solución.

—¿La encontraron?

—No lo supe nunca —dijo Petr—. Dejó de escribir de repente y después de esto desapareció. Nadie ha vuelto a oír de él jamás.

—Petr, eso es horrible.

—Sí, ¿verdad?

—¿Crees que esos experimentos han tenido éxito?

Petr sonrió.

—Me conoces muy bien —dijo—. Yo sólo doy las noticias. No las comento.

Ella no respondió. Por debajo de ellos el batir rítmico del agua persistía en su sempiterna acción monótona y al mismo tiempo diversa.

—¿Qué tendrá que ver con el Código de Población, con la fuerza del Gobierno del Jefe, si el mundo de repente descubre que puede haber bastantes alimentos para todos? —dijo por último Alda.

—Nuestros jefes se asegurarán de que nunca encontremos una respuesta a eso —dijo Petr—. Pero déjame seguir con las noticias. Hubo una noticia más importante en la noche del lunes.

—¿Qué fue?

—Nos conocimos, nos besamos y nadie pronunció discursos.

Alda sonrió.

—Quizá es que nadie sabe de nosotros.

—El martes —prosiguió Petr—, hubieron noticias de más importancia. La primera fue la celebración del cuatrocientos aniversario de no sé qué cosa con relación a Malthus. Nadie sabe completamente que se celebraba, ni siquiera nuestro Jefe en persona. Alguien de la Sección de Propaganda decidió que era tiempo de dar otro tiento al nombre del viejo barbudo. Las ceremonias llegaron al máximo a mediodía, el tele-radar se ocupó por completo de la celebración, y nuestro Jefe regaló un reloj de oro a un residente de París que acababa de cumplir sus doscientos cincuenta años. Nuestro Jefe esperaba que el viejo —quién de paso, miraba con bastante desdén el reloj de oro—, viviría hasta celebrar su quinientos cumpleaños y pedía a Su Benevolencia que le concediese la gracia de poderle obsequiar con otro reloj.

Alda se echó a reír.

—Para entonces no necesitará ningún reloj.

—Nuestro Jefe terminó con un discursito señalando que la edad de aquel anciano era un símbolo de éxito del Partido del Jefe en prolongar y mantener la vida. El discurso fue ampliamente

aplaudido por los que con viveza aplauden siempre los discursos de .nuestro Jefe Aquella noche, que yo recuerde, tuve precisión de estar trabajando. Sin embargo, tú habías salido con otro hombre.

—¡No es verdad! —volvió la cabeza en un gesto de digna protesta, que quedó paliado porque su mejilla descansó en el brazo de él.

—¿Sigo adelante?

—Lo estás haciendo muy bien.

—Es posible que pudiera haber sido un gran periodista. Veamos. El miércoles el gobierno del jefe anunció que se habían hecho aterrizajes afortunados en Saturno, que varios miembros del grupo de aterrizaje se creía que aún vivían, que los signos de vida inteligente —no signos procedentes del grupo de aterrizaje, claro— habían sido encontrados con certeza y que la bandera de la Jefatura fue izada en el nuevo territorio. El jefe de la Sección de Exploraciones hizo un discurso en el que alababa el valor del grupo de aterrizaje y prometía nuevos e interesantes descubrimientos en fecha inmediata. No daba la menor pista acerca de lo que podrían ser estos descubrimientos, pero sabemos que llevarían involucrados grandes gastos, grandes pérdidas de vidas... y cosas así. El discurso, de paso, fue ampliamente aplaudido por el público.

—Eso no hay ni que decirlo —exclamó Alda.

—Aquella noche nos reunimos, tú llevabas un atormentador vestido rojo escogido con cuidado para la ocasión, y yo me quedé hechizado, nos besamos... y no hubieron discursos.

—Escogí pues el primer vestido que se me puso a mano.

—Embustera —dijo él—. El jueves, veintiséis helicópteros chocaron en una serie de accidentes, sobre Los Angeles y el jefe de la Sección de Tráfico hizo un discurso en el que deploraba la pérdida innecesaria de vidas pero apuntaba que si continuaban los accidentes al ritmo actual era de esperar un aumento en la ración alimenticia. Pero anunció que un nuevo sistema de tráfico entraría pronto en funcionamiento.

—¡Oh, no!

—Sí. Al oír las noticias trescientos pilotos cansados y confusos estrellaron sus helicópteros en las montañas. El discurso, de paso, fue ignorado por los telespectadores, el jefe de la Sección de Tráfico

suele ser un mal asunto para la Sección de Propaganda. Aquella noche nos reunimos y nos confinamos en nuestro pequeño mundo en donde nos besamos, no hubieron discursos.

Alda comenzó a reír.

—Estás borracha de champaña del gobierno —dijo Petr—. Jamás lo creí posible.

—¡No lo estoy! —exclamó ella—. Es sólo ese estúpido noticiero.

—Es que es un mundo estúpido. Ahora déjame seguir. Estoy solamente calentando las cosas. Viernes. El viernes por la mañana el Movimiento Clandestino hizo un sabotaje a tres proyectiles-cohete y distribuyó folletos en todo Londres, Moscú y Los Angeles. El comandante en jefe del CCP anunció que el Movimiento Clandestino había sido destruido por completo, excepto fragmentos dispersos de miembros sin importancia que pronto serían cazados. Aquel anunció creó notable confusión, puesto que Nuestro Jefe en persona había informado una semana antes que el Movimiento Clandestino no existía. Para empeorar las cosas, aquella tarde se extendió el rumor de que la colonia revolucionaria del planeta «U» había capturado con éxito una de las espacionaves de Marte escapándose con ella. El rumor no fue mencionado en el telediario, que estaba en tal estado de excitación que ni siquiera salió en pantalla en el programa de noticias ordinario de la noche. Aquella tarde nos retiramos a nuestra reclusión en el pequeño mundo de...

—Eso no es verdad —dijo Alda. Se incorporó de repente y miró a Petr con ojos grises amplios y serios—. Eso no es cierto en absoluto.

—Fue sólo un rumor —dijo Petr.

—No quería decir eso. Me refería a retirarnos a nuestro propio mundo separado, cariño, ¿es que no te tomas nada en serio?

—Es a ti a quien tomo en serio —trató de .reanimarla.

—No, Petr. ¿Cómo podemos bromear acerca del Movimiento Clandestino, acerca de la gente que pelea y que muere y que es cazada?

—¿Eres una miembro? —la preguntó en un susurro conspirativo.

—Eso no tiene gracia, Petr. No creí que lo encontrases divertido. Quiero decir...

—¿Por causa de mi padre? —Petr se quedó silencioso un

momento—. Supongo que está bien, que es una razón normal, pero nunca he pensado en ella.

—No podemos recluimos en nuestro pequeño mundo propio, cariño. No dará resultado.

—¿Por qué no? ¿Por qué tenemos que mezclamos en la inútil pelea de cualquier otra persona?

—No tengo intención de mezclarme deliberadamente. Me refiero al mundo real que viene tras uno en cierto modo. Lo que hacemos no nos afecta sólo a nosotros.

—¿A tu padre, por ejemplo? —la voz de él era amarga—. Los padres tienen una forma especial de perseguir.

—Tenemos algo más que preocupamos que la cólera de papá —ella trató de hablar con tranquilidad pero se veía bien claro que hacía un esfuerzo, porque arrugaba la falda con dedos nerviosos— Kurt ha vuelto a llamarme hoy.

—Ah, el vengador —contestó Petr sonriendo.

—Siente curiosidad, Petr. Ha hecho muchas preguntas acerca de ti.

—Es muy agradable que le recuerden a uno..

—No bromees acerca de eso, Petr. No sabes lo peligroso que puede ser.

—¿Por qué crees que significo tanto para él? ¿Es qué está enamorado de ti?

—No lo sé. Quizá no está acostumbrado a que le nieguen caprichos.

—Eso es una verdad como un templo.

—Cariño, ese hombre me asusta.

Sus palabras causaron un impacto por lo directo que iban dirigidas. La tranquila oscuridad del helicóptero, volando por encima de una zona en calma, con la ciudad luciendo débilmente de manera remota al sur, retirados de un mundo de conflictos y de hambre parecía posible, incluso actual, que los miedos de ella fuesen irreales. Pero en aquel momento Petr se dio cuenta de que Alda tenía razón. La fuga era una ilusión, la independencia una imagen inconcreta.

Miró la suavidad familiar de su boca, la línea de sus dedos había acariciado con frecuencia los pómulos y la puntiaguda barbilla,

miró a los ojos oscuros y serios y supo que estaba enamorado. La palabra salió fácilmente a sus labios. Ahora de mala gana estaba teniendo que soportar la carga pesada de la propia vida.

—Te amo —dijo él.

—No, Petr. No digas eso.

—Ya lo he dicho y seguiré diciéndolo.

—Por favor, cariño —ella apartó la vista rápidamente—. Conservamos las cosas tal como están.

—¿Es qué quieres decir que no me amas? —por primera vez desde su niñez Petr sintió un ramalazo de pánico.

Los ojos de ella escrutaron su rostro. Sacudió la cabeza como una niñita negando con torpeza su culpabilidad.

—Te amo, Petr —dijo ella.

Se miraron mutuamente en el aliento de aquel pequeño mundo de la cabina. Se besaron y no hubo discursos.

4

Era bien entrada la tarde cuando encontraron al padre de ella en el jardín, podando una gran planta verde cuyas hojas parecían orejas de elefante. Levantó la vista al oír las puertas de vidrio de la sala de estar. Se puso lentamente en pie. Erguido permaneció sin moverse mientras la pareja caminaba a través de la alfombra de césped. Hasta que se detuvieron a (unos palmos de él, y Alda habló, los ojos del anciano no abandonaron el rostro de Petr.

—Me alegro de encontrarte en casa, padre —dijo Alda—. Hemos estado buscándote—. Petr sitió alivio al notar que la voz de la muchacha sonaba tranquila.

Soy siempre muy feliz viéndote, hija —la miró cuando habló de un modo circunspecto, luego se volvió de nuevo a Petr—. Pero no deseo hablar con el señor Clayborne. Creo que ya lo dije con toda claridad.

—Tengo algo muy importante que decirle.

—Lo que usted diga no tiene la menor importancia para mí.

—Creo que esto sí, doctor Gray.

—Escúchale, por favor, padre —Alda le suplicaba. Las palabras parecían casuales, como una solicitud educada.

Si deseas ignorar mis preferencias y continuar viendo al señor Clayborne, Alda es cosa tuya. Pero no significa con ello que deba verle o escucharle.

El anciano volvió la espalda. Cogió las tijeras de podar que estaban bajo una gigantesca hoja de ¡a planta. En la brillantez del atardecer el sol le hizo parecer más viejo a Petr que en las veces que le vio anteriormente, y en especial a la luz difusa de la sala de estar, dos semanas antes. Había algo más que dignidad en la rigidez de sus movimientos. Debía estar por lo menos en sus ciento sesenta años de vida.

—Doctor Gray —dijo Petr con tranquilidad—. Le he pedido a Alda que se case conmigo.

Petr creyó que el anciano reaccionaría ante las palabras, pero cuando se volvió su rostro liso y de nobles formas tenía la frialdad

de una máscara de plástico.

—¿Y tú lo has aceptado, hija? —preguntó a Alda.

—Sí, padre.

—Entonces no veo…

Las palabras del anciano se interrumpieron. Pareció erguirse todavía más y todo su cuerpo se endureció.

—Si lo habéis decidido, ¿por qué es tan importante que vengáis a decírmelo?

—Porque nos gustaría que nos diese su aprobación —dijo Petr.

Toda la escena parecía irreal. Petr hablaba enervado, luchando por acallar el impulso de levantar la voz.

—Alda se sentirá más feliz si se casa con la bendición de usted —dijo.

El anciano miró a Petr inmutable.

—Sois mayores de edad, los dos. Sólo necesitáis la bendición de Nuestro Jefe.

—¿Por qué, padre? —la protesta de Alda fue algo más que un susurro—. ¿Por qué persistes en seguir así? —la manita de la muchacha se agitó en un gesto de impotencia.

—Ya conoces mis opiniones. Ese hombre sólo podrá hacerte desgraciada —el anciano habló desapasionadamente de Petr, como si él y Alda estuvieran solos.

—No le importó a usted que saliese con el capitán Hartog —dijo Petr con viveza—. Usted la animó incluso a eso no parece que concuerde con las objeciones que me ha puesto a mí.

—Tuve mis razones.

—Fueron sus razones. Pero no pensaba en Alda.

—Petr, por favor —los ojos de Alda estaban húmedos y su voz temblaba—. No sigas.

—No tengo que responder ante usted de mis relaciones con mi hija, señor Clayborne —el anciano se volvió a Alda—. Tú pareces sentir lo mismo acerca de mi opinión, hija. Si sigues apreciándole en algo, no te cases con un hombre que es traidor a todo lo que yo te he enseñado que creas.

—Petr no es ningún cruzado, padre. Eso es todo.

La miró tranquilo. Cuando volvió a hablar su voz sonaba a vieja y amarga.

—Si puedes hablar de cruzados con desdén, Alda, no hay nada más que decir.

La muchacha se volvió hacia Petr.

—Creo que será mejor que nos marchemos —dijo ella—. Adiós, padre.

—Si te marchas con él ahora, Alda…

—No volveré jamás.

La muchacha giró sobre sus talones y atravesó el césped, con pasos firmes y enérgicos. No se volvió a mirar.

Petr dudaba, mirando el rostro del padre con una mezcla de cólera y piedad.

—No quería que esto ocurriese así —dijo.

El anciano no respondió. Petr siguió a Alda fuera del jardín.

En el helicóptero la muchacha se derrumbó. Incluso sus lágrimas eran mansas, educadas bajo la cubierta protectora de sus manos. Petr se sintió impotente. ¿Qué podía hacer o decir? La pasó el brazo por los hombros y ella apoyó su cabecita contra el pecho varonil.

5

Poco después de las nueve en punto llegaron al Departamento Marital, que estaba alojado en el enorme edificio del Centro de Control de Población. Alda iba vestida de blanco, en el anticuado estilo de vestidos de novia con la falda llegando hasta encima de las rodillas y una única abertura que subía hasta la cintura. La luz del sol se reflejaba en sus ojos y su sonrisa era demasiado amplia, demasiado sincera.

No obstante de estar construido en blanco, también, el edificio parecía frío para una boda. El arquitecto había copiado a la Luna como elemento de decoración, era una esfera con ranuras formando ventanas invertidas y circulares como medias lunas y rebordeada de cráteres, como la propia Luna. Un ascensor elevó a Petr y a Alda hasta uno de los pisos.

La cola de solicitantes delante de ellos era ya larga, pero avanzaba con rapidez. El Departamento Marital estaba designado para efectuar su tarea con eficiencia, planeado para un solo propósito: asegurarse que ni una simple preocupación conturbaría la feliz entrada de la pareja destinada a formar matrimonio. Lo que en los tiempos antiguos había sido hecho por los padres de la novia, ahora quedaba a cargo del Gran Padre Benevolente, el Estado del Jefe.

Unos cuantos minutos antes de las diez llegaron a la puerta del Departamento. Un cordón de terciopelo rojo les impedía el paso. Después de un momento de espera, un ordenanza apartó el cordón y entraron. Un escritorio quedaba enfrente de ellos. Detrás de él un hombre se inclinaba sobre unos papeles, comprobando cada entrada.

—¿Primer matrimonio? —preguntó sin levantar la vista.

—Primero —contestó Petr—. Y último.

—Llenen ustedes el impreso y vayan a la ventanilla 4.

Les costó media hora el llenar la solicitud, que pedía detalles de nacimiento, parientes hasta la tercera generación atrás, ocupación e historial militar, educación, registro de residencia y certificado de

crédito. En la ventanilla 4 comprobaron el formulario y lo completaron y les entregaron tarjetas para el examen físico.

Petr se dirigió a la sala 7 y Alda a la sala 14 para ser examinados por los médicos, de una manera impersonal y completa. A las 11:45 Petr volvió a la ventanilla 4 para encontrar que la solicitud de Alda estaba aceptada, pero que la suya había sufrido un retraso. Le citaron a la 1 del mediodía, en la sala 3. El consejero marital es el que tenía que entrevistarlos. A mediodía el Departamento cerraba para almorzar.

La cafetería estaba en la base de la esfera. Tenía un suelo de plástico transparente, a través del cual podían mirar hacia abajo, donde se veían flores tropicales de los jardines inferiores y las filas de los peatones, yendo y viniendo como hormigas en su formal procesión.

—Es un alivio —dijo Alda cuando se sentaron en la mesita —me duelen los pies.

—Va a casarse y todo lo que le ocurre es pensar en sus pies —dijo Petr sin dirigirse a nadie en particular—. ¡Muy romántico!

—Es que esto no es un proceso romántico —dijo Alda. Miró a las hojas de ensalada y a los comprimidos de verdura de su plato con disgusto—. Debía ser mucho más bonito en la Edad Atómica, con las ceremonias y los anillos de boda...

—La gente solía casarse en las iglesias en aquellos días —comentó Petr, recordando sus conocimientos de historia—. La esposa prometía obedecer a su marido. Eso tenía mérito.

Sacó un cubito de azúcar de su bolsillo y lo dejó caer dentro de la taza de Alda. Los ojos de ella se abrieron asombrados.

—Trabajar en la Sección de Propaganda tiene sus ventajas —dijo Petr con indiferencia—. Hay clientes agradecidos —Tomó su café amargo sin azúcar—. Claro que esas viejas ceremonias no significaban mucho —dijo volviendo bruscamente a la conversación anterior—. La gente se casaba cinco o seis veces en menos de cien años.

—Pero por lo menos podían casarse sin permiso del Gobierno.

De manera automática Petr miró hacia las mesas vecinas para asegurarse que nadie les había oído.

Alda se inclinó hacia adelante.

—Petr, ¿es verdad que hay todavía sacerdotes en el Movimiento Clandestino y que celebran matrimonios?

—No lo sé —contestó con lentitud—. Uno no sabe lo que debe creer de esas historias sobre el Movimiento Clandestino —sonrió—. Quizá sea propaganda de los revolucionarios.

—Puede ser…

Petr comenzó a tomarse el café. Una mano cayó ligeramente sobre su hombro. Levantó el brazo sobresaltado derramando el café sobre la mesa.

—¿Nervioso, Petr?

Kurt Hartog les miraba, con los labios retirados en una blanca sonrisa en la que mostraba demasiado los dientes. Petr se dio cuenta de un profundo silencio había caído sobre la cafetería.

—Pues claro que lo estás —dijo Hartog—. Es el día de tu boda. ¿Te sientes también temblorosa tú, Alda?

El rostro de la muchacha apareció sólo una educada sorpresa.

—Sólo impaciente —contestó—. No esperaba verte aquí, Kurt.

—Yo me lo temía —apuntó Petr—. Es un riesgo que teníamos que correr.

—¿Un riesgo? Estás bromeando, ¿verdad, Petr? Me alegra de verte de tan buen humor —la sonrisa del capitán del CCP no desapareció—. Todavía no os he felicitado, ¿verdad? Debéis ser muy felices…

Petr no dijo nada. El silencio en la cafetería siguió dominándolo todo.

—¿Queréis estar solos? Claro, lo comprendo —Hartog se volvió como para marcharse. Después de dar un paso se detuvo como si una idea se le hubiese ocurrido de repente—. De ahora en adelante os voy a ver con más frecuencia. Como pareja feliz casada estáis bajo el control directo del Departamento —el anuncio pareció producirle cierto oscuro placer—. Eso es importante especialmente en casos como el tuyo, ¿eh, Petr? —se inclinó ligeramente hacia Alda—. Espero con impaciencia nuestro próximo encuentro.

Le vieron seguir su camino con facilidad, con gracia, a través del laberinto de mesas. Cuando pasó por cada una de las mesitas los ojos de los ocupantes se movieron furtivamente para seguirle. Tan pronto como desapareció por la salida, el murmullo de la

conversación cobró su altura de nuevo como si nunca se hubiese detenido.

—Petr —dijo Alda de repente—. ¿Por qué ha habido un retraso en concederte el permiso?

—No lo sé —contestó Petr con sinceridad.

—¿Qué quería decir Kurt cuando habló de casos como el nuestro?

Petr sonrió.

—Estaba sólo jugando al gato y al ratón, como cuando éramos niños...

—No, no lo estaba, Petr —la muchacha dudaba, buscando las palabras precisas, cosa impropia de ella—. Cariño, ¿hay algo contra tu historial de seguridad? —los ojos grises demostraban ansia.

—¿Por qué tendría que haberlo?

—Debían de haber aprobado tu solicitud tan rápidamente como la mía. Todo se hace de manera mecánica.

Petr se agitó incómodo. Ya había pensado en aquello.

—dijo—, fuera de un par de billetes de vuelo. He pasado mis cinco años de servicio militar de manera intachable. ¿Qué puede haber en contra en mi historial? Mi padre, sí, pero eso no tiene nada que ver conmigo.

—Lo sé, pero él, Kurt, quería decir algo —Alda sonrió forzada—. Creo que estoy un poco sobreexcitada.

—Vamos y casémonos —exclamó Petr.

A causa de haber llegado con antelación a su cita con el consejero marital, tuvieron que esperar. El empleado llegó exactamente a la una. Era un hombre amistoso con una sonrisa confidencial y una voz suave. Les hizo pasar a su despacho.

—Bueno, veamos —dijo pronunciando las palabras de una manera untuosa—. Estoy seguro que ustedes dos, jóvenes, comprenden la importancia del paso que van a dar.

—Somos ya lo bastante mayores —contestó Petr.

—Sí, sí, claro, lo creo. Ahora es trabajo mío refrescar sus recuerdos acerca de los hechos pertinentes a la vida de casados —rió con facilidad y asombró a Petr al guiñarle el ojo—. Claro que no me refiero a los hechos más íntimos. Estoy seguro de que para eso no necesitará usted ninguna ayuda.

Alda miró desvalida a Petr.

El consejero siguió adelante, su voz se hizo más oficial.

—Como ustedes saben, el matrimonio se permite sólo entre los seres de cincuenta y sesenta y cinco años, con un nacimiento de hijos restrictivo a esos años. Hay un límite de dos hijos para todos excepto para las familias de jefes.

—Ambos somos propagandistas —dijo Petr.

—Estupendo, estupendo. A ver si traen esos documentos aquí —con más tranquilidad que nunca el consejero pulsó un botón de su escritorio—•. Pronto estarán en mi mesa —dijo para animarles.

Apareció una muchacha y colocó algunos papeles sobre el escritorio.

—Gracias, querida —dijo el consejero muy ufano—. Una chica adorable —añadió en voz alta antes de que la muchacha hubiera abandonado la estancia—. Ahora veamos. Dos hijos, entonces, por su clasificación, a menos que haya de por medio alguna cuestión de seguridad —rió una vez más y Petr se preguntó si la boca de aquel hombre no le dolería al cabo de un día de trabajo en su despacho.

Pero el consejero miró los documentos y la risa desapareció de su rostro, dando paso a un terrible silencio. Jugueteó con los papeles y los reunió en un fajo.

—Comprendo —dijo y volvió a tomar los documentos.

—¿Qué? —preguntó Petr, tenso de repente.

—Usted debió de habérmelo dicho —dijo el consejero—. ¿Se llama Petr Clayborne?

—Sí —dijo Petr, con voz ronca—. ¿Qué tiene que ver eso?

—Muchísimo, muchísimo —volvió la sonrisa, irreprimible—•. Claro que eso no impide su matrimonio, pero origina algunas diferencias.

—¿En qué sentido? —la voz de Alda era baja y uniforme.

—Bueno, como hijo de un enemigo clasificado del Estado, señor Clayborne, tiene usted limitaciones de nacimiento automáticas.

—¿Qué quiere decir? —Petr se puso en pie, inclinándose sobre el escritorio y sus palabras fueron airadas y calurosas.

—Vamos, vamos, no hay necesidad de excitar, se —las manos del consejero se levantaron vivaces, como para protegerse de la cólera de Petr—. Ustedes aún serán capaces de tener hijos, pero

tendrán que esperar.

—Esperaremos sentados a la sombra de un árbol —exclamó Petr —. Si eso es cierto, ¿por qué no me han informado antes?

—Ya sabe usted que no solemos publicar información sobre la seguridad pública. Y esto de la regulación es una materia delicada. Y no se hace saber generalmente para la profesión de... bueno, de personas como usted. Nadie lo sabrá, excepto ustedes. Sin embargo, la ley es clara. Afirma que los descendientes directos de enemigos clasificados, lo mismo que los propios violadores de las leyes puestos en libertad de las prisiones, deben sufrir un período probatorio antes de recobrar plenamente sus privilegios de natalidad.

—¡Período probatorio! ¡Tengo ya cincuenta y dos años! ¿No es este tiempo bastante para que el Estado sepa si soy o no riesgo para su seguridad?

—Petr, por favor.

—Es cuestión de tenerle a prueba después de que llegue a ser lo bastante mayor como para casarse. Por otra parte no habría efecto restrictivo en la ley —el consejero sonrió agradecido a Alda. Pero sólo es durante quince años a partir de su fecha de elegibilidad, lo que significa menos de trece años en su caso, señor Clayborne — miró un poco molesto a Petr.

Petr se sentó. Alda le puso su mano sobre el brazo pero el joven no respondió a la caricia.

—Lo que usted dice es que no podremos tener hijos hasta que yo tenga sesenta y cinco años —dijo sin tono alguno.

—Exacto. De acuerdo. Exacto en todo. Claro que hay un modo de acortar el período de prueba —el consejero les miraba radiante.

—¿Cuál es ese medio? —Petr se inclinó hacia adelante. La mandíbula apretada.

—Puede ofrecerse voluntario para el Departamento de Exploraciones de las Fuerzas Armadas, lo que sería considerado como un extraordinario servicio al Estado. Su período de pruebas entonces quedaría reducido entre cinco a diez años a partir de la fecha efectiva. Estoy seguro que el Departamento vería su caso favorablemente si pedía usted ser destinado al Servicio del Espacio.

—Usted cree que eso serviría para algo.

—Oh, claro que sí. Absolutamente.

—Y así es como consiguen ustedes tantos voluntarios para el Departamento de Exploraciones —dijo Petr con amargura—. Muchas veces me he preguntado el medio que utilizan.

—Usted me entiende mal —el consejero tomó el tono oficial de nuevo—. Esto es puramente voluntario y es muy posible que usted pueda ser liberado de su período de pruebas de algún modo, al fin de unos diez años, quizá. Claro que sería poco usual.

Alda apretó con fuerza el brazo de Petr.

—No importa, querido —dijo con tranquilidad—. No importa.

—¡Pues claro que importa! —la voz de Petr era áspera—. A ti y a mí. ¿Crees que no sé lo que esto significa para ti?

—Estoy seguro de que ustedes querrán hablar de estas cosas en privado —sugirió el consejero marital, solícito y amable en su papel oficial—. Pueden pasar con toda tranquilidad a la habitación siguiente.

—Gracias —Alda se levantó y se dirigió hacia la puerta. Miró hacia Petr, que la siguió despacio.

Cuando la puerta se cerró tras ellos Alda se apretó contra Petr, y sus brazos rodearon el cuello del joven.

—Te quiero, Petr —dijo ella—. Podemos esperar un hijo. En cambio, no puedo esperar a tenerte a ti.

—No tienes que casarte conmigo —dijo Petr, con una inmensa cólera llenándolo todo, luchando contra el deseo de acariciar aquel cuerpo, de apretarlo con más fuerza contra el suyo—. No sabía esto, que de haberlo sabido nunca te hubiera pedido que te casaras conmigo. Supongo que tu padre sí lo sabía —añadió con amargura —. Y tenía razón todo el tiempo. Te voy a hacer desgraciada.

—No lo sabía, porque de saberlo me lo hubiese dicho. Nadie lo sabía. ¿Es que no te da cuenta? Es una orden secreta.

—¡Una orden secreta! Entonces pueden emitir las órdenes que les dé la gana, mientras les convenga.

—No es siempre, Petr.

—No, yo puedo ir voluntario a las exploraciones espaciales.

—No es preciso que lo hagas. Esperaremos si es necesario, a tener derecho a un hijo.

Petr la miró. Sabía lo mucho que significaba aquella afirmación

para ella. Un siglo de prohibición bajo las rígidas limitaciones del Código de Población, la fuente y el secreto de la fuerza del Partido del Jefe, habían hecho que el privilegio de tener hijos fuese una cosa tan deseada que ninguna promesa, ni amenaza ni castigo pudiese ejercer influencia sobre las mentes y cuerpos de los hombres.

La puso las maños en los hombros y la mantuvo separada de él.

—¿Quieres todavía casarte conmigo, incluso ahora?

—Te amo, Petr.

La ansiedad de los ojos de ella causó un profundo dolor en su corazón. Toda su vida la inflexiva maquinaria del Partido del Jefe se mezcló con sus acciones, restringiéndole. Pero era la primera vez que él se daba perfecta cuenta de que la presión le obligaba a moverse en contra de su voluntad y el movimiento le tocaba a ella. En aquel momento comprendió que nunca sería libre… Y que tampoco estaría solo.

La boca de la joven desvaneció la angustia y la ira en sus labios. Cuando, después de besarlo, la muchacha se apartó, sonreía.

—¿Qué es lo que decías durante el almuerzo? Vamos y casémonos.

La ceremonia tuvo lugar en la sala 20, la última al extremo del largo corredor. Los papeles finales les llegaron en seguida. A través del certificado de nacimientos, estampado con letras grandes y rojas, se veía una palabra: LIMITADO

Un oficial les llamó hasta su escritorio.

—Acabemos con esto —exclamó—. ¿Toma usted a esta mujer como esposa?

—Sí —contestó Petr.

—Firme aquí, por favor.

Repitió la pregunta a Alda.

—Sí —contestó ella.

—Eso es todo.

Firmaron los documentos por cuadruplicado. El oficial arrancó del bloc las terceras copias y las entregó a Petr. El y Alda permanecieron torpes, mirándose uno a otro.

—Los siguientes, por favor —el oficial levantó la vista impaciente.

Salieron sin darse cuenta de la habitación.

6

Durante el vuelo a Laguna Beach, en donde les habían asignado un apartamento para ellos, permanecieron silenciosos. Petr pensaba en el Código de Población, del que el control de nacimientos era su primera ley. Una proclamación de emergencia, pensó furioso. Un código invocado para una crisis y continuado como principio de fuerza.

Miró a Alda y se encaró con la cuestión que ella no le había hecho. ¿Podría ella, en trece años, ser capaz de pasarse sin los dos niños a que tenía derecho? Hombres y mujeres eran capaces de vivir dos siglos e incluso más... pero es la juventud la que da frutos. Y Petr sabía que los años de libertad restringida para tener hijos habían sido estudiados con cuidado, mirando garantizar el privilegio cuando quedara poco tiempo para dar fruto. Los controles naturales añadidos a los innaturales, reflexionó ceñudo, hacían la obra total.

Cuando se acercaron al apartamento instalado en Laguna Beach el helicóptero pasó por los geométricos cuadrados de los jardines de verduras que servían a la comunidad... Y con un sobresalto interior Petr recordó a Tom Hardy, el técnico químico que había trabajado en experimentos para crear nuevos alimentos y que en el linde del éxito desapareció.

Lentamente se dijo a sí mismo que aquel hecho lo había conocido durante años. El estado del hambre controlada que dominaba el mundo, manteniendo la existencia del Código de Población, era deliberado, formaba parte de un plan. Se había burlado de aquello con palabras. Ahora se daba cuenta de que había un motivo.

Aún estaba meditando sobre aquello cuando llegaron al terreno de aterrizaje cuyo número correspondía al de su apartamento. Dándose cuenta su mal humor, Alda siguió mirándole mientras entraban en el edificio. Sus deditos apresaron nerviosamente el brazo de él. Cuando la tomó en brazos para hacerla atravesar el umbral, forzando una sonrisa, había lágrimas en el rostro de ella.

El apartamento había sido recientemente decorado. Estaba amueblado con el utensilio moderno que se juzgaba adecuado al gusto de un propagandista. La inconveniencia de todo, el catálogo preciso de su mente y personalidad, añadieron calor a la cólera creciente de Petr. Los cálidos y brillantes colores le incitaban. La ósea contextura de los muebles provocaba sus sentidos como una ducha fría.

Miró hacia los moldes de belleza pre-establecidos. Seguid al Jefe, pensó furioso. Seguidle hasta su casa, hasta su cuarto de baño, hasta su dormitorio. Si no le seguís, él os seguirá. No. No, eso estaba equivocado. El Jefe miraba por delante de nosotros, teniendo cuidado de apartar el embozo y alisar las sábanas. Imprimiendo instrucciones en la pared junto al lecho, vigilando las primeras efusiones de pasión que aparecen nada más estáis a solas. No necesitaba una tele-pantalla para veros. Estaba ahí primero, tendiendo la mano paternal y gentil, aconsejando.

Podía seguir así durante años, pensó Petr, sin darse uno apenas cuenta de la caricia de aquella mano. O podíais reíros de ella, como él se había reído, sabiendo que la mano era larga, creyendo que nunca se cerraría sobre nosotros. ¿Por qué tenía que hacerlo? ¿Por qué no acoger con gusto la caricia de aquella mano? Prometía seguridad y confort y protección contra la necesidad de pensar y gastar por uno mismo. Llevaba la carga de la responsabilidad humana quitándola de la espalda de los pobres seres, y en tu alivio, evitándote penalidades, ni siquiera te dabas cuenta de que le ibas entregando también con la carta tu propia libertad. Uno debía seguir simplemente al Jefe. Eso era mucho mejor, mucho más cómodo, mucho más seguro que buscarse el camino por los propios medios.

—De modo que esto es el hogar —dijo Petr finalmente, con palabras amargas hacia la fría habitación.

—Por lo menos es nuestro —contestó Alda—. Es nuestro, cariño.

—No, sólo nos lo han prestado —la corrigió con brusquedad—. No es nuestro en absoluto. Nada aquí es nuestro.

—Ya lo cambiaremos.

Petr se echó a reír con aspereza. Alda le quitó la mano del brazo, con un gesto pequeño de apartamiento. Se alejó de él y caminó

hacia los grandes ventanales que llenaban una de las paredes.

—¿Crees que nos van a permitir que lo cambiemos? —la voz de Petr la persiguió—. ¿No sabes que cada pieza de mobiliario, cada trocito de tela, cada plato y toalla va alquilado con el apartamento? ¡Tendríamos que conseguir permiso para redecorar y reamueblar esto!

—No pensaba en los muebles —dijo Alda.

La cólera de Petr recayó sobre sí mismo. La había estado castigando como si el matrimonio sin hijos la trajera a ella menos dolor que a él. Se acercó a Alda con rapidez. Sus manos se posaron en sus hombros y la hizo volverse.

—Lo podemos hacer nuestro, viviendo juntos —dijo Alda—. ¿No basta?

—No —exclamó Petr, pero su voz era suave.— Eso no me basta. No podemos vivir mientras queramos. Al menos tal como ellos piensan. Eso es lo que tratan de decimos.

—Esperemos a tener derecho a un hijo. Petr —dijo ella comprensiva.

—Por qué tenemos que esperar? ¿Cómo sabemos que no habrá otra restricción cuando es te mal llamado período de pruebas haya pasado? ¿Que sabemos que podremos tener un hijo cuando yo tenga sesenta y cinco años y tú estés muy próxima a esa edad?

Una sombra oscureció los ojos grises de ella. Trató de leer el rostro de Petr.

—No podemos hacer ninguna otra cosa —dijo ella.

—¿No podemos?

Sus palabras llenaron la habitación. Su urgente vitalidad dominó a los muebles inanimados que llevaban impreso el indeleble sello del jefe.

—¿Qué quieres decir, Petr?

Los dedos de Petr se clavaron con fuerza en la carne de los hombros de ella. Ya no está dominado por la cólera. Sospesaba cada palabra.

—Estamos casados, ¿verdad? Nos amamos el uno al otro.

¿Quién tiene derecho a decimos que deberemos limitar nuestro matrimonio?

—Podemos amamos sin tener hijos.

—Podéis jugar en el jardín, niños —exclamó Petr—. Pero no saltéis la cerca.

La sonrisa plena de ella le asombró.

—Quiero hijos tuyos, Petr —dijo ella.

De manera imprevista se sintió embarazado. El hombre es cínico con las mujeres, pensó con amargura. Una presunta excitación comenzó a agitarse en su sangre.

—Ya sabes lo que eso significa —murmuró.

Ella asintió. Alda, bajo la presión de él, se agitó, levantó el rostro y rodeó con sus manos el cuello de su marido. Sabía lo que aquello significaba y no le importaba.

El acto era una violación deliberada a la ley suprema del Código de Población. Era un acto tan criminal que su importancia era difícil de concebir. Los embarcaría en viaje de huida y de miedo y de peligro desconocido. Si el símbolo visible de la acción era un niño, ese niño no tendría existencia legal. No podría ser inscrito en el Registro Civil ni reconocido de ningún modo. Si le encontraban, lo matarían de inmediato… y Petr y Alda se convertirían oficialmente en enemigos del Estado.

Pero a Alda no le importaba. Querían un hijo. Eran marido y mujer. Y nada más les importaba.

—Todavía no hemos echado un vistazo a nuestro nuevo dormitorio —dijo Petr en voz baja.

La tomó en brazos y atravesó con ella la puerta. Ni siquiera se fijó en los muebles.

CAPÍTULO IV

1

Una porra chocó contra la nariz de Petr. Se sintió desvanecer. La porra volvió a caer sobre su boca y rostro. Oyó un pesado jadear encima de él.

—¡Alto, capitán! ¡Es una orden!

—¡Métase en sus propios asuntos!

La porra golpeó otra vez la cara de Petr, destrozando la carne del pómulo. Notó como algo húmedo le mojaba la mejilla. El dolor estalló en un costado de su cabeza. Su cuerpo temblaba fuera de control.

Los golpes cesaron. Gradualmente el dolor se fue ensombreciendo hasta quedar una molestia aguda sólo. No deseaba que cesara. Había algo amistoso en el dolor físico ahora... Distinto al recuerdo tormentoso que había despertado.

¿Cómo podía Alda haber estado trabajando con Hartog durante todo el tiempo? Petr sabía apreciar la verdadera pasión cuando la veía. Creyó conocer el amor. ¿Y pudo haber sido todo planeado concienzudamente? El crimen fue decisión suya, no de ella. Y sin el crimen él era inútil para cualquier plan.

¿O la decisión fue realmente suya? Alda aceptó voluntariamente y con rapidez seguir adelante. ¿Acaso ella, con su silencio, le obligó a tomar la iniciativa?

Petr abrió los ojos. La luz borró la discusión interior que tenía lugar en la oscuridad de su mente. La habitación giró a su alrededor y por poco tiempo tuvo que volver a cerrar los ojos. El torbellino continuó aún en la aterciopelada oscuridad. Por fin disminuyó y cuando volvió a abrir los ojos la habitación giraba en un círculo perezoso. Al cabo de un momento se calmó. Sus ojos enfocaron a Hartog, el comandante Porter, a Len Horton, este último derrumbado en la única silla de la celda, con la cabeza entre las manos. Detrás de él el reloj de la pared marcaba 1:57 DE LA MAÑANA.

Kurt Hartog se secaba la mano metódicamente con un paño. Quitaba la sangre de los nudillos y comenzaba a pulir las facetas de su piedra roja del anillo. Una piedra marciana, pensó Petr ilógicamente. Una piedra rojo sangre y Hartog la estaba limpiando.

—Me temo que no le comprendo, capitán —dijo muy serio el comandante Porter—. ¿Es éste su método ordinario de interrogatorios?

—Cuando lo encuentro necesario, sí —contestó Hartog con calma—. Y con frecuencia me parece necesario al tratar con violadores del Código de Población.

—No perdono su crimen —repuso el comandante Porter—. Pero esa paliza no sirve para nada. No quiero que vuelva a ocurrir.

—Lo que usted quiera no tiene importancia —contestó Hartog con frialdad—. Estoy harto de sus intromisiones, Porter. De ahora en adelante ocúpese de los tratamientos y guárdese los consejos para sí mismo.

—Debo recordarle, capitán, que soy superior en rango.

—¡Rango! —Hartog exclamó burlón—. Lo que usted llama rango es un título honorífico, señor Porter. Ya estoy harto de títulos honoríficos.

El delgado rostro del doctor se puso blanco.

—No tengo que soportar…

—Al contrario —le interrumpió Hartog sin contemplaciones—. Tiene usted que hacer lo que se le diga. Usted ahora está en el puesto del Cuerpo de Control de Población, Porter. Su nominal rango no tiene ningún valor aquí. No nos hallamos en el hospital. Está bajo mi mando y hará lo que le diga. ¿Lo ve claro?

Hubo un momento de tenso silencio, Petr contempló cómo en el interior del doctor, el orgullo pugnaba con el miedo. Aquel hombre se pasó la lengua por los labios y Petr pudo oír cómo contenía el aliento y cómo lo despedía con fuerza por las aletas afiladas de su nariz. Los ojos del doctor no podían soportar la mirada de Hartog. No parecía saber a dónde dirigirlos. Sus ojos se posaron brevemente en el suelo, en el rostro de Petr, en la pantalla de detrás.

—Espero su respuesta —apremió Hartog.

—Está muy claro —dijo Porter. Su voz era intranquila y se detuvo para aspirar profundamente—, Me doy buena cuenta de su

autoridad, capitán Hartog. Confieso que jamás se me ocurrió pensar que mi propio rango no tuviese valor alguno.

Petr sintió una viva simpatía por el doctor… Algo parecido a la compasión que sentía por Len Horton, el hombre de su pasado, el amigo que se sentaba silencioso en la silla de rígido respaldo.

Pero los pensamientos de Petr eran confusos. A pesar de todo lo que recordaba, el sentido de bienestar inducido por la droga permanecía aún en él. Menos decidido, bruscamente conmocionado por el dolor físico mental que había experimentado, pero aún seguía dominado por el impulso de complacer. Incluso el claro conocimiento de su propio crimen y los motivos que le indujeron a él no podían sobreponerse a los apabullantes efectos de la droga en su voluntad.

Su mente le dijo que Hartog era su enemigo. Pero no había extensión emocional en su odio. En su lugar, cuando habló el hombretón, Petr quería responder… y sabía que no debía hacerlo.

Hartog le estaba hablando. Las palabras le martilleaban y le apartaban los pensamientos.

—No quiero perder más tiempo contigo, Petr. No me interesa oír detalles acerca de tu crimen. Todo eso lo sé. Alda nos lo ha contado.

Alda se lo había contado a ellos. No, era imposible. La mujer que él conocía, que él recordaba en aquel momento, no pudo hacer eso. Como liberación Petr se concentraba en las palabras de Hartog, rehusando de nuevo en aceptar los argumentos que saltaban en su mente. Era como dar la espalda a algo que no quería ver.

—Lo que me interesa es el Movimiento Clandestino —dijo Hartog—. Me vas a decir todo cuanto sepas acerca de ese Movimiento Clandestino.

El comandante Porter, con el rostro ahora inexpresivo, permanecía en pie junto a Petr, con los ojos fijos en la pantalla encima de la cabeza del prisionero, viendo cómo la franja de luz aumentaba o disminuía para indicarle que se había abierto una ranura en otra puerta en la memoria de Petr.

—El Movimiento Clandestino —repitió Hartog—. ¿Quién es su jefe? ¿Dónde está su cuartel general? ¿Dónde construyen la espacionave?

—¡Espera! —Len Horton saltó hacia adelante—. Háblales de mí,

Petr. Diles que yo no te quise ayudar. Tú te acuerdas, Petr. Tienes que acordarte. Tú recurriste a mí y yo te dije que no siguieses adelante con lo que te proponías.

Empujó a Hartog para acercarse y se aferró al cuerpo de Petr. A través de la débil película que aprisionaba sus miembros, Petr sintió como los desesperados dedos de su amigo se clavaban en la carne.

La mano de Hartog tocó el costado de la mesa y la puerta de la celda se abrió hacia arriba.

—¡Sargento! —gritó Hartog—. ¡Saque a éste de aquí!

—¡Díselo, Petr! ¡Por favor, recuerda!

Hartog lo empujó y Len Horton cayó sollozando sobre el suelo. El sargento arrastró la desmadejada figura y le obligó a ponerse en pie. Tras él, el rostro colorado del cabo surgió y entre los dos soldados llevaron al amigo de Petr fuera de la celda, arrastrando los pies a lo largo del camino. La puerta volvió a cerrarse y se produjo un silencio.

Eso me ocurrirá a mí, pensó Petr, recuerde o no. Pero no le ocurrirá a mi hijo.

El pensamiento fue espontáneo y lo que siguió se produjo de un modo casi tan automático. La luz blanca saltó hacia arriba en la pantalla, la mano del comandante Porter se movió, el cuerpo de Petr se estremeció con violencia, su boca se abrió. Un grito forzó ecos en la vasta cámara de su memoria y mientras el eco moría se vio a sí mismo hablar…

2

Bajaron del helicóptero-autobús cerca del kilómetro y medio de distancia según la dirección garrapateada en el mugriento pedazo de papel. Luego caminaron. Petr insistió en seguir un camino circular, en parte como precaución automática para evitar ser seguidos, en parte para aguardar la oscuridad total.

Alda había encontrado al doctor. Se acordó de una amiga en la Sección Sociológica, en quien confiaba. La amiga tuvo un aborto, resultado de un asunto con un teniente del CCP de su sección. La chica garabateó el nombre del doctor en un papel que ahora llevaba Petr dentro de su bolsillo. Se había mostrado muy amable.

El rostro pesado visible en la pantalla telefónica no mostró sorpresa cuando Petr convino la cita para por la noche, pero Petr se alegró que se le hubiera ocurrido apagar la pantalla a lo máximo para que su propio nerviosismo no fuese visible. Después se dio cuenta de que la precaución era innecesaria. El doctor Masón pensaría en todo como en un caso común... uno de los tantos en que se veía envuelto por cuestiones de su oficio. Petr y a Alda le parecerían otra joven pareja que se veía en el apuro de costumbre.

Caminaron a través de calles residenciales, esquivando el camino principal y añadiendo a la distancia una serie de giros que a veces les hacían volver sobre sus propios pasos.

—¿Crees que es realmente necesario, Petr? —preguntó Alda—. Nadie nos sigue.

—Probablemente no. ¿Pero cómo podemos estar seguros? ¿Qué te parecen los helicópteros que vuelan sobre nosotros? —levantó los ojos y se fijó en la forma pequeña de uno de ellos—. ¿No es el mismo que nos pasó por encima hace dos minutos?

No estaba convencido de sí mismo, pero sintió un impulso de justificar sus precauciones. Últimamente experimentaba el mórbido sentido de ser seguido a donde iba. La miró a la cara, consciente de la irritación consigo mismo y advirtió las líneas tensas alrededor de su boca.

—¿Estás cansada? —preguntó.

Ella sacudió la cabeza.

—Llegaremos pronto, ¿verdad?

—Sí.

Caminaron en silencio pasando las filas de cúpulas metálicas y de cemento coloreadas. A través de las ventanas se podían ver retazos de diversión al accionar el mando de una pantalla, el silencioso caer de los naipes sobre la mesa, el gesto de una mano matizando un relato, la boca abierta de quien se reía. Fuera de algunas de las cúpulas los hombres trabajaban en la creciente oscuridad, enseñando sus papeles a los patrulleros, plantando o sembrando o podando los pequeños retazos de plantas o los setos que separaban una cúpula de la de sus vecinos.. La humedad del mar formaba una estela en la noche, amortiguando los sonidos y las luces y dando un aliento de misterio y calor dentro del cual se forjaba la ilusión humana de que en el hogar había belleza y placidez.

Cuando llegaron identificaron la casa del doctor Masón, la noche negra se había mezclado con la niebla gris para aislarlos por completo, tal y como Petr había esperado. Rodearon hasta una entrada lateral que estaba iluminada por un marco amarillento de luz. Petr hizo un gesto a Alda en las sombras. Llamó levemente a la puerta.

Se abrió casi al instante y Petr reconoció el rostro.

—¿Doctor Masón? Tengo una cita con usted. Soy Petr… Petr Carson.

Con el rostro impasible el doctor asintió y retrocedió. Petr hizo un gesto para que Alda pasara delante y los dos entraron en la clínica. Al salir de la húmeda frialdad de la tarde, Petr esperó encontrar calor. El despacho era frío y desnudo. Los muebles, de metal muy gastado y sin pintar, estaban compuestos por dos sillas, una mesa y un escritorio cubierto de papeles. Los pacientes del doctor no parecían inclinados a evaluar las apariencias, pensó Petr.

El hombre grueso se sentó tras el escritorio y levantó la vista con un aire de sonrisa.

—¿Desean ustedes sólo una exanimación de rutina, creo? —su voz era calmosa e impersonal.

Petr asintió.

—Mi... amiga sospecha... —dejó sin terminar la frase.

—¿Su nombre? —miró a Alda

—Mari Black —dijo con voz dudosa. Añadió una dirección ficticia y una ocupación, junto con los nombres de otros inexistentes Black que pasaron por su padre, su madre y su hermana.

Petr contempló como el doctor escribía los datos en un formulario. Al verlo más cerca percibió algunos detalles. El cabello se rizaba por encima del cuello del doctor. Los codos de su chaqueta estaban relucientes y gastados. Sus mejillas colgaban flojas.

El doctor Masón se puso en pie.

—¿Quiere usted venir por aquí?

Condujo a Alda hacia una puerta al extremo de la habitación.

—El examen no durará mucho —dijo a Petr.

Precisamente antes de que la puerta se cerrase, Petr advirtió un destello de genuina tensión en el rostro de Alda. Se sintió deprimido. Aquello no era un juego, no era una distracción en la que participaban por su propia diversión. Aquello tenía la sordidez de un asunto escabroso.

Aquel pensamiento encolerizó a Petr. ¡Un asunto sórdido! Comenzó a darse cuenta de que allí había un arma cuya potencia no había comprendido antes de experimentarla. Había algo más que miedo actuante para mantener al ciudadano común dentro de los lazos impuestos por el Código de Población. También obraba el orgullo, la natural repugnancia hacia el estigma del crimen. Los propios actos de huir, el movimiento secreto, de caza subrepticia, de búsqueda de medios ¡jara ocultar el crimen... todo eso era degradante.

¡Cuántos cientos de amantes, de maridos, debían de haber estado esperando en aquella severa habitación! Petr conocía que los abortos eran un lugar común, incluso entre las mujeres de la sociedad del Jefe. Contra la ley, claro, pero mucho menos delito grave que el tener un hijo sin autorización. Había sólo una cosa diferente en su propia situación, un hecho que el doctor Masón no podía saber. Su crimen no era un error, no era el resultado de un descuido, de los balbuceos de la inexperiencia, o de un momento de ciega pasión. Habían actuado con deliberación. Pero el niño que iba en las entrañas de Alda era la secuencia inevitable de la rebelión.

Sería un niño. Petr miró hacia la habitación. Pronto lo sabría. Entonces llegaría el momento de las decisiones. Miró hacia la puerta y aguardó.

Después de un período interminable se abrió. Alda parecía abatida y asustada. Mantuvo la cabeza baja y sus ojos esquivaron los de Petr. Durante un instante él casi sonrió. La actuación parecía demasiado buena para ser fingida.

—Su amiga le dirá los resultados de mi examen —dijo el doctor Masón yendo tras su escritorio—. Es cuestión de ustedes dos. Naturalmente, les diré lo que debe hacerse.

—Sí, claro —dijo Petr.

Contempló cómo el doctor preparaba la factura. De nuevo se vio abrumado por el total desinterés de aquel hombre, su falta de pretensiones y cuidados.

—En cuanto a la factura —dijo el doctor Masón y esperó.

—Se la pagaré ahora —dijo Petr con rapidez.

Sacó los consabidos cupones de racionamiento, a pesar de asombrarse por el importe de la factura. El doctor sonrió con brevedad. Se apoyó en el escritorio.

—Comprenda usted —dijo con lentitud—, que puedo ocuparme de todo. De todo —repitió.

Petr asintió agradecido.

—Nos pondremos en contacto con usted. Y gracias, doctor. Usted no sabe cuánto… —Se detuvo preguntando si se estaba sobrepasando—, cuánto significa esto para nosotros.

Cogió el brazo de Alda y se volvió hacia la puerta exterior.

—Tendré que hacer un informe, claro —dijo rápidamente el doctor Masón.

Petr se volvió.

—¿Es realmente necesario?

El doctor Masón se encogió de hombros.

—Es la ley.

La mano de Petr se metió en el bolsillo de nuevo.

—Yo le daré a usted…

El doctor sonrió de nuevo.

—Yo no deseo que ustedes dos se metan en ningún jaleo —dijo —. Pero…

Era como un ritual, pensó Petr. Cada movimiento tenía su secuencia, cada palabra era aprendida por el uso repetido. Depositó un paquete grande de cupones de racionamiento sobre el escritorio. El doctor Masón miró los billetes.

—Quizá esta vez —dijo con lentitud.

—Habrá más —dijo Petr— cuando le veamos de nuevo.

El doctor jugueteó con el paquete de cupones. Su sonrisa se amplió.

—En tocante al Gobierno, «ojos que no ven, corazón que no siente» —dijo.

Petr cogió el brazo de Alda tranquilizándola. Miró una vez más hacia la puerta. El doctor Masón estaba contando los cupones.

Cuando salieron del pálido reguero de luz de la entrada, Petr se sintió más seguro. Esperó a hablar hasta que estuvieron más lejos de aquella casa.

—¿Es cierto, verdad? —preguntó—. ¿Esperamos un niño?

—Sí, cariño. Un chico.

Caminaron a lo largo de la oscura calle hacia la brillantez del camino principal.

—Ya sabes lo que significa —dijo Petr.

Ella se detuvo. Sus dedos acariciaron el brazo de él.

—Sólo nos queda una cosa que hacer —dijo la muchacha.

—Sí.

—Debemos intentar unimos al Movimiento Clandestino.

Petr asintió.

—Lo encontraremos —dijo.

Siguieron caminando.

Al pensar en el hijo sintió una extraña emoción.

3

Por la mañana fue al despacho como siempre. Y decidió tantear a Len Horton. No esperaba que Len mismo fuese del Movimiento Clandestino. Trataba de conseguir el más leve rumor o sospecha que Len pudiese haber oído, cualquier cosa que le diese una pista, un punto de partida.

Estudió la amplia y gruesa boca de su amigo, pero el largo rostro estaba sin sombras de preocupación e intriga, y se preguntó cómo podría llevar a colación el asunto de la traición. No deseaba arrastrar a Len a sus apuros... Como tampoco había querido Alda exponer a su padre al peligro.

—No, Petr —dijo ella la noche antes cuando le preguntó acerca de su padre, sabiendo la simpatía evidente del viejo hacia el Movimiento Clandestino—•. No. Tenemos que hacerlo por nosotros mismos.

—¿Por qué? Tu padre no debería hacer objeción alguna a mis ideas políticas ahora.

—Lo siento, Petr. No puedo acudir a él.

—¿Porque rehusó aceptarme?

Alda sacudió la cabeza. Sus ojos estaban húmedos.

—¿Es que no lo comprendes, cariño? Es más que eso. Si lo mezclamos, firmamos también su sentencia de muerte.

—¿Y estás segura de que no lo preferiría así él, si supiese lo que ocurre?

—Pues claro que sí —sus dedos juguetearon con el brazo del sillón—. Pero este problema es nuestro, Petr. Papá no quería que nos casáramos. Ahora que lo hemos hecho y que nos hemos visto metidos en un buen apuro, ¿cómo podemos recurrir a él? Yo no soy ni tozuda ni orgullosa, cariño. Lo que pasa es que no tenemos derecho a exponerle. Ya está bajo bastantes sospechas por ahora.

—Es que nunca se cuida de la forma que tiene de hablar —contestó Petr.

—El único motivo de que le hayan dejado tranquilo es que tiene muchos amigos en la Universidad y que saben que es demasiado

viejo para ser un hombre activo del Movimiento Clandestino. Yo no podría poner a mi propio padre en peligro, ni siquiera en bien de nuestro hijo.

Petr se inclinó y la besó. La respuesta decente de ella a la caricia le demostró lo ansiosa que estaba de su comprensión. La cogió por debajo de los brazos y la puso en pie. Alda se colgó de su cuello y susurró, con los labios muy pegados a los de Petr.

—Cariño, tengo miedo.

El miedo no era una mera creación de la noche. Era también real a la brillante luz de la mañana, pensó Petr… Y luego salió de sus reflexiones. Len Horton le miraba curioso.

—¿Es que mi peinado no queda bien hoy o cosa así? —le preguntó Len, sonriendo—. Llevas quince minutos mirándome fijamente.

Petr emitió una risa forzada como respuesta.

—Me estaba preguntando si ese labio que estás mordiendo está hecho de caucho.

La mano de Len se dirigió automáticamente a su rostro. Un dedo largo trazó sobriamente la línea en la boca.

—Es chocante que me preguntes eso —dijo—. Mi mujer siempre me pregunta lo mismo.

Esta vez Petr no pudo evitar una sincera risa y el pensar desdeñosamente que haría un gran conspirador… fracasado. E incluso hablando con su mejor amigo se traicionaba a sí mismo.

Len se levantó y dio la vuelta al escritorio. Adoptó una postura cuidadosamente solemne. Depositó su mano sobre el hombro de Petr.

—Cuéntaselo todo a papá —dijo con gravedad—. Ya es hora de que charlemos un poco.

Petr sonrió. Abrió la boca para hablar antes de acordarse del sistema de intercomunicación del despacho. Cualquiera podía estar escuchando. Y Joe Hurley lo hacía a menudo.

—¿Qué te parece si vamos a tomar un poco de café? —preguntó Petr—. Allí tendremos una charla de hombre a hombre.

Salieron sin decir nada y atravesaron los corredores circundantes llenos de charlatanas mecanógrafas y copistas, todas las cuales parecían pasar más de su tiempo hablando en los pasillos y en los

vestíbulos creados por los psicólogos de la Sección de Propaganda. Con igual predicción de seguridad de la sección había puesto micrófonos ocultos en vestíbulos y corredores. Petr escogió una mesa en el centro de la sala de descanso para caballeros, en donde había la menor concentración de mesas y balbuceo conversacional... y menos sitios para ocultar micrófonos. Incluso entonces tendría que hablar bajo y tratar de evitar aquellos peligrosos silencios generales de la habitación, esos descensos del ruido del ambiente, que permitían a los oídos mecánicos recoger y amplificar sus palabras.

Lo bastante extraño, la presencia de aquellos micrófonos y otros instrumentos similares de seguridad por todas partes nunca habían enojado a Petr anteriormente. Eran una parte familiar de la vida en el Estado del Jefe, algo aceptado desde la niñez como normal y necesaria precaución del Gobierno. Pero ahora, a causa de tener algo que ocultar, Petr odiaba los micrófonos. Lo que le parecía natural y prudente se veía de repente coloreado con el siniestro tono de una inevitable, pero real tiranía.

Petr llenó dos tazas con agua caliente mientras que Len iba al mostrador para comprar cápsulas de comprimido de café. Le tocaba a Len proporcionar el azúcar sintético. Petr dejó caer el cubito en la taza, contemplando cómo se disolvía y desaparecía mientras que la cápsula de café teñía de marrón el agua. Cuando habló finalmente, Len tuvo que recodarse por encima de la mesa para oírle.

—¿Cuántos hijos tienes, Len?

—Oh, dos, naturalmente. Ya lo sabes —Len estaba turbado.

—¿Cuántos te permiten tener?

—También lo sabes, Petr. Tenemos toda la familia que se nos permite.

—¿Qué harías tú si ocurriese algo y tu mujer fuera a tener otro hijo?

Len se rebajó, la mirada de preocupación comenzó a desvanecerse de sus ojos.

—Gran día del espacio, Petr, ya sabes la respuesta a eso. Me preguntaba qué es lo que te estaba recomendando. Tú no tienes ningún problema en encontrar un doctor que se cuide de ese asuntillo. —se detuvo frunciendo el ceño de nuevo—. ¿Pero de qué

te preocupas? Se te permite tener dos hijos.

—Déjame a mí fuera de esto. Mantengamos la conversación en plano hipotético.

Len sonrió.

—¿Un amigo en apuros? Claro, podemos hablar en hipótesis. Pero, como ya te dije, no hay ningún problema verdadero acerca de los abortos actualmente.

—¿Y qué pasa si uno no quiere recurrir a eso? ¿Qué pasa?

Uno de aquellos silenciosos que Petr había estado temiendo cayó en aquellos momentos mientras la voz de Len se levantó, aguda e interesada.

—No se puede hacer eso, Petr. No se puede tener éxito —bruscamente se reprimió, su rostro se volvió rojo vivo al darse cuenta de sus palabras, al comprobar que podían haber sido perfectamente audibles por los micrófonos—. Lo siento, muchacho —musitó.

—Mi amigo no puede hacer lo que tú piensas —dijo Petr como si el balbuceo no significase nada para él.

—Dile de mi parte, Petr, que no vale la pena ni intentarlo. Se está buscando a sí mismo un buen jaleo y al fin no logrará nada.

—Supongamos que él se imagina que si quiere tener un hijo, él y su esposa, es asunto suyo y no del Estado.

—Tienes amigos muy raros —dijo Len con lentitud. La idea era con toda evidencia extraña para él. —Miró a Petr con rapidez—. Ya sabes que el Estado no puede permitir que nadie tenga todos los hijos que quiera. El mundo quedaría superpoblado en menos de nada y no hay bastantes alimentos para todos.

—Supongamos que él se imagina que la misión del Estado es procurar que haya bastante alimento, no evitar que haya demasiada gente.

—No sé dónde quieres ir a parar, Petr. No veo por qué te interesas por eso. Pero esas leyes no existen sólo en beneficio del Partido del Jefe. Son para el bien general.

—Eso he oído —Petr se debatía ahora pensando hasta cuán lejos podía ir. La sala estaba todavía atestada y ruidosa y decidió que le causaría más daño con sus palabras que el producido por la clara irrupción anterior de Len.

—¿Alguna vez te has detenido a pensar que toda nuestra vida está, rebordeada por restricciones y prohibiciones que el Estado no tiene derecho a imponer? ¿No has tenido el sentimiento que en realidad formaros un pueblo esclavo?

Len soltó una risotada.

—¿Estás jugando, viejo? ¿Dónde estoy esclavizado yo? No noto que ninguna cadena me rodee los tobillos.

—No puedes tener ningún hijo más.

—Ya hemos hablado de eso, Petr.

—Me parece que sólo hemos rozado el tema —contestó Petr—. ¿Y qué hay acerca de esos micrófonos por toda esta habitación, en nuestro despacho, en el restaurante donde tú comes al doblar la esquina de tu casa? ¿Qué hay de tu trabajo? ¿Eres libre de dejarlo y tomar otro, prestando tus servicios en una granja si así te place?

—No, pero eso tiene cierto sentido. Yo soy un propagandista nato. Soy adecuado para el trabajo. Es todo lo que sé. No podría ser un buen granjero. ¿Por qué iban a dejármelo ser? No sería de ayuda a nadie, no haría al Estado ningún bien y mucho menos me sería útil a mí.

Pero esta vez Petr sabía que el argumento era fútil al mismo tiempo que peligroso… Pero se sintió impulsado a acabar lo que había comenzado.

—Len —dijo, manteniendo su voz más baja que nunca—, ¿tú sabes algo acerca del Movimiento Clandestino? ¿Has oído hablar de alguien relacionado con él?

Por primera vez Len pareció airado.

—¿Qué es lo que te piensas, Petr? No soy un traidor. ¿Has estado poniéndome a prueba durante todo este tiempo? ¿Eres acaso un agente de la Lealtad o cosa por el estilo?

Petr sacudió la cabeza.

—No —dijo—, sólo tenía… curiosidad.

Durante largo rato Len permaneció silencioso. Petr se preguntó brevemente si había sacado deducciones equivocadas de su primera tentativa. Luego leyó simpatía en los ojos de Len y supo que seguía estando a salvo.

—Petr, no tienes por qué decirme cuál es tu problema. Creo que hay alguno entre tú y Alda por lo de tener un hijo. Sé cómo sientes.

A mi mujer y yo nos gustaría tener más hijos. Pero el Estado es muy bueno con nosotros y contigo también. Eso del Movimiento Clandestino, ¿qué es? Ni siquiera sé seguro que exista. Si existe, será una agrupación de descentrados, de descontentos. Siempre hay gente así en cada sociedad. Gentes inútiles. Ni siquiera son útiles a sí mismos. Son perseguidos como criminales. Probablemente utilizarían bien poco a quien se volviera hacia ellos en busca de ayuda. ¿Por qué iban a ayudarte, a confiar en ti?

Petr no pudo discutir más con él. Las palabras de Len eran ecos de los pensamientos que había estado albergando pocos meses antes. Podía tener miedo de que la menor parte de lo que había dicho Len fuese verdad. Había una diferencia mayor entre él y Len; no deseaba creer en la bondad implícita de la jefatura y del Código de Población. Podía reunir razones prácticas para el asesinato en masa de niños innatos que Len ni se había imaginado siquiera, pero que eran razones prácticas. Ninguna de ellas trataba de justificar el acto, la exclusión humana en sí misma, bien sea de seres no nacidos o de hijos sí nacidos pero sin autorización. El acto era necesariamente diabólico, aceptado por el bien de la sociedad general. ¿Pero qué era sociedad? Sólo una creación de hijos que se les había permitido vivir. ¿Y por qué era la vida de un adulto más importante que la vida todavía acurrucada en el seno de una mujer? ¿Por ¿qué razón se concebían esas autorizaciones? ¿Cuán viejo tenía que ser uno antes de que le permitiesen formar parte de la sociedad?

No podía discutir ninguna de estas cosas con Len en la precaria seguridad de aquella habitación atestada. Sabía que cualquier argumentación era inútil, desesperanzadora. La lástima era que nadie sentía las cadenas, como él había dicho. El Partido del Jefe, se dio cuenta Petr, había esquivado el error de cualquier otro Estado totalitario. Los jefes hacían la opresión agradable y cómoda. El Movimiento Clandestino no producía emoción, no era reconocido como el brazo armado del pueblo contra cualquier tiranía. Los ciudadanos corrientes, como él, eran felices en su puesto asignado, capaces de vivir su vida en una paz comparativa, seguros de protección contra el hambre y el peligro y la enfermedad, cosas que le ofrecía benévolamente el Gobierno. Todo lo tenían hecho, desde

el nacimiento hasta la muerte. Nuestros jefes decidían incluso, si debería nacer, luego le proporcionaban el servicio por el que sería traído al mundo.

Y cuando moría, nuestros Jefes habían tenido la atención ya de reservarle un lugar en su crematorio más próximo.

—¡Qué inteligente era todo! Incluso el título de nuestro Jefe, Su Benevolencia, inspiraba un sentimiento cálido, seguro, de dependencia. De todas las cosas se tenía cuidado. No había nada de qué preocuparse. Sólo seguir al Jefe.

Petr miró a Len. Se dio cuenta de que ambos habían dejado que el café se enfriase.

—¿Vas a denunciarme? —dijo con tranquilidad.

—No has hecho nada, muchacho —Len le son. rió, tomando el largo silencio de Petr como expresión de confusión e incertidumbre —. Sólo has tenido una mala noche. No hagas ninguna locura, eso es todo. Todo saldrá bien si sigues por el camino marcado. Lo otro está fuera de tus manos. Acuérdate.

Está fuera de tus manos. ¡Qué frase más familiar en aquel mundo de nuestro líder! ¡Qué consoladora, también!

—Creo que tienes razón, Len —dijo—. Lo consultaré con la almohada esta noche y quizá, mañana todo me parezca distinto.

—Claro —Len colocó una mano gentil sobre el brazo de Petr y ambos se levantaron y caminaron hacia el corredor... Casi como si su amigo estuviese llevando a Petr fuera del peligro—. Y no te preocupes acerca de que diga ninguna cosa de lo que hemos hablado aquí. Ya se me ha olvidado todo.

Petr sonrió para sí. Len probablemente había experimentado una extraña y pasajera fase de angustia, cólera y resentimiento al menos le fue posible comprenderle. Una oposición completa inalterable y decidida al Estado estaba más allá del entendimiento de su amigo.

Estaba el Movimiento Clandestino como enemigo real. Había que luchar contra una aceptación pasiva. La libertad había muerto y no o causa de la fuerza poderosa del totalitarismo mismo, sino a causa de que significaba peligro, inquietud e inseguridad. No existía porque ni siquiera parecía desearle.

¿Entonces, era tan malo lo que venía? ¿Sería él, Petr Clayborne,

tan feliz desempeñando el papel de fugitivo como viviendo en la existencia cómoda y segura de cualquier leal y respetado ciudadano? ¿Piaría algo bueno para su hijo morir a manos del Estado después de una larga y penosa persecución que morir antes, bajo la experta mano de un abortista?

Sería tan fácil sucumbir, como seguir adelante. Caminando por la suave pendiente del corredor, a través de la cortina moviente de chicas de rostro fresco y ojos brillantes, y de jóvenes vivarachos, Petr se sintió infinitamente cansado.

Y su búsqueda había sólo comenzado.

4

Registró hasta los confines de su memoria, en busca de oscuros rincones de su pasado en los que nació un chispazo de rebeldía. Llegó hasta sus años de colegio. Clase por clase, estudió los rostros de aquellos que había conocido en diez años mientras estaba en la Universidad del Jefe. Registró los archivos de la Sección de Propaganda en las horas solitarias de la noche cuando los corredores estaban vacíos. Por último se le ocurrió un nombre...

Eligieron la Noche de la Elección para seguir aquella débil esperanza. Toda la ciudad se veía llena de la algazara de las conmemoraciones: excursiones pidiendo votos, discursos, turbonadas, fiestas para celebrar la victoria, fiestas para consolarse de la derrota. El OCP estaría ocupado tratando de mantener a las turbas dentro de los límites ordinarios... Demasiado ocupado, esperaba Petr, para prestar más que casual atención a una pareja que circulara por las calles. En la Noche de la Elección no había elecciones, sólo conmemoraciones.

El Gobierno del Jefe suministraba todas las apariencias de democracia. Había campañas electorales. Había un Congreso del Jefe, con cámara inferior y superior. Se pronunciaban discursos con frecuencia. Había máquinas políticas y sus Caciques. Se oía el grito: «¡Es hora de cambiar!» Pero no había ningún cambio. No había votos.

Los últimos grupos reclamando votos estaban cruzando los parques y reuniendo a su alrededor alegres multitudes que se agolparían después en tomo a las pantallas de televisión públicas espaciadas a lo largo de la Avenida Maltusiana mientras que Petr y Alda bajaban del autobús. Las calles estaban llenas de gente, turbas de colegiales desfilando al compás de marchas militares, llevando grandes cartelones electorales y disparando cohetes; turistas que se habrían camino a lo largo de las aceras y se detenían para mirar las exhibiciones en los escaparates de arte pornográfico, dispuestos en una variedad asombrosa de fotografías, con tonos naturales, y de películas y de fragmentos de esculturas representacionales.

A pesar de las multitudes, Petr y Alda fueron detenidos dos veces por patrulleros armados del CCP, quienes comprobaron de manera rutinaria su identidad y tomaron nota de sus números de identificación. Pero mientras la oscuridad se cerraba sobre la ciudad y las multitudes se hacían más ingobernables, los patrulleros comenzaron a dejarles pasar sin molestia alguna.

Comenzó el baile callejero de los artistas famosos y comenzó también a halagar a la gente a lo largo de la Avenida Maltusiana. Una falange adelantada de jóvenes, con sus cuerpos desnudos absurdamente pintados con rayas de pintura luminosa, se abrió paso a través del gentío que retrocedía riéndose y animándoles. Tras aquellos vinieron los bailarines, los hombres bizarramente vestidos, las mujeres llevadas con orgullo en medio de una confusión color carne de piernas agitándose y brazos ondeando. Fotógrafos y reporteros de los estudios de tele-radio se asomaban a las ventanas que daban a la calle, se colgaban de las farolas, metían las cabezas por entre el ramaje de las palmeras con el fin de conseguir sus reportajes.

Pillados impotentemente por las multitudes que les impulsaban a ver el espectáculo, Petr y Alda trataron de escabullirse por entre la fila agitada de bailarines.

—¿Tú has visto alguna vez esto? —preguntó Petr.

—Sólo en la televisión —dijo Alda—. Mi padre desaprobaba que viniese a verlo con mis propios ojos.

—No se lo censuro. —Hubo algo de sub-humano en los festejos y sin embargo, era una cosa normal… La normalidad de una descomposición prevalente.

—¿Qué piensas tú de… de todo esto?

—Supongo que como mujer debería sentirme excitada por lo que veo —contestó sonriendo—•. Pero ahora como mujer casada…

Su sonrisa se desvaneció cuando una de las chicas emitió un grito al ser arrojada por encima de la línea giratoria de bailarines. El sinuoso batir de la música aumentó de ritmo incrementando la excitación.

—Ahora creo que es horrible —concluyó Alda.

La noche era cálida. El calor de la carne humana denotaba su presencia en el aire. Los cuerpos de los danzarines relucían de sudor

y Petr se daba cuenta de que sus propios vestidos estaban empapados en la espalda.

—Marchemos —dijo.

Lucharon abriéndose paso por entre la gente. Petr arrastró a Alda tras él, cogiéndola del brazo para evitar verse separados por la muchedumbre contra la que luchaban. Tras ellos la música aumentó, su ritmo se hizo más vivo y se vio acompasado por agudos gritos. Un murmullo de sonido comenzó a hincharse en la multitud, envolviendo misteriosamente las risas y vítores, construyéndose a sí mismo hasta llegar a ser una onda, una ola estallando sobre sus cabezas en un rugido final sonoro que no era inteligible. Luego comenzó de nuevo… El murmullo agudizándose, la onda giratoria, el rugido explosivo.

Finalmente se vieron libres de la masa principal de la turba. Esquivaron las figuras que corrían y que se movían a lo largo de la acera formando un sinuoso que conducía al núcleo de la gente. La música, al separarse y tomar por un camino que conducía hasta el cañón y las montañas lejanas, se hizo inaudible y gradualmente los gritos de la multitud parecieron llenar menos el aire hasta que por fin el sonido quedó tras ellos, quedó separado de ellos.

Allí no había patrulleros del CCP en la calle tranquila. Una fila de casas viejas parecía desierta. Estaban en el corazón de la colonia de artistas la mayor parte de sus habitantes se hallarían en la ciudad, participando en las conmemoraciones.

La casa que buscaban estaba allá atrás, retirada del camino, formando una estructura de dos pisos originalmente hecha de madera y cemento, luego reforzada con metal aun dando la sensación de amenazar un colapso inminente. Estaba sin pintar y mugrienta. Ventanas sucias y rectangulares formaban retazos negros contra la fachada decadente.

Petr y Alda permanecieron en la profunda calle, preguntándose si había algún punto para entrar en la oscuridad del edificio. La casa parecía vacía y prohibitiva, contrastando agudamente con el chorro de luz y el tumulto de sonido que había tras ellos. Petr miró a su espalda, cuando una pequeña lluvia luminosa surcó el aire por encima de la Avenida Maltusiana, estallando al conjuro de las luces de fuegos artificiales. Petr pensó que la casa oscura no era tan

prohibitiva después de todo. Su silencio tenía menos amenaza que la voz de la turba.

Subieron por la acera, atravesaron el descuidado jardín cuyas plantas parecían tender filosos tentáculos hacia ellos. Dos escalones conducían hasta el porche.

Alda atisbo a través de la hendidura abierta de una ventana.

—¿Crees que hay alguien ahí dentro? —dijo.

—Parece que no —contestó Petr—. De todos modos es una idea peregrina tratar de encontrar a Framer aquí.

Llamó a la puerta. Vibró en sus goznes medio sueltos, pero no hubo respuesta. Petr dudó. Impulsivamente giró el pomo de la puerta y empujó. Se abrió.

Petr dio al interruptor de la lamparilla de su muñeca. Su resplandor iluminó una estrecha sala de recibidor. A un escalón de allí se veía un umbral. Los desnudos tableros crujían y vibraban.

—Si vive aquí, probablemente esté muerto o moribundo —dijo Petr con humor macabro. Por instinto habló en voz baja.

—El lugar parece ciertamente desierto y muerto —asintió Alda en un susurro.

—Quizá hagamos bien registrando cada departamento.

El edificio entero estaba dividido en pequeños apartamentos o habitaciones individuales. Era una casa sombría, una reliquia de un pasado distante, cuando la intimidad era ley de arquitectura y de la vida, cuando una casa era una especie de retiro del mundo, una especie de seguridad y aislamiento.

Las habitaciones del primer piso estaban todas vacías. Tras un momento de duda Petr se dirigió a una sombría escalera que conducía hasta el segundo piso. Petr se sentía un poco culpable... pero ¿qué es lo que tenía que temer? Hacía algo completamente legítimo, buscaba a un pintor, un viejo compañero de academia. Quería un retrato de su esposa. ¿Qué daño había en ello?

Las dos primeras habitaciones que exploró estaban vacías. La tercera no. Derrumbado desmadejadamente sobre la raída colcha de una cama barata, como un harapo, había un hombre. Aquel ser no se movió cuando la linterna de muñeca de Petr recorrió toda su figura. Unicamente cuando el rayo de luz llegó a la cabeza del hombre se agitó, volviéndose hacia la pared.

—Salgan —murmuró sin animadversión—. Déjenme tranquilo.

—Busco a Walter Framer —dijo Petr.

La figura pareció animarse lentamente, como una muñeca sin articulaciones. El hombre era una caricatura de pobreza de una fotografía del siglo XX, absurdamente delgado, desaliñado, con las ropas y vestido remendados. La luz reveló profundas cicatrices de sombra en su pecho. El rostro era flaco y desencajado. La acidez de la amargura había excavado surcos alrededor de la boca, los ojos y la frente. Pero el rostro era inequívoco.

—¿No te acuerdas de mí, Walter? —Preguntó Petr. Oprimió el conmutador de luz junto al umbral y sonrió tranquilo, como si fuese una reunión de antiguos amigos—. Soy Petr Clayborne.

Los ojos de Walter Framer permanecieron sin vida y vacíos, pero una indefinida alteración de su expresión, una sutil relajación de sus huesudas manos que se aferraban al borde de metal del lecho, le dijeron a Petr que el artista le recordaba.

—¿Quién es ella? —La cabeza de Framer, una masa huesuda demasiado pesada para las frágiles cuerdas de su cuello, señaló hacia Alda.

—Mi esposa. Alda. Te presento a Walter Framer.

La formalidad de la presentación pareció irónica y el educado saludo de Alda fue como una cosa mordaz, como una broma demasiado pesada.

—Supongo que estás un poco sorprendido al verme —dijo Petr —. Sí, al verme salir del espacio así.

—Oh, no. Te esperaba —se burló el artista—. ¿Por qué iba a sorprenderme? cuando un viejo compañero de colegio se deja caer después de diez años?

—Quería hablar contigo, Walter —exclamó Petr.

—Ya me pensaba yo que no era una visita de cumplido —dijo Framer. Sus labios se retorcieron de nuevo en una risa burlona—. Y no tienes que preocuparte por la habitación, no tiene micrófonos ocultos —añadió, como interpretando la inspección visual de Petr.

—Sólo quería asegurarme —le respondió Petr. Necesito tu ayuda Walter.

—¿Tú necesitas ayuda? A otro perro con ese hueso. Hace tiempo que no me rio tanto—. Pero sus ojos permanecieron contraídos

inexpresivos. ¿Cómo has llegado a encontrarme? No es que yo quisiera pedirte algo…

—No me fue muy difícil. Solamente busqué tu nombre en el directorio de pintores en la Sección de Propaganda. Trabajo allí.

—¿Sí? ¿Por qué has buscado pues mi nombre?

Petr sacó un paquete de cigarrillos de imitación y lo tendió al pintor. Walter cogió uno ansiosamente y siguió al paquete con sus ojos mientras Petr comenzaba a apartarlo. Petr se dio cuenta y dejó caer los cigarrillos sobre el lecho.

—He leído algunas cosas acerca de ti, Walter y también recuerdo otras. Se han contado ciertas historias.

—Apuesto a que sí. Debo de haberos hecho muchísima gracia.

—Parece ser que no estás en mejores relaciones con nuestro Jefe, que cuando estábamos en el colegio —dijo Petr.

—No me dejan tranquilo —contestó Walter Framer. Aspiró el cigarrillo nervioso—. Y si piensas pedirme que haga algo fuera de la ley por ti, ya puedes recoger tu equipaje y largarte. Ya tengo bastantes jaleos tal y como van las cosas.

—Sí, me he dado cuenta que las cosas no te van demasiado bien.

El artista se echó a reír a carcajadas y, una vez relajado, la risa tomó posesión de él, sacudiéndole ásperamente hasta que se hundió contra la pared. Finalmente se estremeció y se quedó silencioso. Las lágrimas corrían por el cuero peludo de sus mejillas.

—Dices que las cosas no me van muy bien. Sí, eso es. Las cosas no me están yendo bien. Tú lo descubrirás si luchas contra ellos. Una vez te tienen en la lista, las cosas ya no van tan bien. —Su voz levantó hasta transformarse en un penetrante chillido de cólera—. No me dejan tranquilo. ¿Comprendes? ¡Me persiguen y me cazan, y me derriban y no me quieren dejar tranquilo. Uno comete y está acabado para siempre. Nunca te dejarán tranquilo. Ellos se limitan a vigilar y a esperar que hagas algo por lo que en realidad puedan castigarte. O vigilan y esperan a que te mueras.

—Walter —le interrumpió Petr en voz baja—. ¿Puedes ponerte en contacto con el Movimiento Clandestino? Es urgente.

—¿El Movimiento Clandestino? —dijo el artista lenta y estúpidamente.

—Sí —Petr se adelantó hacia él, pero Framer se hundió todavía

más. El miedo volvía a llenar su rostro y toda la cólera y la reluctancia habían desaparecido. Hasta sus huesos parecían que habían perdido toda su firmeza.

—Sal —exclamó y las lágrimas rodaron libremente por sus mejillas—. Sal, sal.

—Walter —exclamó Petr agudamente—. Tú tienes que confiar en mí. No trato de meterte en líos. Trato de salir de un apuro yo mismo.

—Me has engañado —dijo Framer—. Pero no me volverás a engañar. Ha sido una triquiñuela. Vosotros no me dejáis tranquilo. Tú eres uno de ellos.

Petr sintió compasión. Walter Framer era un símbolo terrible del fin de la rebelión. Destrozado y abatido esperaba morir. Y la muerte, a menos que se la produjese por sí mismo, tardaría mucho tiempo en llegar. Su resistencia no había sido lo bastante importante para producirle una rápida muerte y la Jefatura benevolente procuraría que su vida fuese un purgatorio interminable de expiación.

—Yo no soy uno de ellos —protestó Petr.

—Sal —repitió Framer—. No te creo. Vosotros siempre tratáis de engañarme. Si tú no sales llamaré al CCP., a la Oficina de Pruebas. Veremos si eres uno de ellos.

Dentro de los ojos sin vida se produjo un maligno resplandor y Petr supo que había dicho demasiado. Ya muchas personas sospechaban de él y en la mente de Walter Framer el asunto era peligroso. Petr sonrió.

—Eso es mucho mejor. Walter. Eso es precisamente lo que deberías hacer. Con franqueza no creíamos que lo hicieras.

—Lo sabía —dijo el artista—. Lo sabía —y su cuerpo tembló como un azogado.

—Somos muchos, ¿verdad? Más de los que tú te habías imaginado. Pero no te perseguimos. Debes borrarte esa idea, Después de todo, podemos despreciarte, ignorarte, ¿no es verdad? Tú mismo te meterás en jaleos. —Petr se volvió hacia Alda—. ¿Te has dado cuenta de todo esto?

Ella miró.

—Sí, señor —dijo—. Lo tengo todo registrado en cinta

magnetofónica.

Petr volvió a mirar de nuevo a Walter Framer.

—Eso será una nota buena en tu historial, Walter. Acuérdate bien de venir a nosotros en cuanto cualquier miembro del Estado trate de inutilizarte.

El pintor no respondió. Permaneció echado en el lecho con su cuerpo desmadejado y gastado. Le dejaron como le habían encontrado, una masa de harapos de hombre yaciendo desesperado en el aislamiento de su soledad.

El vestíbulo estaba oscuro. Petr encendió la luz de su muñeca y luego siguieron su rayo hasta la puerta de la calle.

—No valgo para nada en este asunto.

—Te era imposible saber cómo reaccionaría, Petr —dejo ella—. Tú no podías adivinar que el miedo le dominaba. Era un riesgo que valía la pena correr.

—Espero que no empiece a hacerse preguntas sobre lo pasado. Si así lo hace...

Absortos uno en otro, no advirtieron las figuras uniformadas de la calle. Una luz destelló brillantemente y Petr levantó las manos para protegerse del súbito resplandor.

—Sus tarjetas de identidad —dijo una voz fríamente detrás de la luz.

—Oh, claro —contestó Alda. Y Petr se quedó sorprendido al oírla reír ligeramente—. Nos han asustado.

La luz bajó para enfocar sus tarjetas de identidad. El intermedio dio tiempo a Petr para reanimarse. ¡Era otra inspección de identidades rutinarias. ¡Si al menos hubiesen tenido la precaución de mirar antes de abandonar la casa!

Uno de los patrulleros anotó los números de identidad. Luego se volvió a su compañero.

—¿Has conseguido el número de la casa?

—Claro.

El primer patrullero les devolvió las tarjetas.

—Ustedes no viven aquí —dijo.

—Estábamos visitando a un amigo —contestó Petr.

El patrullero escribió la respuesta.

—Eso será todo —exclamó y con un paso preciso y militar al

estilo del CCP los dos hombres saludaron y se encaminaron calle abajo. Alda y Petr permanecieron allí, escuchando el taconear de las botas hasta que se desvanecieron en la noche. Al pie de la calle los dos hombres se reunieron con una tercera figura uniformada, la de un hombre corpulento. Los patrulleros saludaron. Petr frunció el ceño pensativo.

—¿Qué significa esto, Petr? —preguntó Alda.

—Todavía no significa nada— le contestó Petr. Pero, ¿Quién era el oficial y por qué estaba allí?

—Ellos deberían haber venido directamente hacia nosotros.

—Eso es. Se han asegurado demasiado de lo que ocurre.

—Sin embargo, era una identificación rutinaria, ¿verdad?

Petr sonrió débilmente en la oscuridad.

—¿Qué otra cosa podía ser? Pero ya van demasiadas inspecciones rutinarias. Descubrirán lo que pasa si seguimos saliéndonos de la rutina.

—Todavía los derrotaremos, cariño —contestó Alda mientras comenzaba a caminar calle abajo hacia la Avenida Maltusiana—. En definitiva no tienen nada preciso todavía. En realidad no pueden tocamos.

Bajaron bajo la luz de una farola y Petr miró el rostro imperturbable de ella, con la línea apretada de sus labios y la firmeza madura de su. cuerpo.

—Les haremos padecer —dijo.

Delante de ellos una sombra rizosa de chispas blancas se alzó en el aire, explotando en una fiera explosión de infinidad de luces coloreadas.. Un rugido salió de la multitud invisible. Por encima de aquella masa de sonido se alzó una agudeza cortante producida por el grito de la mujer. La Noche de la Elección se aproximaba a su clima.

5

Después de aquello Petr insistió en que Alda permaneciese en el apartamento por la noche, mientras él recorría la ciudad por completo caminando por las calles oscuras, buscando sin saber él qué. La visión de una bodega secreta ocupaba su mente. Una bodega parecida a la que había visto cuando nació el Movimiento Clandestino… una bodega que algunas veces, en sus sueños, las pesadillas revelaban la existencia de un chico atormentado al que no se podía dejar atrás.

Cuando fue a trabajar esta tarde en el despacho en las tranquilas horas de la noche cuando los pasillos estaban desiertos excepto la presencia de algún guardia ocasional, prosiguió una búsqueda metódica en los archivos de noticias del transradar, que él podía usar sin sospechas por ser propagandista, al menos durante una temporada. Inventó un proyecto que justificaba su trabajo hasta bien tarde por la noche en el despacho, lo mismo que también servía para explicar sus incursiones callejeras. Era un libro, un estudio serio de los desgraciados rebeldes que vivían en la Sociedad del Jefe, en contraste de la vida feliz de los ciudadanos leales. Las noches pasaban mientras la vida prohibida crecía en las entrañas de Alda, el bloque de notas inútiles para el libro de Petr se hacía cada vez más grueso.

* * *

Exactamente diez días después de la arriesga, da visita al apartamento de Framer, el capitán Kurt Hartog visitó a Petr en su despacho. Sonrió. Estaba de buen humor. No había rencor en él.

—No está bien que mantengas a Alda fuera de la circulación —dijo Hartog—. Nadie la ha visto desde el lamentable matrimonio vuestro.

—Somos felices —contestó Petr.

—Estoy seguro que sí —Hartog se inclinó por encima del escritorio de Petr. Sacudió un dedo en una juguetona imitación de

amenaza—. Si la haces desgraciada, tendrás que vértelas conmigo. Tengo mucho cariño a Alda.

—¿El cariño bastante como para no interferirse en su felicidad?

Hartog quedó sorprendido, impresionado.

—¡Pues claro! Yo ni soñaría casarme con ella. De cualquier modo lo que haces tú, Petr. ¿Qué puedo hacer más que decirte eso?

Petr sonrió. Hartog le devolvió la sonrisa. Len Horton, torpemente impresionado por la aparición del CCP sonrió dubitativo desde su lugar detrás de su propio escritorio. Y Petr pensó: «Él lo ha descubierto».

—Debemos reunimos, los tres —dijo Hartog—. Quizá yo podría encontrar otra chica que quisiera salir conmigo e irnos a divertir las dos parejas. Eso sería lo corriente, ¿verdad?

—¿No es algo raro tu súbita prisa por salir, capitán? —Preguntó Petr.

—Oh, deseo repentino, Petr. Me mantengo a distancia discreta mientras tú y tu mujer os instaláis, os aposentáis en vuestra matrimonial felicidad. Pero después de todo, piensa, Petr, la tienes demasiado para ti, por eso he decidido detener esa posesión continua y dar un paso quizá para rescatarla de tus instintos posesivos.

—Estoy seguro de que Alda se alegrará mucho al enterarse.

—No creo que pienses así, Petr. Pero ¿querrás decirle que pregunté por ella?

—Se lo diré —contestó Petr—. Se mostrará muy interesada.

—¿De veras? Bueno, ahora, eso es más de lo que podía haber esperado. —El oficial se levantó de su silla junto al escritorio de Petr, tomándose tiempo para hacerlo, como si no quisiera marcharse—. Después de todo, el pretendiente despreciado se ha olvidado pronto, ¿verdad?

—No te hemos olvidado —dijo Petr.

—Bueno —exclamó Hartog—. Y pronto estaremos juntos, ¿verdad? A menos, claro, que haya alguna razón para no salir… —miró a Petr con una débil sonrisa—. Bueno, felices días, Petr.

Le tendió la mano, obligando a Petr a estrechársela . Hizo un gesto con la cabeza a Len Horton y se volvió en dirección a la puerta del despacho.

—Felices cacerías —le respondió Petr.

Hartog se volvió lentamente. Su sonrisa se hizo más amplia.

—Muchas gracias. Petr. Creo que disfrutaré con la caza.

Petr se le quedó mirando, las palmas de sus manos estaban húmedas. Culpablemente se frotó las manos contra los pantalones. El cuerpo puede traicionarte, pensó. Esperó que su mano hubiese estado tan fría y seca en el momento en que estrechó la de Hartog... pero lo dudaba.

* * *

Petr no contó a Alda la visita de Hartog y llegó a reírse diciendo que se imaginaba cosas cuando su mujer le dijo haber visto al capitán un día en la multitud de un centro comercial cerca del apartamento de Laguna Beach.

No se mostró sorprendido cuando, unos cuantos días después se encontró con Hartog en una calle cerca del edificio de su despacho, durante la hora de almorzar. El oficial, de paisano y con aspecto menos distinguido y menos amenazador envuelto en su suelta toga saludó a Petr calurosamente. La representación mejoraba, pensó Petr. La práctica la perfecciona. Pero la palmada a la espalda y la expresión cordial al reunirse con Petr de nuevo dieron pronto paso a unos ademanes más graves.

Hartog bajó su voz confidencialmente. Se había enterado de la prohibición, de la limitación del derecho de nacimiento para Petr y la pobre Alda. Trabajando en el Cuerpo, hay que comprenderlo, estaba en posición de enterarse de tales cosas. Claro que fue accidentalmente. El quería expresar sus sinceras simpatías. Que no fuese especialmente duro para Alda, pensó Hartog, puesto que ella no tenía nada que ver con la prohibición. ¿Se lo tomaba con dificultad?

Rechazó la respuesta de Petr. Hartog conocía a las mujeres, conocía lo que sentían acerca de los niños. Sólo deseaba poder hacer algo por ellos, pero no le era posible por el momento. La ley era la ley.

Su rostro se hizo interesado. Petr no haría ninguna locura, ¿verdad? ¿Algo que le produjera disgustos con el C.C.P.? No sería

prudente. Como oficial del Cuerpo, Hartog estaba en situación de saber. No sería prudente. El no querría que le sucediese algo a Alda…

Petr se separó de su amigo bruscamente. Volvió apresuradamente al despacho, estremeciéndose de pura rabia.

Aquella noche trabajó hasta más tarde que de ordinario en su oficina.

6

Había otros que compartían aquellas horas solitarias en el casi desierto edificio. Petr los oyó. Eran sonidos ampliados que despertaban ecos en los vacíos pasillos. Cada hora se oía el profundo taconear de las botas del guardia. En alguna parte una puerta se cerraba con fuerza al sonar el timbre. En ocasiones se oían voces.

Los oídos de Petr registraban los sonidos pero en realidad no los oía. Habían pasado más de tres horas, desperdiciadas viendo viejos noticiarios a través del microproyector. Le escocían los ojos. Apagó las luces y se sentó en la oscuridad del despacho sintiendo la depresión de la derrota.

Cerca se abrió una puerta y se cerró. Unas pisadas se oyeron suavemente a lo largo del pasillo, dudando en el exterior de la puerta de Petr. Luego siguieron adelante, Petr, esperaba, alerta ahora, mientras las pisadas se movían. ¿Quién podía ser? El sonido de una puerta al cerrarse venía de muy cerca.

Joe Hurley. Sí. Varias veces había encontrado a Joe en los pasillos después de horas de trabajo y otras veces había visto que se encendía luz en el despacho de Joe. Joe era un ambicioso, pero Petr nunca advirtió que la ambición de Joe le condujese hasta un trabajo duro, particularmente después de las horas normales. Petr se levantó y salió por la puerta. Miró a lo largo del corredor sin adentrarse en él. Reconoció al poco el cuerpo de Hurley cerca del extremo del pasillo. Mientras lo, miraba, Hurley se dirigió derecho hacía la escalera exterior.

¿Por qué la escalera exterior en una noche tan fría? Por un momento Petr permaneció allí, sólo se emplearía en caso de no querer ser visto. Por otra parte los ascensores automáticos eran más rápidos y calientes. Pero por la noche, la escalera a pesar de que seguía funcionando, se usaba raras veces. Probablemente no habría guardias.

Sacudió la cabeza. Su propio sentido de culpabilidad le hacía sospechar de todo, no obstante... ¿debería pasar por alto un hecho

singular, por insignificante que pareciera ser? Eso tenía relación con lo extraño de las tardías horas de retirarse de Joe.

Petr se decidió y avanzó rápidamente. No se molestó en cerrar la puerta de su despacho.. Un guardia se encargaría de eso. Sin detenerse tampoco a pensar en el ascensor automático, apretando el botón de urgencia para el descenso. Una vez en la calle rodeó corriendo el edificio hasta el lado en que entre sombras terminaba la escalera lateral. Probablemente tronchando flores valiosas, pensó… además cometía una locura.

Joe Hurley —o al menos una figura solitaria— descendía lentamente, a nivel ahora de la puerta principal de recepción, el así llamado primer piso, cerca de treinta metros de las tiendas sitas al nivel de la calle. Petr esperó. Cuando la figura llegó finalmente a la calle se volvió bruscamente y comenzó a caminar hacia la parte trasera del edificio de oficinas. Petr le siguió.

* * *

Veinte minutos más tarde permaneció a solas en una calle estrecha de innominadas tiendas. Se Sentía azarado. Joe Hurley, un momento antes una sombra indefinida en movimiento a través de la calle y no muy lejos de él, acababa de desaparecer.

Petr avanzó hacia el punto en donde la sombra se había desvanecido y se escondió en la oscuridad de la entrada de un almacén. Estudió la fila de tiendas a la otra parte de la calle. No había señal de vida.

Un viento cortante del mar había dado un giro fresco a la noche, pero había sorbido también para levantar la bruma de niebla y humo que como un velo gigantesco se extendía en la zona costera, la luz de la lima brillaba sobre las altas luces de la calle, ennegreciendo de sombras el lugar en donde Petr pasaba frío. El viento arrastraba pedacitos de papel a lo largo de la acera hecha de metal y de caucho. Petr se subió el cuello de su abrigo para protegerse Ja garganta.

Vio la nueva sombra cuando se hallaba a media manzana de distancia. El hombre se mantuvo apretado junto a la pared de las tiendas, pero Petr fue capaz de seguir sus movimientos a la clara luz

de la luna. Sabía el momento exacto en que se desvaneció.

Los ojos de Petr siguieron el camino por donde había venido aquel hombre a lo largo de la calle. El mismo que había tomado Joe Hurley. Una profunda excitación comenzó a agitar su sangre. Dos hombres en pocos minutos. Había dado con algo interesante.

Con los ojos escrutó las fachadas de las tiendas, piedra por piedra. No había ni una sola brecha en la línea, ni una fisura estrecha por la cual un hombre pudiera haber desaparecido.

Cuando surgió el tercer hombre, Petr no quitó los ojos de la oscura figura recortada a golpes de lápiz de amarillenta luz. Le vio todo el camino, y advirtió el lugar exacto por el que desaparecía la figura. La puerta de la tienda oscurecida de enfrente de él no se había abierto. La figura se había salido rápidamente de la acera metiéndose en la sombra de la entrada. Dio un paso… y se desvaneció.

Se le ocurrió a Petr que los tres hombres habían entrado en similares períodos de tiempo. A pocos minutos de distancia uno de otro. Comprobó la hora. Al cabo de otros cuatro minutos otro hombre salió de la izquierda. Los siguientes dos llegaron en intervalos de otros cuatro minutos desde la derecha.

Petr esperaba. Pasaron cinco minutos y ninguna otra sombra avanzó por la calle. Petr caminó directamente cruzando el arroyo a la entrada de la tienda. Disminuyó el paso cuando llegó hasta allí. Hizo exactamente lo que los demás habían hecho… avanzó abiertamente entrando por el portal lateral. Desde allí el pavimento sólido bajo él cedió y se precipitó en la oscuridad.

El choque de sorpresa no le dejó tiempo para pensar. Cayó en caída angular y se detuvo bruscamente, oscilando. Unas manos enormes le cogieron y comenzaron a ponerle en pie. Estaba demasiado turbado para resistirse.

—¿Eres el último? —preguntó una voz—. Iba a cerrar con llave la trampilla. Creí que todos estarían aquí.

—Soy el último —dijo Petr con rapidez—. Llegué tarde.

—Llegar tarde no es buena idea.

—No —respondió Petr.

Oyó el sonido de una barra que era colocada en su lugar por encima de su cabeza. Otro hombre se movía con eficiencia, como si

hubiera tenido luz. Su ruda mano cayó sobre el hombro de Petr.

—Vamos —murmuró la voz—. Ya me has. hecho perder el principio de la función.

Los ojos de Petr eran ya capaces de siluetar el bulto oscuro del hombre mientras caminaba delante de él. Siguió con cuidado, pero cuando el individuo se detuvo de repente Petr tropezó con él.

—Tómalo con calma —dijo la voz. Para sorpresa de Petr .el hombre bromeaba—. No tengas tantas ansias. El espectáculo principal todavía no ha empezado.

—Ya sabes lo que pasa —se excusó Petr.

Oyó como el hombre manejaba otro cerrojo. Lo descorrió y una puerta pesada se abrió lentamente. La luz atravesó el umbral del pasaje más allá, revelando claramente los rasgos del hombretón que le sirvió de guía y cuya clara señal de impresionó. Los penosos ojos se volvieron hacia el rostro de Petr. Los labios gordezuelos se curvaron.

—Eres nuevo —dijo el hombre lentamente.

—Es la segunda vez que vengo.

El otro levantó los párpados.

—¿Viniste por aquí la última vez?

—No. —contestó Petr.

—Por la parte trasera.

—Eso mismo —la mente de Petr catalogó el hecho. Había otra salida. El pesado rostro se relajó, expandiéndose en amplia sonrisa.

—Sí esta es sólo tu segunda vez, mejor es no perderte nada.

Petr entró delante del hombretón por el pasaje. Esperó mientras la puerta se cerraba y corrían el cerrojo. Oía voces ahora. Un murmullo creciente de sonidos... y detrás de aquel murmullo un batir de unos tambores.

Una primera duda se apoderó de Petr mientras seguía al hombre corpulento a lo largo del pasillo hasta la otra puerta del extremo. Cuando se abrió una masa confusa de sonidos salieron por ella. Más allá había una gran estancia repleta de hombres, muchos de ellos en mangas de camisa, y sudando. El guía de Petr se introdujo por entre la multitud y Petr se deslizó en el primer espacio abierto que encontró. Se movió a lo largo de la pared alejándose de la puerta. En un momento se sintió completamente escondido, perdido en el

caos confuso de carne sudorosa, como si se hubiesen enterrado bajo tierra.

¡Movimiento Clandestino! Se rió par sí con amargura, ya había comenzado a sospechar donde le había llevado Joe Hurley, cuando vio el pequeño escenario se quedó convencido. Et ritmo monótono que había oído era en realidad un tambor. Las vibraciones seguían un compás especial. Las cabezas se volvían hacia el escenario. Al cabo de un momento, el espectáculo se reanudaría con las atracciones de una fiesta privada.

Petr se quedó sorprendido por la tranquilidad con que había logrado entrar. Los Clubs de fiestas escénicas particulares eran casi tan peligrosos como meterse sin invitación en una reunión del movimiento Clandestino.

Encuadrado entre los hombres que estaban apilados contra la pared, Petr, se sintió seguro por el momento y ponderó si podía o no deslizarse sano y salvo saliendo del local una vez comenzaba la representación, ahora atraería la atención, pero cuando todos estuviesen fijos en el escenario…

Apretó los labios enojado consigo mismo. Había cometido un estúpido error. Debió haberse imaginado que muchos hombres quedaban fichados por haber asistido a algún espectáculo teatral privado. Debería haber sabido que era eso la única clase de reunión a la que asistiría Joe Hurley.

La rutina subrepticia de entrar era corriente, su secreto era necesario porque había una prohibición gubernamental contra los clubs escénicos particulares. El Gobierno del Jefe no objetaba nada sobre las orgías sexuales, es más las fomentaba. Permitirlas era una forma prudente de gobernar. Lo que a nuestro Jefe no le gustaba era una reunión numerosa de un club particular, fuera para lo que fuese. Aquella gente podía fácilmente ser un tapujo para una oposición organizada.

El cumplimiento del edicto de los clubs particulares no era muy riguroso, se consideraba suficiente irrumpir en los locales periódicamente, con multas rígidas y castigos suficientes para desanimar a los miembros e impedirles reorganizar el mismo club. Si algunos olvidaran las penalidades y castigos eventualmente y se reunían en otro club, bueno, peor para ellos, y el castigo sería

mucho mayor en el segundo delito. Y si muchos de la misma gente permanecían juntos yendo de un club a otro club, eran vigilados y los avisaban.

Petr no tenía ninguna duda de que el CCP conocía aquella fiesta secreta. Quizás algún agente del C.C.P. podía estar incluso en la habitación. La función de la secreta entrada era menos para engañar al Cuerpo que para evitar el intrusismo. Intrusos como él mismo.

Los tambores siguieron batiendo dentro de la conciencia de Petr. Se sobreponían a toda conversación dentro de la estancia. Cada rostro se volvió hacia el escenario. Con un estallido final de címbalos la cortina o telón a la izquierda del escenario se abrió. Una mujer se adelantó.

Una bocanada de aire humoso trajo un súbito regusto de viento. La belleza estatuaría, más alta que la mayoría de los hombres de la habitación, sonrió gentilmente como si estuviese complacida con el efecto de su aparición. Avanzó con lentitud hasta el centro de la escena.

Los tambores batían en un ritmo bajo e insistente. Petr los sintió repercutir en su sangre. Su pulso corrió de acuerdo con la estridencia del batir mientras la alta figura de la escena comenzó a inclinarse y a oscilar al compás del ritmo. Petr sacudió la cabeza, despejándose psíquicamente del efecto hipnótico producido por los sensuales movimientos de la mujer. Ahora era su oportunidad de marcharse.

Se abrió paso hacia la puerta por la que había entrado. La extasiada multitud se apartó como se aparta el grano cuando se meten las manos en el seco lleno de trigo. Tras él un hombre juró. Fue el único sonido que turbó el batir de los tambores, el suave pisar de los pies desnudos de la mujer sobre el escenario.

Petr se deslizó delante de la puerta. Su mano palpó hacia atrás en busca del pomo. Lo encontró y se quedó rígido cuando vio que no cedía a la presión de sus dedos.

Se volvió a un lado. Después de un momento de espera miró hacia abajo. El pestillo tenía que ser levantado por una llave. No podía salir. Ahora el martilleo de su corazón conjuntaba con el rápido batir de los tambores a la otra parte de la estancia, pero con un sentido diferente, de frustración.

Los címbalos sonaron de nuevo, Petr miró automáticamente hacia ellos. La alta y esbelta bailarina permanecía en una posición inmóvil, absolutamente quieta, los brazos completamente extendidos y con toda su silueta inclinándose en una perfecta pantomima de deseo hacia el lado opuesto del escenario. Los tambores estaban silenciosos y el momento de quietud era más dramático que el sonido y pasión anteriores. Por último el telón se apartó al lado derecho del escenario. Un hombre bronceado salió, un hombre tan impresionante en su fuerza muscular como la mujer lo era en su belleza. Las dos figuras se miraron, lentamente los brazos de la mujer se tendían hacia él. Un estremecimiento bajo, lleno de murmullos recorrió a la masa de espectadores. Creció hasta convertirse en un gruñido. En un movimiento involuntario, la masa se adelantó. Aquel movimiento sirvió para sacarle del trance a Petr. Había otra salida. Y Petr sabía que no era a lo largo de la pared. No había obertura a la izquierda en donde la multitud era más espesa. La otra salida tenía que estar en la parte de atrás de la habitación, detrás del escenario, en el rincón opuesto al que se hallaba él. Había cortinas tapando la pared de aquel rincón cerca de la escena. Se apartó de la puerta angulando hacia su izquierda. Iría tras la multitud hasta la pared opuesta, y luego se movería hasta el oculto rincón de detrás del escenario.

—Estoy contigo, hermano —estalló una voz en su oído. Una mano huesuda se cerró en su brazo. Asombrado Petr se detuvo bruscamente. Un viejo le miró sonriente.

—Yo quiero acercarme más también —dijo el anciano—. No puedo abrirme paso solo, pero puedo seguirte. Vamos adelante. Yo iré detrás de ti.

Petr expelió el aliento contenido y asintió.

—Seguro —contestó.

Se volvió a mover a través de la masa agitada de hombres distraídos con la representación. Algunos de los cuales se ponían de puntillas para poder ver por encima de las cabezas de los de delante. La figura curvada y crispada del viejo se apretó contra él. Cuando llegó a la pared opuesta, Petr tuvo que pelear contra el apretado muro de carne. Se acercaba al escenario ahora en donde las figuras parda y blanca del hombre y la mujer estaban apretadas

juntas en su estudiada pantomima de pasión. La multitud se estaba haciendo más ruidosa de nuevo. La excitación se transfería en agudos gritos de ardor, rápidas risitas, murmullos de sonido sin significado alguno. El estímulo de los tambores ya no era necesario.

—¿Qué están haciendo ahora? —preguntó el anciano muy cerca del oído de Petr—, no puedo ver nada.

—Se están besando —contestó Petr.

—¿Besándose? —una risa cascada y seca sacudió la diminuta garganta del anciano—. Apuesto a que podría enseñar a ese individuo un par de cositas en el besar. No he vivido doscientos años para nada.

¡Doscientos años! Petr avanzó medio metro más a lo largo de la pared. Siempre se sorprendía cuando encontraba una venerable colección de años.

—¿Ya tiene usted doscientos? —dijo, pero al momento se detuvo ante una masa apretada de figuras que se esforzaban para adquirir una mejor visión del escenario.

—Más viejo —dijo el anciano—. No lo sé seguro, pero tengo pruebas de que paso de doscientos. Perdí mi certificado original de nacimiento —añadió—. La boca casi sin labios se apretó sombría—. Por eso es por lo que nunca he recibido la recompensa de oro de nuestro Jefe. Hay muchos que consiguen el premio más jóvenes que yo, bastante más jóvenes de lo que soy yo. Pero yo no tengo pruebas legales de las que se requieren. Sin embargo, tengo recortes de periódico que pueden servir particularmente.

Desde el escenario se percibía un sonido bajo. La mujer se doblaba graciosamente sobre el suelo. El hombre permanecía encima de ella mirándola. Un susurro acalló la estancia y silenciosamente como una onda vista en una pantalla silenciosa, la multitud se adelantó apretándose al pie del escenario.

—¡Mis estrellas! Tengo que ver eso —exclamó el anciano en un tono de angustia y frustración.

Petr se aprovechó del movimiento de la masa para encontrar la salida. Se deslizó por ella y continuó abriéndose paso. Por último sin aliento se halló a la izquierda del escenario, en el mismo borde de la masa de espectadores. Su visión de la representación cerca ya de su momento más agudo, quedó interrumpida. Delante de él sólo

unos cuantos se acercaban por ver lo que pasaba en el escenario después de que la multitud les hubiera despachado demasiado lejos. Tras aquellos rostros airados y desencantados estaba el panel de pesadas cortinas que había llamado la atención de Petr.

—¡Eh, has ido demasiado lejos! —la voz larga del anciano hirió una vez más el oído de Petr.

—Lo siento —contestó Petr—. Limítate a tratar de meterte desde aquí.

—Yo solo no puedo —dijo plañidero el anciano. Para asombro de Petr las lágrimas manaban de sus brillantes ojillos cayendo por los costurones de su apergaminado rostro—. Ahora me perderé todo el espectáculo.

Aquello despertó la compasión de Petr. Vivir más de dos siglos era algo asombroso, pero tener todos aquellos años reunidos en la aspiración simbolizada por un infantil deseo de espectáculos sexuales hacía que toda aquella vida pareciese una burla de la propia existencia.

—Te ayudaré —dijo Petr.

Cogió al anciano por los hombros, le dio la vuelta y lo empujó contra la multitud. La contraída figura del anciano chocó contra dos hombres sorprendidos y quedó tragada en el mar de sudorosos cuerpos. Los quejidos fueron apagados por el creciente clamor. Petr apartó las cortinas delante de él. A su espalda el pesado paño tomó a su posición normal. Permaneció ahora en un pasillo vacío. A su derecha había una puerta que conducía a la parte de atrás del escenario. Delante había un pequeño tramo de escalones y al fin de ellos una puerta cerrada.

Avanzó hacia ella. Detrás de las cortinas la voz única de la multitud se hizo más segura, pero por debajo de su histeria había un nuevo sonido, los tambores volvían a sonar. Petr llegó a los escalones y comenzó a subirlos. Había algo ominosamente raro en aquel apresurado batir de los tambores. Algo equívoco. Cuando se acercó al último escalón oyó como los címbalos estallaban tres veces. Miró al descansillo y la puerta se abrió delante de él. Un hombre permaneció enmarcado al contraluz en el mismo umbral. Petr pudo divisar que en la estancia había varias personas. El hombre se adelantó hacía él.

Un corto silencio había seguido al sonar de címbalos, ahora la voz de la masa reaccionó con una nueva nota de cólera. Petr retrocedió un paso. Miró por encima de su hombro, seguidamente cuando las cortinas se separaban. El edificio se sacudió con un ruido atronador de pies, la multitud comenzó a verterse a través de las cortinas derribando la gruesa tela. Todo el mundo parecía mirarle. De repente, el viejo apareció delante de la masa.

—¡Ahí está! ¡Ese es! ¡Ese es!

Petr vio al hombre que comenzaba a bajar los escalones hacia él, vio tres figuras agruparse en el umbral. Saltó la barandilla y corrió hacia la puerta trasera del escenario. La multitud avanzó en su persecución. Una mano le cogió una pierna. Otra le asió el brazo. Un torbellino de palabras salió de la confusión.

—Intruso. No es uno de los nuestros, ¡Matadle!

Petr pudo divisar el rostro del viejo, vivo por la excitación. Un puño estalló en su boca, las manos le arrastraron hacia abajo. Una terrible presión le estampó contra la pared. Hubo dedos que buscaron sus ojos, y otro puño chocó contra su rostro. Se derrumbó.

Con gusto de sangre en la boca. Una confusión gris hizo más oscuro en su cerebro. Su última imagen consciente fue la formada por cuatro rostros de los hombres de la habitación superior… cuatro rostros grabados en el metal blando de su memoria. Una de las imágenes destacaba delante de las demás. Era familiar, conocida, era el rostro de Joe Hurley.

Una neblina total borró aquella cara y se lo tragó a él mismo.

CAPÍTULO 5

1

Petr no pudo controlar el retorcimiento espasmódico de su cuerpo. Un músculo bailó en su mejilla, sus pies golpearon la dura tabla de la mesa. Un terrible dolor perforó sus sienes hasta que su dolor hizo que sus pensamientos se convirtieron en algo informe.

El batir. Eso era. Pronto dejaría. Le tenían arrinconado contra la pared, pero había sobrevivido. El dolor moriría pronto. No podía durar siempre de aquel modo.

Pero él se encontraba sobre la mesa de su celda. La voz de Hartog sonaba cerca. Eso no podía ser. El batir había ocupado su sitio hacía largo tiempo. ¿Por qué le dolía tanto su cuerpo ahora? Si sólo le doliese la cabeza...

—¿Qué le ocurre a él? —sonó la voz de Hartog.

—Le advertí, capitán, que pasaría esto —eran unos tonos rígidos del doctor Porter—. Muchos tratamientos demasiado cerca unos de otros.

Entonces no hubo el batir que había ocurrido tiempo ha, ni Hartog golpeando sobre la cabeza con sus puños como mazas. Las sacudidas. No podía soportar otra. Esto era el fin y jamás conocería a su hijo jamás sabría de Alda.

Pero ella le había traicionado, les había traicionado a todos. ¿Iba a tener realmente un hijo... o había hecho aquel gran sacrificio por bien de nuestro Jefe, concibiendo un niño prohibido para hacer más convincente y abrumador el engaño? Los detalles habían sido planeados muy bien. Todo el rato había representado un papel para el doctor Masón, y el doctor había estado jugando un papel para él. Sí, era Alda quien había encontrado al doctor. Y el fin de toda aquella farsa era conducirle a Hartog y al C.C.P. directamente, es decir conducir a Hartog y al C.C.P. directamente al final al refugio del Movimiento Clandestino, a la gruta en donde la nave esperaba.

Pero Alda estaba muerta. Nunca volvería a traicionar. Un pensamiento salvaje azotó el cerebro de Petr. ¡El niño! ¿Si Alda

había muerto, si él la había matado, qué había sido del niño?

—¡Mi hijo! —gritó en un sollozo.

—¿Qué es eso? —la voz de Hartog sonó áspera en su oído—. ¿Qué dice?

—Habla de su hijo —dijo el comandante—. Debemos darle un sedante, capitán. Está semi-inconsciente.

—Tiene que decimos más —contestó Hartog—. Estamos muy cerca de lo que queremos saber, pero pasan de las tres en punto. No nos queda mucho tiempo.

—No olvido su autoridad, oficial del C.C.P. —apuntó el doctor —, la importancia de conseguir la información que ustedes quieren. Pero debo insistir, capitán, que más tratamientos deben ser aplazados en este caso.

—No hay tiempo para retrasos —exclamó Hartog ásperamente —. Dele ese sedativo si cree que le calmará un poco… luego proseguiremos.

—Capitán Hartog, yo…

—¡Es una orden, Porter!

Hubo una pausa Luego se oyó la voz del doctor, débil y distante.

—Muy bien.

Petr no abrió los ojos. Sabía que no podría soportar la luz. No con aquellos ojos agujereados por el dolor que le penetraba profundamente en su cerebro. Su cuerpo continuó dominado por convulsiones espasmódicas, como si ya no le perteneciese a él, desafiando las órdenes de su mente.

El recuerdo de Alda siguió volviendo, sus ojos grises turbados por el amor y el tormento emocional de Petr no fue menos intenso que cualquier dolor que los nervios de su cuerpo pudieran transportarle a su cerebro.

Sus manos abrigaban las suyas todavía y entonces cosa ilógica, sintió una aguja introduciéndose en la carne de su brazo. Les transferían por una inyección algún fluido. Petr se sintió histérico, con ganas de reír, pero no emitió ningún sonido.

El líquido mezclado con su sangre se abría paso por las venas de su cuerpo… no lo quería… no quería que terminara el dolor físico que sufría, porque entonces el dolor del recuerdo sería mucho más insoportable. Más dolor físico era una bendición.

Gradualmente las convulsiones de su cuerpo cesaron, hasta que hubo sólo algún espasmo muscular ocasional. Incluso el nervio de su mejilla finalizó su danza. El fiero dolor de sus sienes se ensombreció.

Entonces se sintió exhausto y un intenso deseo de que llegase el fin le sobrecogió pronto.

La voz de Hartog era más clara.

—Parece haberlo calmado.

—Sí —dijo el comandante Porter—. Pero otros tratamientos pueden ser fatales.

—No me importa nada su salud —estalló Hartog—. ¿Vivirá lo bastante para hablar un poco más?

—No me es posible decirlo —contestó el doctor.

—Nos arriesgaremos —dijo Hartog—, prepare el instrumental.

Petr se preguntó si podría abrir sus ojos ahora. Lo intentó. Primero una rendija, luego volvió a cerrarlos. Después otra rendija más grande y por último los ojos abiertos por completo. No podía enfocar nada con claridad. Hartog era un manchón por encima de él. Otro manchón se movía… el comandante Porter ajustando los mandos del aparato para otro tratamiento a, base de sacudidas eléctricas.

—Ha abierto los ojos —dijo Hartog—. No está tan mal.

Porter no contestó. Petr captó el manchón de sus brazos moviéndose mientras ajustaba mandos en el aparato.

—Listo ahora —dijo el mayor con brevedad—. Pero me temo que tendrá usted que darle en persona el actual tratamiento, capitán. No puedo asumir la responsabilidad.

Hartog dio un paso hacia adelante con viveza.

—¡Estúpido, idiota! —masculló. Las palabras sonaron como un pie aplastando la grava—. Me cuidaré de usted después. Ahora salga.

—¿Qué pretende…?

—¡Le he dicho que salga! Me ocuparé de Clayborne yo mismo. Puesto que no necesito a usted para este tratamiento, Porter. puede esperar fuera.

—Es oficialmente mi paciente. No puedo permitir…

—¡Usted no puede permitir! —rezongó Hartog ¿Quiere usted

salir de esta celda o haré que lo saquen a la fuerza?

Petr deseó que su visión pudiese ser clara para percibir el rostro del doctor. Su mente se estaba aclarando, pero las figuras seguían aún fuera de foco. ¿Acaso no era posible de algún modo usar el antagonismo entre Hartog y el comandante? Trató de pensar un medio, pero su mente se negaba a trabajar.

Vio cómo se cerraba la puerta de la celda. Estaba solo con Hartog y sintió el cálido aliento del capitán del CCP sobre su rostro, vio la cara cuadrada como un largo borrón delante de sus ojos.

—¿Estás resistiendo, verdad Petr? —dijo Hartog lentamente—. Pasan de las tres y crees que te será posible seguir conteniéndote. Continuo intentándolo, Petr, no me importa. Me divierte. Tenemos tiempo en abundancia. El punto 2 no está muy lejos, ¿verdad. Petr?

Petr permaneció quieto y silencioso. Los blancos dientes de Hartog relucieron en el manchón turbio de su rostro.

—Tanto más dure, más me gustará, Petr —dijo Hartog, con el placer desbordando su voz—. Puedo ver lo que te ocurre. He visto a otros tratamientos prolongados. ¿Tendremos que intentar otro ahora?

Petr vio la mano de Hartog tenderse por encima de su cabeza. Cayó hacia abajo y el corazón de Petr saltó con anticipación de la impresión que iba a recibir. Le recorrió todo el cuerpo y se estremeció. Esperó, asombrado. En lugar de la deprimente violencia de los choques anteriores, sintió sólo una leve sensación y esperó. No ocurrió nada.

Una escena relampagueó a través de su mente. Volvía a recordar, pero no había hablado. Era capaz de controlar su lengua, su mente necesitaba el más ligero estímulo para abrir el cofre de sus recuerdos. Lo que pareció un largo momento, permaneció allí tratando de comprender. ¿Se había acostumbrado a los tratamientos? ¡No!, imposible. Recordó cómo el comandante Porter manejaba los controles… y comprendió.

El doctor había bajado los mandos. La suavidad en la conmoción era deliberada.

Oyó a Hartog maldecir y vio el grueso brazo moverse de nuevo. Otra honda de conmoción hizo que su cuerpo temblara… un poco más fuerte esta vez, pero aun dejándole el control de sus sentidos.

No podía dejar que Hartog supiese lo que el comandante había hecho. Tenía que hablar y rápidamente. Recordaba un absurdo montaje de rostros, y luego, gradualmente, ordenó cierta progresión en las viñetas, como una tele-película a cámara lenta, tenía que comenzar a hablar. ¿Dónde se había quedado antes? Cuando habían entrado tambaleándose en el Movimiento Clandestino.

¡Eso era! Pero con cuidado, vigilando lo que se decía.

2

La luz le sacó de la oscuridad de la nada; la luz se penetraba por debajo de sus párpados y se posaba tras sus ojos. No quería luz... quería sólo rendirse a la oscuridad. Pero la luz no descansaba. Despertó en él el dolor.

Permaneció allí durante largo rato. La luz se vertía sobre sus pupilas. Su pecho era un tambor en donde su corazón martilleaba. Cada golpe resurgía una punzada de dolor entre sus costillas. Pero el dolor estaba por todas partes. Un torpe sufrir en su nariz, unas puñaladas agudas en su cabeza, el pinchazo de una lanza en sus piernas, una presión constante en su pecho.

Trató de moverse. La primera suspensión de su cuerpo aumentó la presión de su pecho y cayó hacia atrás carraspeando. Sus párpados se agitaron al cabo de un instante. Los cerró de inmediato para defenderse de la luz, pero tuvo el vistazo asombroso de un gran vendaje que hacía a su nariz tan grande como el puño de un hombre.

Se acordó lentamente de la intrusión en el espectáculo particular del intento de escapar, de la malhadada pérdida del tramo de escalones, de la colérica multitud saliendo de las cortinas, aplastándole contra la pared.

Oyó un susurro de movimiento. Abrió los ojos... y se esforzó a sí mismo para mantenerlos abiertos, mientras la terrible luz le deslumbraba desde una mesa, sólo a pocos metros de distancia. Mediante dirigir la vista a su izquierda evitó algo del desnudo resplandor y vio las piernas de un hombre. Una de ellas se movió hacia él. Un dedo apuntó a su pecho produciéndole nuevos espasmos de dolor.

—Finalmente vuelves en ti, ¿eh, muchacho?

La voz era familiar. Petr se sintió turbado, hasta recordó quién le había conducido a aquella reunión del Movimiento Clandestino.

—Vamos, Petr. Creo que eres capaz de hablar ahora. Tienes que responder a unas cuantas preguntas.

—Joe —dijo con aspereza Petr..

Joe Hurley se echó a reír.

—El mismo.

—¿Cómo…? —los labios de Petr parecían gruesas masas de carne y las palabras no eran claras—. ¿Qué ha ocurrido?

—Comenzamos otra vez el espectáculo y te mantuvimos a ti aparte.

—Creí que me matarían.

—Estaban enfadados por la interrupción en la escena. Te rechazaron a ti. Pero cuando empezó de nuevo la representación, incluso el placer de pegarte pasó a segundo lugar. Debo confesar que lamento haberme perdido la sección de la mujer.

Petr le creyó. Era mucho más fácil aceptar aquello que el papel presente de Joe.

—Tú sabías que yo estaba en la escalera —dijo Petr.

—Claro. No somos descuidados por completo. Este juego sale grande, Petr, muchacho. No corremos más riesgos que los necesarios.

Petr recordó cómo los tambores habían vuelto a sonar.

—Tambores.

—Eso es pensar bien, Petr —dijo Joe Hurley—. Has pensado mucho últimamente, ¿verdad?

Petr cerró los ojos, la inquieta luz seguía enviando puñaladas de dolor más allá de sus ojos. Más adentro de sus ojos. La luz era deliberada, pensó. Le mantenía semicerrados de modo que no podía ver el rostro de Joe.

—¿Cuánto daño me han hecho? —preguntó Petr.

Miró de nuevo. El rostro de Joe se inclinó acercándose delante de la luz. Le pareció más grande que el tamaño natural. Los labios delgados se apartaron con una sonrisa.

—Tienes suerte, Petr, amigo mío. Suerte de estar vivo. Unas cuantas fracturas y heridas, eso es todo. No pareces muy agradecido, muchacho. Deberías estarlo. Te hemos curado y dentro de pocos días estarás tan bien como si fueras nuevo.

—Te estaría más agradecido si apartases esa luz —dijo Petr—. Y me ayudaras a sentarme.

—No hay ningún motivo por el que no puedas sentarte, muchacho.

Fue y se colocó detrás de Petr y deslizó sus brazos por debajo de los sobacos de él. Al sentirse levantado, Petr tuvo que morderse los labios para evitar gemir. Corrientes profundas de dolor le inundaron la cabeza y la cinta del vendaje le servía de armadura en contra de las puñaladas que sentía en el pecho. Joe le levantó hasta una silla delante de la mesa y hacia la luz brillaba implacable. Petr se sentó completamente rígido. Esperando que sus nervios se aquietaran.

—Siento lo de la luz, Petr —dijo Hurley—. Me temo que no podemos apagarla todavía.

—Así me ven mejor, supongo —contestó Petr.

Tenemos que descubrir qué es lo que haces aquí, muchacho y por qué te metiste en un espectáculo muy estimulante.

—Estaba preocupado —dijo Petr. Se preguntó brevemente, mientras trataba de sonreír, la grotesca que sería su expresión con los labios hinchados y la gruesa capa de vendaje sobre la nariz.

—Me dejas desencantado, muchacho —dijo Joe—. Mis colegas y yo tratamos de hacer las cosas a lo grande.

Joe caminó alrededor de la mesa y permaneció de pie detrás de la luz con su rostro oscurecido en las sombras.

—Mi mente está abierta, Petr. Estoy dispuesto a oír tu historia. Porque te conozco bien, mis colegas aceptaron que hablase en primer lugar, antes de emprender cualquier acción —se inclinó hacia delante hasta que su nariz alcanzó el borde de la luz—. Tú y yo queremos ser honrados mutuamente, ¿no es verdad, Petr?

—Como dos buenos propagandistas —dijo Petr.

Joe se echó a reír.

—Admitiré que nos has sorprendido con toda franqueza. Pero en eso no hay vuelta de hoja, Petr, muchacho. No nos importa dejar entrar a alguien en la diversión, mientras la voz no corra y vaya demasiado lejos, pero como tú sabes, si el CCP se entera de nuestros pequeños entretenimientos, sería peligroso para nosotros.

—Es sólo una fiesta escénica particular, ¿ver. dad? —preguntó Petr.

Joe plantó sus manos sucesivamente sobre la mesa.

—¡Oh, claro, muchacho! ¿Qué otra cosa te crees que podría ser?

—Tú dijiste que era un gran juego, Joe, creo que lo es en realidad. Mucho más grande que cobrar una cantidad extra de

cupones por permitir presenciar un entretenimiento.

En el fugaz instante antes de que Joe Hurley se retirase del círculo de luz su rostro pareció particularmente más agudo que lo normal, la nariz más prolongada, los ojos más brillantes. Petr siempre se había sentido impresionado al percibir el aspecto de los rasgos de Joe dominados por la larga nariz. En el horizonte en que comenzó a reaccionar, Joe, vio nuevos rasgos, oír una definición más clara que daba a aquel rostro la agudeza de un arma.

—Comprendo —dijo Joe en voz baja—. ¿Y qué es lo que te hace pensar así, Petr, muchacho?

—Bastantes cosas, Joe. Una por ejemplo, ese aviso dado como el batir de los tambores. No está pensado para hacerte saber que el CCP irrumpe en una fiesta escénica. Tú sabes que ningún aviso valdría para nada. Pero estaba realmente preocupado al ver que la pequeña reunión en que participabas en la parte trasera de la habitación se vería interrumpida.

—Eso es pensar, Petr —exclamó Joe—, pero tu pensamiento tiene que dirigirse en rutas constructivas si quieres que resuelva tus problemas. Mi modo de pensar ahora es algo… destructivo.

—Pienso que el entrenamiento es una tapadera —dijo Petr—. Que dice que el mejor lugar para esconder un granito de arena es en la playa. Bueno, el mejor lugar para ocultar cualquier reunión pequeña privada, es en el centro de otra reunión privada mucho mayor.

El zumbar de su cabeza había cesado. Era evidente que el surtido de dolores de su cuerpo se había entorpecido. Su mente volvía a ser clara de nuevo y se forzó por ver el rostro de Joe en la negrura de más allá de la luz.

—Supongo que tienes razón —dijo Joe—. ¿Pero, en dónde entramos nosotros?

—Un tonto ve el cuadro completo, Joe —contestó Petr, parodiando uno de los refranes salidos de Hurley en el despacho—. Creo que veo un poco, en realidad, apostaría mi vida a que sé lo que estaba tapando vuestra fiesta escénica.

Petr oyó el débil silbido de Joe al respirar.

—Estás poniendo tu vida en juego, Petr —dijo ¡Hurley. Su voz era dramática proviniendo de las sombras que oscurecían su rostro

y Petr de repente supo que a Joe Hurley le divertía aquel drama—. Tienes razón, muchacho, este es un gran juego. No hay lugar en él para apuestas pequeñas.

—No tienes nada que temer de mí —contestó Petr con tranquilidad. Escogió sus palabras con cuidado. Ahora había una oportunidad de que estuviera equivocado. El Movimiento Clandestino no era la única actividad fuera de la ley en la que Joe podía haberse envuelto—. Incluso, podemos tener el mismo objetivo. Tu reunión tenía el propósito que yo creo, podéis ayudarme.

—Sabes que me alegrará ayudarte, Petr, de cualquier modo —exclamó Joe. Su voz era ahora amable, invitando a las confidencias—. Yo no soy libre de hablar por mis colegas, pero puedes confiar en mí, muchacho. Hemos trabajado juntos durante largo tiempo. Hemos hecho juntos grandes cosas, y no hay motivo para que tú no puedas ser franco conmigo.

Petr dudaba. Era una trampa, pero no tenía elección. Joe y sus amigos no le iban a dejar marcharse vivo a menos que quedaran satisfechos por sus motivos... si es que le dejaban.

—Permíteme que vaya al grano, Joe —dijo finalmente—. Cuando vine hasta la parte de detrás del escenario, yo no tenía otro propósito que el deseo de escapar. Buscaba una salida.

—Sí tenías tantas ansias de salir, ¿por qué asististe a la fiesta? ¿Y cómo te enteraste de su existencia?

Petr dudaba.

—Te seguí a ti —dijo.

Hubo una pausa. Cuando Joe habló era blanda, pero por primera vez había algo mortal en ella.

—¿Y por qué, Petr?

—Tuve un presentimiento —le respondió Petr—. Me preguntaba por qué te quedabas a trabajar tan tarde y tuve un presentimiento. Últimamente he estado siguiendo todas las pistas afanadas—Petr aspiró profundamente—. Mi esposa y yo hemos quebrantado la ley, Joe. La ley primaria del Código. Sabíamos lo que estábamos haciendo y cuáles serían las consecuencias. Ahora necesitamos ayuda de... personas simpatizantes.

Joe estaba silencioso, pero Petr tenía la ideal elemental del

puntiagudo rostro y de la mente de su amigo estudiándole la confesión y tratando de comprenderla lentamente.

—¿Crees que mis colegas y yo podemos mostrar simpatías hacia vosotros?

—Apuesto a que sí —afirmó Petr con tranquilidad.

Joe giró rápidamente y Petr vio su sombra moverse hacia un extremo lejano de la estancia. Petr trató de levantarse. Su infructuoso movimiento le produjo una puñalada de dolor en el pecho. Se derrumbó en la silla.

Se abrió una puerta y Hurley quedó enmarcado en ella. Petr no pudo ver nada tras él.

—Presentaré tu historia a mis colegas, Petr —dijo Joe—. No me toca a mí mismo decir si estás diciendo la verdad. Si alguno de los otros duda de ti…

—Entonces perderé mi puesto —prosiguió Petr anticipándose a las palabras del otro. Se sintió cansado sin esperanzas. Era una reacción causada por sus esfuerzos.

—Has sobrevivido a una buena paliza muchacho —dijo Joe Hurley. Se detuvo—. Pero no puedes ser afortunado siempre, ¿verdad?

Cerró la puerta. Petr oyó el sonido de la llave. Petr se durmió. No sabía cuánto tiempo había estado dormitando. La habitación sin ventanas estaba divorciada del tiempo. Después de que Joe Hurley se fue, Petr logró sombrear el resplandor luminoso. Permaneció sentado en la dura silla, meditando el absurdo de que Hurley fuese miembro del Movimiento Clandestino.

No pedía explicarse aquello. Era verdad, naturalmente, que no todo los miembros del Movimiento Clandestino hablaran por motivos altruistas. Muchos podían ser descontentos, gentes cuya frustración en la Sociedad del Jefe les conducían a reunirse a cualquier oposición organizada. Joe podía ser uno de esos. Petr siempre le había juzgado como un hombre decente, frustrado. Podía ver cómo la clave de Joe y su despecho hacia la Sociedad del Jefe le habían dirigido hasta la posición primitiva. Quizá Joe había encontrado la fuerza que le había sido negada en la sociedad legal.

Pero Joe Hurley no era la clase de hombre que Petr elegiría como benefactor, incluso menos aún a quien confiaba felizmente su

vida.

El hecho que había encontrado el Movimiento Clandestino, por último no produjo a Petr alegría, espíritu de combate, para luchar contra el dolor y la fatiga de su cuerpo. Se apoyó contra la mesa. Fuera o no su historia creía lo más importante parecía ser descansar… descanso y paz.

Un sonido que no pudo localizar le despertó. Se sintió entumecido y con dolor en todo su cuerpo. Había dormido sentado en la silla y ahora extendió las piernas, una por una. El tobillo izquierdo le tenía muy hinchado. Movió los dedos. El tobillo le dolía, pero los dedos operaban. Con los dedos de la mano recorrió la informe superficie de su nariz. Se preguntó si el hueso roto atraería mucho su apariencia. Quizá fuese eso útil a un fugitivo.

El ruido del cerrojo atrajo su atención hacia la puerta. Joe Hurley entró primero, seguido por una procesión silenciosa de otros tres hombres, que con Petr habían estado juntos en la pequeña habitación detrás del escenario. Los cuatro se alinearon alrededor de la mesa. Había otras tres sillas y el cuarto hombre, un tipo delgado y moreno, se apoyó aburrido contra la pared.

—Saludo —exclamó Petr.

Joe Hurley frunció el ceño.

—Este es un asunto serio, Petr. No tenemos tiempo para dedicarlo al humor.

—Pues con seriedad —empezó Petr—, ¿pueden decirme qué día es hoy?

—Miércoles por la noche —dijo la figura de la izquierda de Joe. Tenía el rostro cuadrado con una mandíbula pronunciada. La solidez de sus rasgos encajaba con la mata espesa de cabello rizoso, áspero tacto y muy negro. Su voz era sorda pero agradable—. Está usted aquí hace precisamente veinticuatro horas.

Veinticuatro horas. Alda estaría asustada.

—¿Dónde es aquí?

—No importa eso —interrumpió Hurley—. Sigamos con lo nuestro —habló con algo de su hábito agresivo propio de la oficina. Petr se preguntó quién debía ser el jefe del grupo—. ¿Quieres que comencemos el interrogatorio, Harry? —preguntó al hombre del rostro cuadrado.

Harry asintió, mirando a Petr.

—Seré conciso —dijo¿. ¿Trata usted de llegar al Movimiento Clandestino?

—Lo he estado intentando por todos los medios que conozco... y hasta haciendo deducciones.

—Pues ha deducido bien —dijo Harry—. No será preciso que le diga que no nos conformaría tenerlo a usted por invitado si no tuviéramos intención de soltarle. Siempre y cuando no haya ninguna duda en su persona —se detuvo. Trataba de parecer amenazador, pensó Petr. Y le gustó la sinceridad de aquel hombre —. Eso nos ofrece la pregunta principal. ¿Por qué quiere usted llegar hasta el Movimiento Clandestino?

—Ya se lo dije a Joe —contestó Petr.

—Repítalo para que lo oigamos los demás.

Petr describió su historia con brevedad. Cuando hubo acabado se produjo un breve silencio, luego el hombre de la derecha de Joe habló. Era un hombre mayor y las palabras salían lentamente de su boca.

—¿Sus motivos, entonces, son más personales que intelectuales?

Petr dudó.

—Yo no dije que fuesen sólo personales, pero hasta que el Gobierno no se metió con su vida personal, usted nunca desarrolló ninguna oposición, ¿verdad?

Eso era cierto. Petr sospecho que era inútil negarlo.

—Hasta que eso ocurrió —dijo—, la necesidad nunca fue capaz para obligarme a dar ese paso.

—Creo que usted debe comprender —dijo el anciano con sus modales educados—, que el Movimiento Clandestino existe no para beneficio del individuo, sino para el bien general.

—¿No influye eso el bien del individuo? —preguntó Petr.

—De manera secundaria —dijo el hombre llamado Harry—. La primera regla que debe seguir un miembro del Movimiento Clandestino: debe aceptar es que su bien personal, incluyendo su vida, queda subordinado al bien del Movimiento.

Petr frunció el ceño.

—Yo creo en nuestro Jefe —dijo con lentitud—, predica la misma doctrina acerca del deber de los ciudadanos.

—Vigila lo que dices, Petr, muchacho —intervino Joe Hurley con su rostro apuntando agresivo por encima de la mesa—. No te hace ningún bien hablar así.

—Pero necesitamos sus opiniones —dijo el anciano. Se examinó las manos… eran como su voz… suaves, sensitivas, perfectamente controladas—. Lo que dice es cierto por completo. Es el principio fundamental para cualquier ética social. Pero vemos que hay diferencias en nuestra aplicación de principios, sin embargo. Primero de todo, el ser miembro del Movimiento Clandestino es voluntario, por tanto, también lo es la aceptación de sus condiciones. No hay nada voluntario en la estructura presente del Gobierno del Jefe. Segundo, creemos que bajo nuestro Jefe el principio se aplica en beneficio de unos cuantos, no de la mayoría. Tercero, creemos que es injusto usar una red para utilizar otras muchas inválidas —miró a Petr, sonriendo débilmente—. No le puedo decir que las mismas palabras han sido usadas para defender el bien y justificar el mal.

Hurley se agitó impaciente en su silla.

—Eso no nos lleva a ninguna parte, Roed —dijo—. Lo que intentamos alcanzar son los hechos… Los hechos. ¡Tenemos que asegurarnos!

Roed sonrió gentilmente.

—Lo que el joven cree —exclamó—, es mucho más importante.

Petr estudió el estético rostro del anciano. Era lo que podría llamarse una cara aristocrática en los días anteriores al que el Partido del Jefe introdujo en la vida social un nuevo concepto de la aristocracia. Con sus ojos grandes, la nariz delgada, la boca senilmente curvada, era casi la antítesis completa de la fuerza rocosa del rostro de un típico Jefe.

—Si es la primera regla que hay que aceptar en el Movimiento Clandestino —dijo Petr—. ¿Cómo puede ser voluntario el ingresar?

—El ser miembro es cosa voluntaria —aclaró Roed—. Creer es voluntario. Y a menos que haya libre aceptación, no se puede pertenecer al dicho Movimiento.

—Sin embargo, yo no soy libre para dejar esta habitación.

El anciano suspiró.

—Usted vino a nosotros con entera libertad —dijo—. Pero tiene

razón, estamos comprometidos. Desgraciadamente, la libertad lleva consigo sus propias restricciones, nosotros, por ejemplo, no somos libres de divulgar el secreto de nuestro trabajo. Haciendo tal cosa sería sólo acabar con nosotros mismos, sino también herir seriamente el éxito por el movimiento local. Excedemos sería ampliar el círculo de otras personas expuestas a nuestro alrededor. Las agrupaciones deberían ser dispersadas y reagrupadas, proyectos importantes tendrían que abandonarse por completo y las oportunidades que se perdiesen por aquello pueden ser que nunca se llegarían a presentar —se detuvo—. Debo añadir, claro, que si usted nos satisface hasta convencemos de que no es un espía, que es en realidad quien pretende ser, entonces será libre de decidir si desea unirse a nosotros o no, pero sólo en el caso que nosotros decidamos que lo que usted ya sabe queda a salvo con su persona y su discreción. Hay muchos dados, debe comprender, en cada libertad.

—¿No habíamos quedado que todo esto tiene que ser explicado por nuestro joven amigo? —dijo el hombre delgado desde la otra parte de la estancia en donde permaneció apoyado contra la pared.

—¿Qué quieres decir, Birk?

El hombre moreno miró insolentemente a Petr. Tenía alzada permanentemente una ceja y un retorcimiento clave de su boca declaraba una risa sardónica.

—¿No es usted el hijo de John Clayborne?

—Sí —dijo Petr. El asunto era inevitable, pensó.

—Su instinto fue como una especie de Credo en el Movimiento Clandestino, seguramente usted está algo familiarizado con ellos, aunque sea vagamente.

—Nunca los he visto —respondió Petr—. No se pueden conseguir por regla general.

—¿Pero nunca se ha molestado en mirarlos… en buscarlos, o interesarse en el trabajo de su propio padre?

Los labios de Petr se apretaron.

—Cuando niño, mi asociación con mi padre no era muy agradable —respondió—. Traté de olvidarlo.

El hombre moreno se apartó perezosamente de la pared. Cruzó la estancia.

—Pero ahora usted ha cambiado de idea de repente, porque su esposa va a tener un hijo al que no tiene derecho.

—Cambié de opinión hasta cierto grado, antes —dijo Petr—. Por eso es por lo que va a nacer un hijo.

—¿Y qué es lo que se propone usted que hagamos? ¿Cuidar de su esposa y de su hijo, darle a usted seguridad a nuestro riesgo, alimentarles y vestirles, todo porque están ustedes enfadados con la ley?

Petr se levantó dificultosamente.

—¿Y por qué han llegado ustedes a ser miembros del Movimiento Clandestino? —dijo con llaneza—. ¿No será porque aman a los niños y a los ancianos?

El rostro moreno cambió, la sonrisa retorcida se amplió hasta adquirir una expresión de divertimiento verdadero.

—No se me está juzgando —apuntó burlón—. A usted sí. Tomaré su irritación como un modo de aceptar la verdad de mi afirmación. Tengo sólo otra pregunta que hacer. ¿Qué se propone usted a hacer en cambio, a toda esta jerarquía de nuestra parte?

Petr pasó la vista desde el rostro arrogante a los de los demás. Todos le contemplaban con cuidado… Harry con calma tranquila, Joe Hurley mudo, el aristocrático Roed con lo que parecía inocente curiosidad. Se dio cuenta que la pregunta era importante. También se dio cuenta con pesar, de que no lo había pensado antes. Estuvo tan absorto de ponerse en contacto con el personal del Movimiento Clandestino y pedir su ayuda que no tuvo tiempo ni ocasión en que meditar aquello.

—Aceptaré las obligaciones que lleva consigo el ser miembro del Movimiento Clandestino —dijo—. Y puedo hablar también en el nombre de mi esposa.

—¿incluyendo obediencia absoluta y sin preguntas? —preguntó Joe Hurley, asumiendo penosamente la dirección del interrogatorio de nuevo.

—¿Sin hacer preguntas? •—Petr dudaba. Era una pregunta que se había hecho a la obediencia a la ley lo que le condujo hasta allí, no estaba preparado para librarse de un yugo simplemente para unirse a otro, pero en aquellos momentos tenía que seguir adelante —. Sí, claro —contestó.

El hombre moreno llamado Dirk rió en alta voz.

—Está bien, Dirk —dijo Hurley con maneras autoritarias—. Es cuestión nuestra decidir si él piensa reconocer lo que dice. Tenemos que imaginamos el cuadro por completo.

Petr se volvió a sentar en la silla. Los otros le miraron en silencio. Finalmente Roed habló.

—No hay restricciones en la obediencia en el propósito en que se cree, señor Clayborne —afirmó—. La libertad es la facultad de hacer una lección, no licencia para continuar indeciso interminablemente. Hay lazos propios. Pero todo esto lo aprenderá usted. Por mí estoy satisfecho de que usted quiera —miró a Joe Hurley y a los otros—. Creo que estamos listos para la votación ahora.

—Esperaros un momento —exclamó Hurley apresuradamente—. No precipitemos las cosas. ¿Todo el mundo está seguro…?

—Ya he oído bastante —dijo Harry con aspereza.

—Y yo —asintió Dirk.

—Creo que esta es una decisión importante —insistió Joe incómodo—. Si cometiésemos un error…

—¿Por qué entonces no te abstienes de votar? —insinuó Dirk. Miró a Joe con la misma burlona sonrisa que había dirigido a Petr.

—Creo que sería lo mejor —contestó Joe—. Después de todo conozco a Petr. No puedo juzgar objetivamente como vosotros tres. No quiero ser responsable si… —miró a Petr con un chispazo de cólera. Como si Petr fuese el culpable de haberle colocado en aquella posición—… Si algo va mal.

—Tendremos alerta que te abstuviste de votar —dijo Dirk con sequedad—. Ahora procedamos a la votación.

—Creo que deberíamos explicar al señor Clayborne lo que lleva envuelta nuestra decisión y lo que seguirá a ella —dijo el anciano.

—Sí, sí, claro —exclamó Joe Hurley—. Tenemos que hacérselo comprender —se pasó la lengua por los labios nerviosamente mientras miró a Petr—. Ha de comprender que un voto favorable significa solamente que tu solicitud será pasada a una esfera más alta. De aquí serás llevado directamente a tu apartamento, en donde te quedarás hasta que establezcamos contacto contigo. Se te vigilará a cada instante. La decisión final acerca de ti y tu esposa será hecha

por superiores autoridades. Sólo decidimos si tienes méritos para dar ese paso. Si alguno votase contra ti, no podrías salir vivo de esta habitación.

Petr no dijo nada. Se sentía extrañamente decaído, como si todo aquello fuese un juego y él no fuese realmente el protagonista, sino un espectador. Aquellos cuatro hombres —no tres— tenían que decidir si él iba a vivir o moriría… y aquello parecía demasiado melodramático para ser real.

—Está bien, Harry —dijo Joe—. Creo que Larry Roed ha votado ya en favor de Petr. ¿Cuál es tu decisión?

Todos miraron a la desmadejada figura a la derecha de Joe.

—Correr el riesgo de confiar en ese hombre —dijo Harry.

—¿Dirk?

Los labios del hombre moreno se partieron en una sonrisa sardónica.

—No creo que constituya mucho peligro —dijo. Petr sintió una opresión en su pecho. Los ojos de Dirk le miraban burlones—. Pero me gustan los niños, y, presumidamente los ancianos, adelante con él. Podemos darle cuerda suficiente para que se ahorque.

Las manos de Petr temblaron de alivio.

3

Eligieron a Bill para que condujese a Petr a su apartamento y le vigilase durante el intervalo hasta la siguiente reunión. Petr se preguntó si la elección del hombre moreno era una idea deliberada, o si se trataba simplemente de algo prudente, designaba al único miembro sospechoso y receloso para la tarea de guiarle y de ayudarle. Además le siguió a cierta distancia, una vez Petr se acercó a su apartamiento. Cuando Petr se volvió a mirar a la entrada del edificio, Dirk no estaba a la vista.

La boca de Alda se abrió en un gruñido cuando lágrimas de ella, por sus ojos y las mejillas. Él le vio entrar por la puerta. Gustó la sal de las enorme vendaje de la nariz le impidió seguir besándola.

—¿Me has reconocido debajo de todo esto? —dijo Petr—•. ¿O sueles saludar siempre a los hombres que entran por esta puerta de ese modo?

Petr, ¿qué ha ocurrido? No sabía qué pensar.. Tenía miedo...

—Todo va bien. Todo va bien ahora.

Ella se colgó de su cuello. Petr se estremeció cuando los brazos de su esposa le produjeron dolor en el pecho. La muchacha sintió el espeso vendaje alrededor del cuerpo de su marido.

Se hizo atrás conmovida.

—Cariño, lo siento. No me di cuenta... —rozó el vendaje de su rostro con las yemas de sus dedos—. Tendrás que decirme la gravedad de tus heridas, para que sepa lo que hacer.

—Lo primero de todo es darme de comer —dijo Petr—. No he tomado nada desde hace veinticuatro horas. Creo que en el Movimiento Clandestino no tienen cupones alimenticios.

Ella le miró asombrada.

—¡Petr, lo has conseguido!

—Te contaré toda la historia... mientras como.

Ella sonrió por primera vez.

—Comerás en la cama —dijo.

De algún modo se las arregló para desnudarle, ponerlo en la cama, comenzar a guisar la comida e inspeccionar los vendajes con

la dura eficiencia de una enfermera diplomada. Hasta que no estuvo en la cama, con una bandeja de verduras, ella no se atrevió a hacerle preguntas. No le dijo nada acerca de sus propias preocupaciones, acerca del miedo y de la ansiedad que habían sombreado sus lindos ojos.

Petr la contó lo que había ocurrido, y su historia se convirtió en una broma, en un cuento de intriga que era divertido e improbable. Siguió obligándola a sonreír, pero los ojos de Alda permanecieron apenados. Ella leía entre palabras y comprendía lo que él se callaba. Cuando hubo terminado, Alda dijo con suavidad.

—Estoy orgullosa de ti, Petr.

Luego se puso firme y con cierto aire indiferente. Disipó todos sus intentos de colocarse al lado de su marido.

—Tienes que descansar —dijo—. Quizá no podamos salir mucho durante una temporada después de que marchemos de aquí.

Las protestas de Petr no fueron muy fuertes. El lecho estaba fresco y cómodo. Se acostó, cediendo la fatiga que le abrumaba. Apenas Alda había salido de la habitación cuando ya estaba dormido. En un sueño sin pesadillas, en un sueño denso por el agotamiento. Una voz, a medio levantarse, sintió las manos de ella manejando el vendaje de su nariz, la tarde del viernes llegó una nota y ella le despertó. La habían echado por debajo de la puerta. La nota era tersa: «Siga exactamente las instrucciones siguientes: Camine hacia el Norte por la plaza Manthus, el sábado por la noche, hasta pasar la estación central del metro a las diez de la noche.»

Hicieron el equipaje aquella noche. Las órdenes de Petr habían sido, coger un nido de vestidos y llevarlos en una maleta ligera, habiendo arrancado de las ropas y de las maletas todas las posibles señales de identificación.

Sin ser vistos, Alda había conseguido poner vendajes y esparadrapo en el botiquín del departamento comunal. Quitó el esparadrapo del pecho de Petr, curó la profunda herida que él ni siquiera sabía tenía allí, volvió a vendarla e hizo lo mismo con el tobillo. Petr sabía caminar con rapidez, pero cojeando. La noche del sábado le quitó las vendas de la nariz y las reemplazó con otras vendas voluminosas. Aún llamaba la atención, pero es que sin vendaje lo hinchado de la nariz era todavía más visible. No se podía

evitar.

Ya estaban dispuestos para la marcha a medio día, pero aún tenían casi diez horas de espera, para abandonar el apartamento, la tarde se deslizó con una tensión creciente de espera. Repasaron las cosas de su equipaje una vez más, para asegurarse de que no se habían olvidado lo importante incluido algo innecesario. Petr miró con frecuencia a la ventana para ver si pedía divisar al vigilante del Movimiento Clandestino, que podría asegurarse el que ellos hiciesen todo lo de acuerdo con el plan. No vio a nadie que pareciera estar al acecho.

A las seis en punto comieron fugazmente en silencio. Después Petr reanudó su vigilancia en la ventana. Había que hacer algo para pasar el tiempo. Después de una hora vio una figura familiar paseando con desaire por delante del edificio del apartamento al otro lado de la calle, y desde la otra dirección también vio otra figura familiar, un patrullero de la CCP. Las dos figuras se encontraron y permanecieron juntas, hablando. Después de unos minutos el patrullero se alejó. El otro hombre miró hacia el apartamento antes de continuar paseando. Era Dirk Adams. Petr frunció el ceño pensativo.

Cuando había caído la oscuridad registraron por última vez el apartamento. Apenas habían acabado la inspección oyeron un golpe ligero en la puerta. Petr miró a Alda. Permanecieron inmóviles durante unos momentos. El golpe se repitió, esta vez con más fuerza. Petr caminó esta vez hasta la puerta. Se secó las manos húmedas de su sudor contra sus pantalones antes de abrir la mirilla.

—¡Sorpresa, Petr!

Len Horton sonrió ampliamente ante la mirada asombrada de Petr.

—Creíamos que estarías en casa... ¿te acuerdas de Gina? —su brazo largo colocó a su esposa delante de él haciéndola entrar en la habitación mientras Petr retrocedía.

—Pasad —dijo Petr automáticamente.

—Eso es lo que me gusta —exclamó Len—. Una bienvenida cordial.

Alda interrumpió en la pausa torpe y hosca que se produjo.

—¡Gina! ¿Cómo estás? ¡Y Len! ¿Vaya otra sorpresa? —y se echó

a reír—. Creo que habéis sorprendido tanto a Petr que lo habéis dejado mudo.

—Bueno, no hace tanto tiempo que no nos vemos —dijo Len sonriente—. A pesar de que Petr no se ha dejado ver por la oficina.

—Len dijo que tenía que visitar a Petr —interrumpió Gina, era delgada, bonita, con el cabello oscuro que le caía en cascada por su espalda.

—¿Oh? —exclamó Petr. En la pausa que siguió a las palabras de Gina hubo un doble significado.

—No quería decir... —Gina miró en su tomo, embarazada, Petr lo lamentó al instante, su nerviosismo le conducía a cosas absurdas en palabras inocentes.

—Seguro que tiene que investigarme, no es el momento más apreciado. Le he dejado en sus manos todo el trabajo.

—Lo más chocante es que Joe no ha dicho una palabra acerca de tu ausencia sin permiso. Está aflojando en su severidad —Len miró el vendaje de la nariz de Petr y preguntó con recelos exagerados:—¿Cómo vas a explicarme eso?

—Siéntate mientras te preparo un combinado y te contaré toda la historia —contestó Petr. Avanzó hacia el mueble bar—. Pero no me creerás.

—Te conozco demasiado bien para eso —dijo Len—. Pero dilo de todos modos.

Se sentó en el sillón de vidrio cerca de la puerta. La maleta de Petr y Alda estaban en el suelo junto a él, pero Len no pareció darse cuenta.

—Fue así —comenzó Petr, lanzándose a inventar un cuento acerca de cómo rescató a una hermosa muchacha de un grupo de ladrones, recibiendo una paliza. Mientras hablaba se preguntó cómo podría oponer algún pretexto a sus invitados para que se marcharan. Len tenía el aspecto de querer pasar allí toda la noche.

—Ajajá —exclamó Len cuando Petr hubo acabado—. Es cosa chocante, Petr, pero te creo.

—Es natural —exclamó Gina desde el diván en donde estaba murmurando con Alda—. Es igual que una de tus propias historias.

—Mujer, si no estabas escuchando —le contestó Len.

Petr se echó a reír.

—El hecho es que resbalé mientras tomaba la ducha. Pero ya sabes lo tonto que suena eso.

—Sé lo que quieres decir —asintió Len sombrío—. Me ocurre a menudo. Pero nadie es capaz de creerlo.

Los minutos pasaron volando. Petr y Len hablaron del trabajo de la oficina mientras Gina y Alda charlaban sobre los niños de los Horton. Luego discutieron todos las vacaciones de invierno ya próximas. Era muy normal y tranquilo y placentero... pero el reloj de pared marcaba el paso del tiempo, con regularidad. Petr no pudo evitar negar de vez en cuando, pero Len hablaba sin darse cuenta al parecer. Eran las nueve y treinta y dos cuando Gina, cruzando la habitación, luego de admirar las cortinas puestas por Alda, vio la maleta en el suelo.

—Oh, querida —exclamó—. ¿Vais a salir? Deberíais habérnoslo dicho.

Todo el mundo miró hacia el maletín.

—Sólo un fin de semana al Sur —explicó Petr—. Voy a recuperarme de mi accidente, ya sabéis cómo es eso...

—¿No os habremos hecho perder vuestro avión? —preguntó Len interesado.

—Oh, no, aún tenemos tiempo —intervino Alda con rapidez—. Partimos a las diez en punto del aeropuerto Terminal.

—Entonces no os queda mucho tiempo —dijo Len. Se levantó—. Os llevaremos allí.

—No, no, cogeremos un aero-taxi —protestó Petr—. Es inútil sacaros de vuestro camino habitual.

—No digáis tonterías —dijo Len con firmeza—. 03 llevaremos, somos los que os hemos retrasado por lo tanto, eso servirá para enmendar un poco nuestra inoportunidad. ¿Qué Terminal es?

Petr tuvo una súbita inspiración.

—Central —exclamó. Estaba solamente a pocos minutos a pie de la estación central del metro.

—Bueno. Os llevaremos con cinco minutos de anticipación.

El helicóptero de Len estaba aparcado en la zona de aterrizaje detrás del apartamento. Petr se preguntó si Dirk Adams aún estaría vigilándole y si les veía salir por la parte trasera. Recordó el aviso de que no debería hablar con nadie antes de la cita. ¿Cuál sería la

reacción ante la presencia de los Horton? Petr sacudió la cabeza,

Len hizo más de lo que había prometido. La hélice de su helicóptero se detuvo en el campo de aterrizaje junto al aeropuerto Central Terminal a las nueve cincuenta y dos. Ocho minutos antes de la hora convenida.

—Gracias por traemos —dijo Petr ayudando a Alda a salir de la cabina—. Te veré en la oficina.

—No te escaparás con tanta facilidad —dijo Len—. Os veremos partir.

Ignoró las protestas de Petr y les acompañó hacia el grupo de taquillas.

—¿Tenéis vuestros billetes? —preguntó levantando la voz por encima del murmullo de la multitud.

—No —contestó Petr—. Los sacaré desde aquí, Len.

—No, no es preciso. Entraré en el coche y yo os sacaré los billetes. ¿A dónde vais?

—A Ciudad de Méjico —contestó Petr. Se lo había pensado de repente. Era un lugar lógico.

Len avanzó hacia las máquinas automáticas expendedoras de billetes. Gina permaneció con ellos y Alda miró ansiosa a Petr. La mente de él se adelantó al procedimiento de embarque. Tenía que aprovechar cualquier oportunidad que se le presentase para escapar. El tiempo volaba. Faltaban cinco minutos para las diez.

La fila se movía presurosa hacia las puertas de la rampa de partida y se veían arrastrados con ella. Len regresó con los billetes y él y Gina caminaron hacia la derecha de las puertas.

—Acuérdate de volver —advirtió Len—•. No me dejes que me ocupe solo de la pesada carga.

—Ya sabes cómo es Ciudad de Méjico —dijo Petr—. Tal vez sea que no nos vuelvas a ver jamás.

—Entonces iré a buscarte —aseguró Len.

Por último atravesaron la puerta. Después de eso se apresuraron a lo largo de la rampa. Tan pronto estuvieron fuera del ángulo de visión de la multitud de la gente que había ido a despedir a los viajeros, Petr cogió a Alda por el brazo.

—Ahora no pueden vemos —dijo—. Por aquí.

En lugar de salir de la rampa y meterse en el campo de aviación

en donde esperaba la nave, corrieron a lo largo de la masa de gente que salía de la zona de aterrizaje. Un empleado de uniforme les cerraba el camino cuando llegaron a las puertas de llegada en el vestíbulo inferior.

—Sus pases de aterrizaje —dijo inexpresivo.

—Lo siento —exclamó Petr.

Empujó al empleado, arrastrando a Alda tras él. Un grito se alzó mientras Petr echaba a correr. Otro guardia echó a correr tras ellos, pero la masa de viajeros recién llegados y la multitud que esperaba le impidieron pasar. Momentos más tarde el matrimonio trotaba bajando los amplios escalones de la entrada lateral del Terminal, saliendo a la plaza Malthus. El reloj de la estación dio las diez en punto.

—Llegamos tarde, Petr —dijo Alda.

—Estaremos allí dentro de dos minutos —contestó Petr.

Caminó bruscamente, temiendo que si corría llamara la atención. Alda tenía momentáneamente que efectuar presurosos trotes para conservar la distancia. Continuaron su camino a través de la gente que en la noche del sábado paseaba por la calle y se le ocurrió a Petr que la cita había sido planeada con pericia, tanto en tiempo como en lugar. El hombre que estableció contacto con ellos sería invisible entre la multitud.

A su derecha veía el resplandor de la cúpula de la estación central del metro. Disminuyendo su paso, Petr se dio cuenta por primera vez del fuerte dolor de su vendado tobillo. Alda se acercó más a él y se dejó rodear la cintura por el brazo de su marido. Caminaron casualmente hacia la estación, eran como dos amantes unidos por un destino desconocido.

Petr escrutaba los borrosos rostros de los transeúntes. Nadie les miró dos veces. Llegaron a la entrada de la estación del metro, en donde aún más gente se amontonaba arriba y abajo en las escaleras. Cada vez que alguna apresurada figura saltaba, les empujaba, o les apartaba para pasar, Petr buscaba alguna señal. Ninguna vino. Se volvieron lentamente atravesando la principal entrada de la estación del metro.

Cuando hubieron pasado unos cien metros, habló finalmente Alda.

—¿Crees que hemos perdido el contacto?

—Hemos llegado sólo un par de minutos tarde —contestó Petr —. No permitirán que una diferencia así sea causa de perder contacto dado el caso del gran gentío que hay por aquí.

—Si al menos Len y Gina no hubiesen...

—Sí. Pero se dejaron caer y nos ha costado mucho desembarazamos de ellos sin extrañar demasiado a Len.

Dieron la vuelta y comenzaron a retroceder hacia la estación. En la entrada principal se detuvieron. Mientras la multitud se agolpaba a su alrededor permanecieron allí, formando una débil isla de quietud en un vasto mar de movimiento. Nada ocurrió. Un sentido de desesperanza abrumó de fatiga los hombros de Petr. Miró a Alda y trató de sonreír,

—Parece como si estuviéramos solos de nuevo —dijo.

—¿Supones que vieron a Len y Gina salir con nosotros y sospecharon algo?

—Han debido imaginarse lo que ocurría —contestó Petr—. Estoy seguro que saben quién es Len ,en estos momentos, incluso si al principio no conocían su existencia.

—Se pondrán en contacto de nuevo con nosotros, cariño. Quizá ha ocurrido algo que ha hecho esta reunión peligrosa.

—Es posible —admitió Petr. Pero no lo creía. Recordó que había dicho a Joe Hurley, después de que la votación se había resuelto a su favor, que su aceptación no era la final, que podían ser reautorizados. Quizá por último, eso había ocurrido.

Cogió la mano de Alda.

—No nos quedemos aquí más tiempo —dijo—. Puede que se haya marchado.

Media hora más tarde, cansados por un inútil vagabundear por los alrededores de la estación del metro y dándose cuenta, que tarde o temprano, incluso en aquella multitud sus movimientos podrían atraer la atención, desistieron.

—Volveremos al apartamento y esperaremos —dijo Petr—. Quizá nos sea posible partir para Méjico después de todo.

—Esa no es la respuesta —contestó Alda—. No podemos abandonar tan rápidamente, después de lo que has pasado. Aún tenemos que establecer contacto.

—Sí —dijo lentamente—. Todavía tenemos a Joe.

Dejó que su mente meditase a aquel hecho mientras caminaban en dirección a la estación de aero-taxis. Unos cuantos minutos más tarde se dirigían volando hacia el apartamento. Era todavía su mejor base de operaciones. El CCP no había empezado a cerrar sobre ellos todavía. Si había oportunidad de que el Movimiento Clandestino entrara otra vez en contacto, el apartamento era el lugar más lógico.

Caminaron hasta el piso saliendo del campo de aterrizaje en silencio. Absorto en sus pensamientos, Petr no se dio cuenta de la rendija de luz plateada que aparecía por debajo de la puerta del apartamento. Alda sí.

—¿No hemos apagado la luz? —preguntó ella.

—No me acuerdo —Encontró la puerta de la calle y abrió. Alda entró primero en la estancia mientras él se inclinaba a recoger el maletín. La oyó respingar. Cuando levantó la vista la vio rígida, de pie, delante de él, mirando a la otra parte de la estancia en dirección a alguien a quien no podía ver. Petr entró con rapidez.

—Buenas noches —dijo el padre de Alda—. Estaba ansioso por vosotros—. Sus agudos ojos; se encontraron con los de Petr—. No esperaba que estuvieseis tanto tiempo paseando por la estación del metro.

4

Se sentaron, estupefactos, mientras Aaron Gray explicaba cómo la noticia del contacto de Petr con el Movimiento Clandestino se filtró a través de varios escalones de mando hasta llegar al padre de Alda y siguió detallando cómo el plan había resultado con su llegada al apartamento para esperarles.

—Nos dimos cuenta que el apartamento estaba siendo vigilado... No sólo por nuestra gente. El CCP tiene dos hombres apostados aquí desde el viernes por la mañana. Al haceros salir hasta un sitio específico a una hora asignada, los obligamos a revelar sus intenciones.

—¿Qué hora es? —preguntó Petr.

—Un hombre está de puesto aparentemente en el apartamento durante las veinticuatro horas del día. El otro le siguió.

—¿Nos siguieron? —la sorpresa de Alda era. evidente.1

—Hija —dijo su padre, divertido—, fue casi un desfile.

—En ese caso —añadió Petr pensativo—, me pregunto qué es lo que pensará de nuestra maniobra en el Terminal aéreo.

—Allí le perdisteis —dijo el doctor Gray.

—¿Como lo sabe? —Petr no estaba sorprendido... sólo sentía curiosidad.

—Nuestro hombre vino a informar —dijo el anciano—. Sabía dónde ibais a ir por lo que no resultó engañado con la maniobra.

—¿Pero hicimos perder la pista al hombre del CCP? —Alda pareció complacida.

—No por mucho tiempo. Os volvió a ver delante de la estación del metro. La sensación que causasteis cuando salisteis por la puerta del Terminal aéreo le puso sobre aviso cuando estaba a punto de embarcar en el avión para Ciudad de Méjico.

—Pero eso significa que debe habernos seguido hasta aquí de nuevo —exclamó Petr, mirando hacia, la ventana.

—Sí —dijo el anciano con tranquilidad—. Hay algo más en esos dos hombres que están de vigilancia, de lo que tú te imaginas, Petr. Y eso nos molesta. Eso significa que el CCP sabe muchísimo acerca

de ti.

—Hartog —exclamó Petr—. Él me ha hecho seguir.

—Sí, probablemente tienes razón. Pero él no te ha seguido a ti vigilando al mismo tiempo el apartamento. El segundo hombre se puso al acecho el viernes por la mañana... Sólo unas cuantas horas después de que fueras aceptado por el Movimiento Clandestino y devuelto aquí.

Petr se inclinó hacia delante alerta.

—¿Está usted sugiriendo que el CCP sabe las cosas tan pronto como ocurren?

—Es una posibilidad que tenemos que considerar —dijo el doctor Gray.

—¿Pero cómo han podido saberlo? Los únicos que lo sabíamos...

—Miembros de confianza del Movimiento Clandestino —acabó por él el anciano—. Más tú y Alda.

Petr sintió un escalofrío.

—Ustedes sospechan de mí —dijo con llaneza.

Lentamente el anciano sacudió la cabeza.

—Si lo hiciese, no estaría aquí —dijo con calma.

Se le ocurrió otra posibilidad a Petr.

—Hartog ha podido saber por algún medio que no fui al trabajo el miércoles. Si me ha hecho seguir durante algún tiempo, es seguro de que se habrá enterado de eso. Incluso aquel tipo puede haberme seguido hasta la fiesta histórica particular.

—No. Comprobamos eso en seguida. Has de acordarte que la entrada principal fue cerrada tras de ti. Las otras ya estaban cerradas. Si hubiera habido un hombre vigilando en aquel tiempo, es probable que se hubiera quedado fuera.

—Bueno, entonces eso hubiera despertado sus, sospechas acerca de la reunión —dijo Petr—. Y cuando yo no aparecí al día siguiente, Hartog sumó dos y dos y se dio cuenta de que hacían cuatro.

—Es posible —dijo el doctor Gray—. Pero siguen sin constamos las coincidencias.

Petr —dijo Alda de repente—. Si nos seguían hasta el Terminal aéreo, pueden incluso creer que los Horton nos ayudaban. Eso podría causar disgustos a Len y a Gina.

—Podría —dijo su padre. Se estudió las yemas de los dedos—.

Los Horton también nos han desconcertado… Por lo menos al principio, pero por lo que me habéis dicho, son completamente inocentes.

—Oh, estamos seguros de eso —exclamó Alda.

Su padre sonrió gentilmente.

—Desearía que hubieras estado tan segura de mí.

Petr pensó en los verdaderos motivos de Alda al no haber recurrido a su padre.

—No teníamos modo de saber si usted estaba en el Movimiento Clandestino.

Los labios del anciano se curvaron hacia arriba levemente.

—He sido más circunspecto de lo que me pensaba —dijo.

—Yo no sé porque no me parecía evidente —apuntó Alda—. Aunque sí debía haberlo sido.

—Esperemos pues, que tampoco sea evidente para nuestro benevolente Jefe —dijo Aaron Gray—. A pesar de que me temo que sí lo será.

Petr había caminado hasta la ventana. Atisbó a través de las cortinas en dirección a la calle. Excepto por el círculo de luz arrojado por una farola sita en el apartamento opuesto, la calle estaba vacía y oscura. Las negras sombras más allá del círculo podían ocultar a un ejército invisible.

—¿Sospechan de usted? —preguntó Petr mirando hacia el doctor Gray.

La cabeza blanca asintió.

—Han estado vigilándome durante meses. He tenido que eliminar todo contacto directo con mis agentes. Eso hace las cosas bastante inconvenientes —miró a Alda—. De otro modo hubiesen salido ustedes más pronto.

—¿Por qué no nos detienen a todos juntos? —preguntó Alda—. ¿Por qué se limitan a vigilamos?

Los ojos del anciano relucieron.

—Esperan descubrir más —dijo—. Y si tenemos un traidor entre nosotros lo conseguirán.

Petr se preguntó de nuevo las causas del vigor en el rostro del anciano. El mismo sentía el esfuerzo de toda una larga noche. Su carne dolida estaba viva con un sufrimiento persistente. Permaneció

descansando todo su peso en el pie derecho, en beneficio de su tobillo lesionado.

—¿No es peligroso para ustedes venir hasta aquí esta noche? —preguntó.

El anciano se encogió de hombros.

—Yo no hice ninguna tentativa de entrar sin ser visto. De momento mi visita puede parecer cosa ordinaria. Olvidas que soy tu suegro, Petr —sonrió—. En cualquier caso, mi utilidad aquí casi ha terminado. Puedo ser más útil… en otra parte.

—¿No sería mejor que vinieras con nosotros? —preguntó Alda ansiosa.

Su padre asintió.

—Ya es casi tiempo de marchamos —miró a cada uno de ellos durante un largo rato. Luego se levantó de la silla. Los enervados movimientos del cuerdo traicionaron sus años, incluso aunque su rostro y su mente no lo hicieran—. Hay solo una pregunta más.

Algo en su voz pesada y una agudeza añadida, de énfasis, les hizo mirarle fijamente. La cuestión tenía que ser importante.

—¿Qué es? —preguntó Alda.

Su padre les estudió, con ojos brillantes e intensos.

—Tenemos una ventaja sobre el CCP —dijo con lentitud—. Es nuestro anonimato. Los científicos de nuestro mundo clandestino han trabajado durante mucho tiempo para desarrollar el modo de proteger esa ventaja en caso de que uno de nosotros sea capturado. Esa es la respuesta que damos a las drogas de la verdad y la electro-hipnosis, dos armas del CCP que hacen casi imposible ocultar cualquier conocimiento consciente.

—¿Casi? —dijo—. Es imposible.

Aaron Gray sacudió la cabeza.

—¿Tan imposible, diría usted, como el alimento extraído de las algas o la alimentación con productos alimenticios de otros planetas?

—Sí —contestó Petr y sonrió de manera oscura.

—Pues creamos ambas cosas —afirmó el anciano—. Tendrás una oportunidad de conocerlo.

—Entonces los experimentos del Gobierno fueron suspendidos a causa de que iban a alcanzar un gran éxito.

—Precisamente, Petr.

—¿Qué respuesta han encontrado sus científicos al problema de mantener la boca cerrada si se es capturado?

—Le llamamos borrador de recuerdos —dijo el doctor Gray—. Eliminada de la mente recuerdos durante un período indefinido, quizá para siempre —añadió—. Todavía no lo sabemos.

—¡No lo saben! —exclamó Petr—. Entonces seguramente no lo utilizarán puesto que todavía está en plan experimental.

—Es nuestro único medio de garantizar el silencio —dijo Aaron Gray—. Muchos, en el pasado, se vieron obligados a suicidarse. Ahora, por lo menos, podemos evitar la auto-destrucción.

—En favor de la destrucción de la conciencia —dijo Petr—. No se ha mejorado nada.

Los labios del anciano se apretaron.

—¿Qué es lo que escogerías tú? —preguntó con agudeza.

Petr no respondió. No era lugar para discutir. Incluso la destrucción del pasado de un hombre, la aniquilación de la estructura cuidadosamente elegida de su vida consciente, era todavía mejor que no existir.

—¿Qué significa eso para nosotros? —preguntó Alda.

—Cuando salgáis de aquí —dijo su padre—, iréis directamente a uno de nuestros cirujanos dentistas. Me temo que cada uno de vosotros tenga que perder una muela. Será reemplazada por otra hueca y giratoria.

Petr se sonrió.

—Interesante. El Partido del Jefe se enorgullece por la perfección de sus dientes colectivos. Por tanto, el Movimiento Clandestino, sólo para llevarles la contraria, se quita los suyos.

Aaron Gray sonrió como toda respuesta.

—Los nuevos dientes tendrán un aspecto perfectamente natural —dijo—. Pero contendrán un fluido que, una vez suelto en la boca y tragado, casi instantáneamente volverá blanca su memoria consciente.

Hubo una larga pausa. Cuando Alda se levantó y caminó a través de la estancia, el débil crujir de su vestido se pudo oír con la mayor claridad. Durante un momento sus dedos juguetearon con los pétalos de una flor blanca de un jarrón. Cuando se volvió a

enfrentarse con ellos, la blancura de la flor se reflejaba en su rostro.

—¿Es necesario, papá? —preguntó.

—Es una orden terminante, hija. La vida del individuo en el Movimiento Clandestino está…

—Subordinada al bien de la comunidad —murmuró Petr.

El padre de Alda le miró rápidamente.

—Exactamente, Petr.

Petr sonrió. Eli escenario seguía haciéndose familiar.

—Según tengo entendido —dijo—, ese fluido, ¿no podrá ser tragado accidentalmente?

—Se requiere un esfuerzo de la lengua para mover la muela giratoria —respondió el anciano. Sonrió—. Lo siento, pero no puedo hacerte ninguna demostración. Aún tengo que hacer de guía vuestro.

Petr miró a Alda.

—¿Estás dispuesta? —preguntó. Pero sabía la contestación.

—Sí, cariño —dijo ella.

—Creo que entonces estamos listos, doctor Gray —anunció Petr.

Había una luz nueva en los ojos del anciano cuando se encontraron con los de Petr… Un resplandor de aprobación. Petr se preguntó cómo podía estar el anciano tan seguro de su persona, de su yerno, ya que él no se sentía seguro de sí mismo.

—Esto ha sido ahora —dijo el doctor Gray—. El helicóptero estará aquí exactamente a las dos de la madrugada. Nos quedan, por lo tanto, diez minutos.

Avanzó rápidamente hacia la ventana y atisbo en dirección a la calle. Al cabo de un momento hizo un gesto con la mano.

—Encended y apagad la luz dos veces —dijo—. Luego dejarla apagada.

Petr lo hizo. La habitación saltó rápidamente de la luz a la oscuridad. La negrura final vio cómo la figura del anciano se recortaba junto a la ventana. Atravesó la estancia. Sintió a Alda muy cerca y su mano tanteó hasta encontrar la de ella.

Se miraron. Luego miraron hacia la calle, al cabo de un momento surgieron tres figuras y se alejaron de la entrada del apartamento. Dos hombres y una mujer. Uno de los hombres llevaba una pequeña maleta de viaje. Las tres figuras se apresuraron

a cruzar la calle y se desvanecieron en las sombras. Segundos más tarde un helicóptero se dejó caer sin ruido en el suelo hasta tocar el pavimento. Las tres sombras echaron a correr para fundirse en la sombra mayor del aparato. El helicóptero se levantó sin ruido y tan rápidamente como había venido.

Petr abrió la boca para hablar, pero el anciano levantó la mano en un gesto de silencio.

—Vigilad —dijo.

Petr volvió de nuevo a mirar hacia la calle al tiempo de ver como variadas figuras se materializaban de la oscuridad convergiendo en un reducido círculo cerca de la farola callejera. El círculo se rompió cuando un bulto negro se deslizó silencioso a lo largo de la calle y se detuvo cerca de la masa, de figuras. Algunos de los hombres entraron en la cabina del vehículo mientras desplegaba sus alas como un pájaro gigante. Mientras el helicóptero convertible despegaba, un rayo de luz cogió de lleno su proa, iluminando brevemente el brillante emblema rojo del CCP. El gran pájaro desapareció en la bruma azulada de la noche y las figuras de la calle se apresuraron a dirigirse a la entrada del apartamento.

—Hacia el terrado —exclamó el anciano—. Rápidamente.

Petr no hizo preguntas. Cogió a Alda por el brazo y se dirigió hacia la puerta.

—La maleta, Petr —exclamó ella.

La recogió mientras avanzaban. El anciano les siguió hasta el exterior del apartamento, deteniéndose lo bastante para cerrar la puerta con llave.

—Quizá esto les retrase un minuto —dijo.

Abrió la marcha hasta el vestíbulo y subió por las escaleras de emergencia. Había dos tramos hasta llegar a la cubierta solario en el tejado y Petr jadeaba pesadamente cuando abrieron las puertas de vidrio que conducían a la terraza plana. Miró hacia Alda ansioso.

—Habrá apenas bastante sitio para el helicóptero —dijo el padre de ella—. Debemos haber medido antes esta cubierta para estar seguros.

Levantó la vista para examinar el cielo. Petr y Alda automáticamente siguieron su mirada. Allí sobre la abierta cubierta la noche no parecía tan oscura, pero la negra sombra de un

helicóptero se cernió sobre ellos sin aviso. Petr no le había visto venir. El pensamiento era consolador.

Por instinto se agacharon mientras el aparato se instalaba en el terrado, a pesar de que las aspas quedaban a más de medio metro de sus cabezas. La puerta de la cabina se abrió. El piloto, desconocido para Petr, les miró curioso mientras subían a bordo. Hizo un gesto con la cabeza al padre de Alda y luego volvió a los controles sin decir palabra. Segundos más tarde se levantaban rápidamente volando por el cielo nocturno.

Durante largo tiempo nadie habló. Petr miraba cómo el apartamento disminuía, hasta hacerse casi inextinguible, hasta perderse por último la masa silenciosa de la ciudad durmiente. Al dejarlo se producía la ruptura final con la sociedad. Delante, y a su alrededor, había una inmensidad de azul salpicado sólo por el frío relucir de las estrellas.

Petr se volvió hacia Aaron Gray.

—¿Qué ocurrirá a esas tres personas? —preguntó—. Me refiero a las que confundieron con nosotros.

—Escaparán —dijo el anciano con tranquila calma—. Están entrenados para la fuga.

—Empiezo a pensar que necesitaré algo de entrenamiento también —exclamó Petr.

—Donde vamos —dijo Gray—, necesitará saber muchas cosas.

De repente Petr sintió ganas de reír.

—Es algo divertido —dijo—. Se me olvidó preguntar a dónde vamos.

Alda rió.

—Sí, padre. ¿Dónde nos llevas?

Su padre sonrió. Sus ojos les miraron pero sin verles, como si estuviesen fijos en algún punto distante.

—Yo sólo puedo acompañaros parte del viaje —dijo—. Pero si todo va bien, dentro de tres meses estaréis en una estación espacial.

Alda carraspeó. Petr notó el rápido latir de Su corazón producto de lo excitado que se sentía.

—¿En el espacio? —dijo. Las palabras parecían irreales.

El anciano miraba hacia el cielo por las pequeñas ventanas de la cabina.

—Sí —dijo en voz baja—. Vuestro hijo, mi nieto, será necesario allá arriba. No hay lugar para él aquí en la Tierra.

CAPÍTULO VI

1

Petr divagaba deliberadamente, extendiéndose en detalles innecesarios para poder tener tiempo y pensar mientras hablaba. Mientras no revelase nada que Hartog no supiera ya, habría cumplido su objetivo. El padre de Alda y su actividad en el Movimiento Clandestino… Los nombres de Joe Hurley, Harry Barton, Larry Roed y Dirk Adams… Todo esto el traidor había tenido tiempo y oportunidad para informar.

El traidor. El pensamiento le produjo renovado dolor. Una coincidencia conturbadora, el doblar la vigilancia que habían colocado sobre él, nada más fue aceptada su admisión por la célula del Movimiento Clandestino de Joe Hurley, había sido la primera sugerencia de que había un doble agente, un informador del CCP. Más tarde se vieron otras señales: el descubrimiento que el escondite costero al cual fueron llevados bajo vigilancia, el modo en que su primer falso intento de escapar fue tan fácilmente descubierto, la ridícula tranquilidad con la que los patrulleros del CCP les habían localizado cuando finalmente volaron tras de Los Angeles luego de varias falsas partidas. Y quizá la más clara indicación de todo era el hecho de que les permitieran escapar. Hartog les había dejado que se fueran. ¿Por qué no, puesto que parecía saber dónde iban casi tan pronto como ellos mismos?

Todo aquel tiempo, a pesar de que hubo muchos signos, el traidor no se traicionó a sí mismo…

Petr volvió al presente. Estaba recordando con claridad, casi normalmente, toda la entera sucesión de los hechos. Aún había zonas de sombra en su memoria, pero todo caminaba hacia la luz.

Por primera vez la profunda significación de aquello le dejó anonadado. Si podía recobrar la memoria lo mismo pudieron los demás. Casi tan deprisa como los científicos del Movimiento Clandestino habían encontrado su borrador de recuerdos, los investigadores del CCP habían hallado un contra-tratamiento. A no

ser por el momento de simpatía del comandante Porter, Hartog sabría ya todo lo que contenía la mente de Petr. El peligro que significaba aquello para el Movimiento Clandestino, mientras seguía creyéndose a salvo, aunque su adversario había encontrado respuesta al arma secreta, era incalculable.

Había permanecido silencioso… Y no sabía cuánto tiempo. Bueno, ya había visto bastante para un tratamiento. Si podía fingir inconsciencia, conseguir que Porter volviese a la habitación…

Oyó un chasquido cerca de la cabeza. Otra suave corriente eléctrica le atravesó por completo. Hartog no desperdiciaba más tiempo. Petr agitó su cuerpo por debajo de la funda de plástico, simulando una conmoción más violenta de la que sentía. Después de unos cuantos segundos, oyó a Hartog musitar para sí y el grueso brazo del oficial se apretó contra el cuerpo de Petr, buscando el lado de la mesa.

La puerta de la celda se corrió sobre sus bien aceitados goznes.

—¡Porter! —gritó Hartog—. ¡Entre!

Había dado resultado. Petr sintió un profundo Sentido de triunfo. No se encontraba desamparado ya. Había algo que podía hacer… O al menos intentar hacer. Conseguir que Porter volviese a la celda era el primer paso.

La puerta se cerró.

—Ha dejado de hablar y la electro-conmoción no ha hecho nada —dijo Hartog con impaciencia.

—¿Todavía no ha dicho dónde está el submarino? —preguntó con frialdad Porter.

—¡Claro que sí! —la ironía en la voz de Hartog era evidente—. Lo que pasa es que quiero oírle hablar de su niñez otra vez.

—Capitán, yo no…

—Hágale que se recobre —ordenó Hartog—. Que recupere la conciencia de modo que pueda hablar.

Petr sintió cómo unos dedos le tomaban la muñeca, la sujetaban, comprobaban su pulso. Luego le abrieron uno de los párpados. Se encontró mirando el rostro delgado del comandante… El rostro frío e inexpresivo.

—El pulso es muy bajo —dijo Porter dudoso—. Creo que ha ido usted demasiado lejos.

La excitación de Petr creció. Porter seguía protegiéndole. Había corrido cierto riesgo al rebajar la seguridad del tratamiento por impresiones eléctricas. Ahora iba aún más allá, adentrándose en un terreno mucho más traicionero. Cualesquiera que fuesen los motivos de Petr —el antagonismo entre él y Hartog, un airado sentido de la justicia, quizá una más profunda simpatía —Petr tenía que alimentarlos, animarlos, utilizarlos.

—Sé más de medicina de lo que usted pueda creerse —dijo Hartog y la afirmación actuó como un disparo en los nervios de Petr —. Yo le pido que trate de volverlo en sí, Porter. Le digo que lo haga.

—Puedo usar, claro un estimulante —contestó Porter con rigidez —, pero, como usted sabe, el peligro es¿..

—¡Utilícelo! —ordenó Hartog.

Petr percibió cómo Porter contenía el aliento, pero el comandante no dijo nada. Hubo un momento de silencio. Luego Petr oyó un murmullo, seguido por el débil sonido de destapar un frasco. Humos poderosos, vapores fuertes le ataca^ ron la pituitaria.

Contuvo el aliento mientras pudo. Luego tosió. Tosió y escupió.

—Lo conseguí —dijo el comandante Porter.

Petr se dio cuenta de la indicación y abrió los ojos.

—¿Puede usted hablar? —preguntó Porter.

—Sí —susurró Petr.

—¿Recuerda usted lo que ha estado ocurriendo aquí?

Petr quedó silencioso durante un momento.

—Sí —dijo al fin, tratando de fingir una posible debilidad en su voz.

—Yo haré las preguntas —interrumpió Hartog. Se levantó quedándose junto a la mesa y mirando a Petr—. ¿Quieres ver lo que te ocurrirá si continúan estos tratamientos? —preguntó con tono engañosamente tierno.

Petr le miró.

—Te lo enseñaré —dijo Hartog del mismo amistoso modo.

Apretó el botón de la puerta de la celda y salió a la estancia. Durante un instante la mirada de Petr se encontró con la del comandante Porter. Los ojos del facultativo eran tranquilos… y sin intención alguna.

La voz de Hartog ladró:

—¡Sargento! ¡Traiga al otro prisionero!

El oficial del CCP volvió lentamente junto a la mesa de piedra. Se moviera rápido o despacio, sus pasos tenían la misma precisión y firme medida. Era un hábito de toda su vida, pensó Petr.

Volvió a mirar al doctor. A diferencia de Hartog, Porter no había sido educado en la dura disciplina del Cuerpo de Control de Población. Pero como él, como cada ciudadano gobernada por nuestro Jefe, había sido acondicionado durante toda su existencia para aceptar la jefatura para detestar cualquier crimen contra el Código de Población. Petr tenía que destruir las actitudes habituales de toda la existencia en la mente del doctor... y hacerlo en minutos. Ni siquiera podía estar seguro de lo logrado en las pasadas pocas horas durante el interrogatorio de Hartog. Todo lo que sabía era que Porter ya se había desviado de su deber. Había tenido compasión de un enemigo del estado.

El sargento se acercó tras de Hartog. Otra figura, inclinada y obscurecida por la masa del capitán, iba junto a él.

—Espere junto a la puerta, sargento —dijo Hartog. Miró a Petr y habló en la manera cálida y amistosa que había adoptado—. Quiero que veas a un viejo amigo, Petr.

Con su manaza impulsó a la indignada figura hacia adelante y la mantuvo enfrente de Petr. El gesto le requirió poco esfuerzo. El hombre era como una figura de papel arrugado, frágil y delgado, con movimientos perdidos y sin coordinación, como si lo hubiesen montado a piezas sueltas con tiras de caucho. Petr miró la faz delgada profundamente seria, los ojos sin vida, el alto puente de la nariz que daba una sensación de relieve a la piel apergaminada de la cara. Tardó en reconocerle.

—¡Roed! —dijo con torpeza—. ¡Roed!

Los ojos miraron sin ver.

—Soy Larry Roed —musitó el hombre en voz inexpresiva. Soy un enemigo del Estado.

En la parte más recóndita de la mente de Petr chisporroteó un recuerdo.

—He ayudado y fomentado un crimen contra el Código de Población. —Dijo Larry Roed con su voz tan hueca y vacía como si

fuera un eco—. Me he entregado a la merced de nuestro Jefe y gracias a su misericordia me han dejado vivir para hablarte.

—Llévenselo —exclamó Petr con aspereza.

—¿No quieres hablar con un viejo amigo? —preguntó Hartog, su voz tan suave como manteca vegetal.

—Soy un enemigo del Estado —siguió Roed Acepta un consejo mío…

—Llévatelo —insistió Petr.

—Creo que ha conseguido lo que se proponía —dijo—, el comandante Porter con rigidez. Petr le miró fijamente. El doctor estaba visiblemente impresionado.

—¿Le ha impresionado a usted también, señor Porter? —preguntó Hartog sonriendo—. Parece conturbado. ¿Acaso le trastorna ver a un enemigo del Estado en esa condición?

—Eso se sale de la materia en cuestión —contestó Porter. Con la voz todavía temblorosa.

—¿Cuál es la cuestión, entonces?

—Soy un enemigo del Estado —siguió Roed repitiendo, y las palabras venían a ser un contrapunto del diálogo, como el coro en la tragedia griega.

—La cuestión es el propósito de todo esto —dijo Porter.

—El propósito es evidente, señor Porter. Se trata de impresionar la mente de Petr —aclaró Hartog con suavidad—. Esto te va a ocurrir a ti, a menos que nos digas en dónde va a salir a la superficie el submarino. Sabemos la hora, Petr, las cinco en punto. Nos queda una hora y veinte minutos. Así que vas a decírnoslo. Tú no puedes durar mucho.

El comandante Porter le interrumpió.

—Por el momento está aún todavía al mando de aquí, capitán Hartog —dijo despacio y con deliberación—•. Pero creo que sus superiores están interesados en un amplio informe de este interrogatorio.

Hartog soltó una carcajada.

—¿Va usted a informar de mí? ¿Cree usted realmente que mis superiores encontrarán mis métodos demasiado duros, Porter?

El comandante sacudió su cabeza.

—.Sus métodos no, capitán —afirmó con tranquilidad—. Pero

creo que le interrogarán acerca de sus motivos.

El rostro de Hartog dejó de sonreír de repente.

—Oreo que no le comprendo —dijo—, con voz suave y curiosa.

—Pues me parece que está muy claro, capitán —dijo el doctor—. Todo este interrogatorio ha sido estudiado para obtener información. Y no sé por qué, usted parece más interesado en destruir al prisionero que en servir a nuestro Jefe mediante las necesarias respuestas.

—Eso es mucho hablar —exclamó Hartog— No creo que haga usted nada de eso que me amenaza, Porter.

—Ya lo veremos —dijo Porter con altiva dignidad.

Los modales lisos y divertidos de Hartog se parecieron como desvelo de una danzarina, dejando visible su desnuda crueldad.

—¡Sargento! —exclamó con aspereza—. ¡Saque esto de aquí!

Empujó el cadáver murmurante de Larry Roed hacia el recién llegado, y se inclinó para recoger aquel despojo humano derribado en el suelo.

—¡Y sargento! —añadió Hartog—. Monte guardia delante de la puerta. No quiero que el señor Porter se marche. No le dejaremos salir solo ¿verdad, sargento?

El sargento sonrió. Había un resplandor de satisfacción en sus ojos.

—No, no lo dejaremos, capitán —dijo—. No 3e marchará, señor.

—Estoy seguro de que no —corroboró Hartog.

La puerta se cerró tras el sargento. Petr miró hacia el rostro blanco y firme de Porter. Ahora era ocasión de llegar hasta él. Ahora tenía que representar su comedia.

—¡Dele otro tratamiento! —ordenó Hartog.

B1 doctor dudaba. Hartog dio un paso hacia delante.

—No me gusta repetir las cosas, Porter —dijo.

Porter se volvió hacia la pantalla de detrás de la cabeza de Petr. Mientras ajustaba los mandos, Petr trataba de planear lo que diría. Sabía que la formación sería suave. Sería, también, que estaba en el umbral de recordarlo todo.

—Muy bien, Petr —dijo Hartog—. Esta vez quiero las cosas reales. ¿Dónde está el punto 2?

Y Petr recordó casi claramente donde estaba, incluso antes de

que la mano de Porter se volviese mientras danzaba en la pantalla. Pero contuvo su lengua, esperando, hasta que la honda de sentimiento dejó de estremecer su cuerpo. Recordó que debía agitarse y gritar y mientras los recuerdos volvían a él, se entretuvo en escogerlos, esperando el momento de hablar.

Tenía que sembrar cada palabra en la mente de Porter. Había sólo una oportunidad, una débil oportunidad de que pudiese provocar al comandante obligándole a cualquier clase de movimiento contra Hartog, a algo inmediato. Si es que Porter tenía suficiente valor.

¿Por dónde comenzaría? ¿Cómo podía hacer que Porter viese que Hartog era el verdadero enemigo del Estado... del pueblo?

—¡Otra vez! —rugió Hartog—. ¡Otra vez!

Su mano salió disparada contra la boca de Petr.

—¡Habla! —le exigió furioso.

La mano de Porter se movió y otra honda recorrió las manos y las piernas y los brazos de Petr. No podía retrasarse más. Tenía que empezar con la farsa. Eso es, empezar y pensar las cosas mientras hablaba.

2

La noche permaneció clara y brillante sobre las montañas. El helicóptero se descolgó por encima de la masa de tierra, pasando por encima de la cresta de los picos solo un centenar de metros. Se lanzó hacia el Este de la cordillera, bañado por la luz de la luna. Era una sombra diminuta que erraba por la fría y blanca faz del suelo.

Si las naves de patrulla del C.C.P. estaban esperándolo más allá de los picos, se mantuvieron lo bastante lejos para que la pantalla de radar no pudiera detectarlas. El helicóptero marchó con rapidez hacia las grandes llanuras centrales, era una nota solitaria en la inmensidad del firmamento. Poco antes de las nueve en punto cruzó por las caudalosas aguas del río Mississippi. Se encaminó hacia el Norte, en dirección a los grandes lagos, pasando por encima de las desoladas tierras de labor.

Petr durmió poco. Cuando despertó se dio cuenta con cierta vaguedad de un cambio. Se sentó. El helicóptero se deslizaba por entre medio de una niebla gris y atorbellinada. La lluvia y la humedad se depositaban en las ventanillas. La tormenta parecía fea y fría... pero le servía de protección. Eran todavía las once de la noche.

El cuerpo le dolía por la postura forzada durante el sueño en el asiento pequeño. El tobillo izquierdo débil le enviaba punzadas de dolor. Cautelosamente, en su primera acción después de despertar. Petr tocó la muela falsa de su boca con la punta de la lengua, era algo nuevo, algo que daba una presencia consciente. Empujó con suavidad la débil superficie de plástico. No se movió,

—Yo de ti la dejaría tranquila, muchacho —exclamó Joe Hurley. Y al hablar mostró una fila de dientes parduscos.

—No es fácil de olvidar —dijo Petr—. Es como llevar una bomba en el bolsillo.

—Sí —contestó Hurley. Su panda sonrisa se ensanchó—. Pero, ¿por qué ha de tratar de jugar con el disparador?

Petr sonrió débilmente. Pensó en aquella diminuta cápsula da destrucción. Era tan buen símbolo como otro cualquiera para el

Movimiento Clandestino. Tenía un rostro liso e indistingible. Estaba oculto con cuidado. Era una rápida y relativamente indolora ruta hasta una muerte súbita de la conciencia, del Yo.

Como había hecho con frecuencia los últimos días, los pensamientos de Petr volvieron a su padre. Se daba cuenta de qué cambio de actitud al autor de sus días. Aquella remota y extraña figura de ojos destellantes, aquel hombre que no querría permanecer enterrado en el pasado. No sintió ninguna nueva emoción para reemplazar la amargura que desapareció de su interior. Mientras había llegado a comprender un poco los motivos de su padre, su celo apasionado, la comprensión no tenía equivalentes en sentimientos. Pero Petr sabía que John Clayborne en su esfuerzo humano había tenido dentro de sí algo heroico.

Una diminuta luz blanca apareció en el borde de la pantalla de visión de Petr. Miró hacia el radar. Una línea delgada y blanca cruzaba de esquina a esquina, por encima del sendero verde y errático del helicóptero.

Se puso intensamente en alerta.

—Hay un aparato en la pantalla —dijo.

Eso parece —contestó Dirk Adama con la voz cansada desde el asiento del piloto—. Ahora en esta tempestad no pueden seguirnos a distancia. Han de acercarse para encontramos.

Aaron Gray se agitó en su asiento cerca de Adama.

—¿Es ese el primer signo de un patrullero desde que cruzamos las Rocosas?

—He estado durmiendo —admitió Petr—. Hasta ahora no me di cuenta de la línea blanca.

—Me gustaría perderlos de vista —dijo el anciano con tranquilidad—. Pueden tener una idea de donde vamos, pero sería mejor no hacérselo tan fácil.

En este caos tormentoso no encontraremos dificultad en perderlos —dijo Adams.

—¿Habéis seguido el rumbo que os dije? —el anciano extendió el mapa sobre sus rodillas.

—Perfectamente— dijo Adams.

El doctor Gray estudió el mapa con atención. Comprobó las lecturas de los instrumentos.

—Volved hacia el Norte, cinco grados —dijo.

El helicóptero giró con viveza. Al hacerlo, la línea blanca del aparato patrullero salió de la f pantalla detectora.

—La pantalla está limpia —exclamó Petr.

—Cuarenta y cinco a la derecha —ordenó Gray inmediatamente — ¡Y de prisa!

El helicóptero viró en ángulo recto lo que lo condujo directamente dentro de la fuerza del viento. Petr vigiló la pantalla de radar mientras el helicóptero se hundía más cerca del suelo y seguía hacia delante a pesar del huracán. Un silbido rápido de aviso del panel de instrumentos de la cabina les dijo lo cerca que estaban del suelo! Petr se hizo una imagen mental del helicóptero deslizándose por encima de las copas de los árboles como una piedra plana salta por encima de la superficie del agua. La línea blanca no reapareció en la pantalla, pero el hecho no tranquilizó ni disminuyó el intenso silencio de la cabina. Su velocidad, su proximidad en el suelo y la ausencia completa de visibilidad destrozaban cualquier sentimiento de seguridad.

—¿No podemos disminuir la marcha un poco ahora? —preguntó Joe Hurley de repente—. Nunca nos encontrarán mientras estemos así.

,—Sí, creo que debes hacerlo —afirmó Aaron Gray con tranquilidad—. Afloja un poco Dirk..

—No estoy seguro de que nos siguiese una nave patrullera —apuntó Joe Hurley—. ¿Cómo podríamos salir de dudas?

—De ningún modo. Debemos figurárnoslo —dijo el doctor Gray.

Hurley gruñó.

—Esa sospecha de que alguien de nuestro grupo nos traicione no tiene lógica —dijo con un poco de beligerancia en su voz—. Nadie ha podido informar al CCP. de que íbamos a Nueva York. Nosotros mismos no lo sabíamos hasta que usted nos lo dijo después de despegar. ¿Y lo mismo conviene al grupo del otro helicóptero, ¿verdad?

—Sí, —admitió Aaron Gray—. Y puede que tengas razón. Quizá no haya ningún traidor en absoluto y el CCP. se haya convertido en algo más eficiente de lo que creí posible. Pero hay aún demasiadas cosas sin explicación en las que Hartog se nos ha anticipado. Yo

preferiría darle a él el crédito. Pero tenemos que considerar la posibilidad de que haya conseguido alguna ayuda interior. No nos queda otra alternativa.

Petr escuchaba mucho. Hurley, encontró casi imposible creer en el traidor. Había llegado a conocer a todos los miembros de aquel grupo durante los días en que estuvieron escondidos, incluyendo a Dod y Geri Hunter, los dos bailarines exóticos, y a su tambor, Tino, quienes ahora estarían en alguna parte sobre el Canadá en el segundo helicóptero, con Harry Barton y Larry Roed, incluso si él hubiera creído a alguno de ellos capaz de traición, no podía imaginarse cuándo se les presentó la oportunidad de informar.

Miró a Alda y pensó en el niño que estaba en sus entrañas. Mientras la miraba ella se agitó en su sueño. El brazo de la muchacha parecía tenderse en su dirección buscándole, pero cayó, tropezando contra su rodilla.

Será mejor que la despiertes —dijo Aaron Gray.

Petr la sacudió suavemente. Cuando la joven abrió los ojos, parecía asombrada. Mientras se frotaba y se desperezaba, el helicóptero comenzó a describir un amplio círculo que les llevaría a Nueva York desde el Sur. La tempestad disminuía y montones de luces del suelo comenzaban a perforar la débil sábana de lluvia.

El tráfico se espesó al llegar a la ciudad y la pantalla de radar danzó con tantísimas líneas de luz que se convirtió en algo inútil.

Cerca de la ciudad Dirk Adams llevó el helicóptero hasta una altura de quinientos metros, niveló y puso el piloto automático.

—¿Qué tal va? —preguntó Petr—. ¿No hará esto de volar por este camino tan tranquilo, más fácil de que nos sigan?

—Ahora no —explicó el doctor Gray—. Y menos con este tráfico. Un buen panel de radar podría localizarnos y seguirnos, pero los aparatos patrulleros en el aire tendrán tantas señales en sus pantallas como las que nosotros tenemos en las nuestras. No les será posible distinguirnos, por lo menos de noche.

—¿Cómo sabemos que el radar terrestre no nos ha localizado ya? —volvió a preguntar Peto.

—De ninguna manera —contestó Dirk Adams

—El padre de Alda se giró por completo en su asiento para mirar hacia atrás.

—Será mejor que os explique el plan ahora —dijo—. En cuanto estemos dentro de la ciudad, vamos a dividirnos.

—¡Dividirnos! ¿Es necesario, padre? —preguntó Alda.

—Sí —contestó el anciano—. Por los mismos motivos que es más prudente, ir los dos helicópteros a nueva York en lugar de uno. Con Hartog y sus hombres detrás de nuestros talones, tendremos que desparramamos lo más posible. Eso le hará más difícil la persecución.

—Cada hombre solo —dijo Peto, ceñudo—. Veremos adonde empezamos.

—Vosotros no estaréis solos —dijo Aaron con tranquilidad—. Cada cual de vosotros aporta & otras personas, y lo que otras personas hagan afectará vuestra vida —se detuvo—. Eso nos da otra razón para desparramarla, debemos tener en cuenta la posibilidad de un traidor.

—Bueno —exclamó Peto—, sí hay un traidor, ¿no será ofrecerle con eso una oportunidad dorada para denunciamos a todos?

—Posiblemente es lo que queremos, Peto —dijo el anciano con una débil sonrisa—. En cualquier caso, seréis desembarcados en parejas, lo que nos dará una oportunidad para mantener una especie de control. Alda y tú juntos y Joe y Dirk, yo tripularé el helicóptero solo —entregó a Petr un mapa pequeño—. Naturalmente que tomaremos nuestras precauciones. Ninguno de nosotros sabrá donde ha de ir, para que nadie pueda traicionar esa información. Este es el plano de las calles de Nueva York tiene cinco puntos de reunión señalados en azul. Aprendéroslos de memoria. Los círculos rojos demuestran los lugares en donde podéis esconderos con relativa seguridad. Tendréis que acordaros de eso.

—¿No podemos llevarnos el mapa? —preguntó Petr.

El anciano sacudió la cabeza.

—Será destruido antes de aterrizar.

Mientras Petr y Alda se inclinaban sobre el mapa, Gray entregó otra copia a Joe Hurley.

—¿Cómo estableceremos contacto en estos puntos de reunión? —preguntó Petr.

—Las horas de posible contacto están indicadas en cada lugar —aclaró el doctor Gray—. Debéis estar exactamente en la hora

marcada. Habrá gentes buscándoos. En cuanto yo establezca contacto por mí mismo os daré órdenes a vosotros por medio de los hombres de nuestras zonas. Si no es posible, si me cogen, Larry Roed lo hará. Él es el único además de vosotros mismos, él sabe qué puntos de reunión han sido señalados.

—¿Y si nadie se pone en contacto con nosotros? —preguntó Joe Hurley.

—Eso ocurrirá si sólo hay peligro de que el contacto sea observado. Es cuestión vuestra aseguraros de no ser seguidos. Si no podemos hacer contacto en la hora marcada en un lugar ir al siguiente.

En silencio estudiaron los mapas.

Cuando hubieron terminado vieron como Aaron Gray les prendió fuego sobre el panel de instrumentos y alentaba las cenizas. Apenas aún estaban éstos volando por los aires cuando el helicóptero volaba por encima del corazón de Nuevo York.

Las cúpulas relucientes de los nuevos edificios oficiales en la reconstruida ciudad se extendían debajo de ellos como un campo de hongos, produciendo ahora bajo la capa de lluvia. En la distancia el muelle tenía un resplandor más oscuro y precisamente por debajo de ellos los signos relampagueantes de los luminosos del barrio de diversiones deletreaban un torpe e indescifrable mensaje.

Dirk Adams se ocupó de los controles de nuevo y avanzó en circular a un campo de aterrizaje público, en espera de encontrar una abertura del tráfico. Cuando se produjo, hizo una señal y empezó a descender en línea vertical antes de que las ruedas del helicóptero saltaran sobre el pavimento, Petr tenía abierta la puerta y estaba esperando para saltar.

—Buena suerte —exclamó el padre de Alda—. Nos volveremos a encontrar dentro de veinticuatro horas.

3

La lluvia era ligera ahora, pero incesante, el diluvio anterior había dejado grandes charcos en el campo de aterrizaje. Para cuando Petr y Alda llegaron a la rampa más cercana y comenzaron a bajar con dirección al nivel de peatones, estaban mojados por completo, incluso el sótano protegido daba la situación de humedad y frío.

Aquel nivel no estaba atestado de gente. Se extendía lejos tanto como podía verse por debajo de la ciudad, con sus calles rotas por filas de tiendas, naves y restaurantes de enormes montañas tridimensionales, atraía la atención de los espectadores. Petr cogió a Alda del brazo y siguió las flechas que indicaban el camino del barrio de diversiones.

—Uno de esos escondites es un tele-cuarto que funciona toda la noche —dijo Petr—. Está solo a unos cuantos minutos de aquí .

—¿Sabes el camino? —preguntó Alda—. Jamás he estado en esta zona.

—He pasado un par de vacaciones por aquí —dijo Petr. Sonrió —. Conozco bien el barrio de diversiones.

La mano de Alda apretó con fuerza el brazo de él

—¡Apuesto a que sí!

Un amplio plano de escalones partía del nivel de peatones en dirección a «La Gran Vía Blanca», el enorme círculo de grandes politeatros, bares, casas de exhibición pornográfica, burdeles y locales de boxeo y lucha en donde la vasta población del mundo del Jefe, la de su ciudad Número Dos, además de los millones de turistas del interior y de la otra parte del océano, encentraran esparcimiento en las arcaicas emociones de un mundo artificialmente engendrado.

La lluvia volvió a caer sobre ellos antes de que llegasen a la abierta plaza. Sus impermeables les dieron protección a sus cuerpos contra el frío cortante y amargo, pero el gotear incesante les humedeció las caras, corrió por sus cuellos y al cabo de un momento empapó sus piernas por debajo de la línea del

impermeable.

Petr hizo visera con la mano para evitar que la lluvia le entrase en los ojos y examinó la plaza hasta encontrar al «Victory», un teleteatro que funcionaba toda la noche y que estaba señalado con rojo en el mapa. Pero a pesar de su deseo de salir de la lluvia lo antes posible, pensó que sería mejor no ir directamente hacia aquel local.

Había un par de turistas a los que llover era un mal menor en comparación con la emoción de aquella gloria resplandeciente que se ofrecía en las casas de espectáculos, Petr y Alda comenzaron a rodear la gran plaza. Por tres veces entraron en bares sucios y lóbregos, cada vez salieron por cualquier salida lateral. Por último Petr compró dos entradas para una casa de exhibiciones, al lado opuesto de la plaza en que se hallaba el «Victory». Con Alda estuvieron un rato en el mostrador de caramelos del vestíbulo, estudiando los rostros de los que formaban la cola de las entradas y viendo, después lo que hacían, si se dedicaban a seguirles. Después de unos cuantos minutos salieron otra vez a la calle. Alda permaneció mirando un escaparate de una librería especializada en obras de acción, mientras Petr examinaba el vestíbulo. No vio ninguno de los rostros en los que se había fijado al entrar en la sala de exhibición.

—Creo que podemos decir sin temor que no nos siguen —apuntó por último.

Corrieron a través de la plaza abierta sin detener su velocidad hasta llegar a la prevención de la marquesina del «Victory». Allí fingieron ver el programa, que indicaba un drama de segundo orden, como obra principal. Petr sacó entradas de anfiteatro. Una vez sentados en la oscuridad sintió cierta bienvenida seguridad. Era improbable que los agentes del CCP los encontraran allí.

El drama tuvo lugar en el centro del teatro, «en la impresionante realidad de las tres dimensiones» como los letreros de la marquesina aseguraban, y le era familiar. Se trataba de la sórdida historia de una mujer que tentaba a un ciudadano leal para que pudiera tener un hijo sin autorización. Una vieja historia. Era raro que en su propio caso hubiese parecido esta nueva. Como escritor dramático de las opiniones sanas de la Sección de Propaganda, Petr había

escrito muchas de aquellas historias. Aquélla era como las demás, incluso en su trágico fin. La mujer, arrepintiéndose demasiado tarde, se mataba a sí misma y a su hijo, después del crimen que había causado y que arrastró inevitablemente a su amante hasta el arresto y la confesión. De nuevo había el toque de benevolencia del Jefe cuando el galante era sermoneado para que pudiese mostrar su arrepentimiento y era amnistiado y podía reunirse de nuevo con la novia de su infancia, la chica virgen y decente que explicaba encontraba la alegría en cualquier acto preventivo del nacimiento de niños indeseables según el mundo feliz del Jefe.

El drama tenía una nueva fascinación para Petr. Lo contempló con una angustia consciente de sus implicaciones que jamás había sentido. Se pudo dar cuenta de la repulsión que en público levantó la escena breve cuando nacía un niño legal y al mismo tiempo percibió el deseo que luchaba o peleaba la duración condicionada del disgusto. Por primera vez, vio claramente que había aquel conflicto y que precisamente al haberlo los dramas se convertían en profundamente populares, capaces de ser contados una y mil veces sin cansar. Llegaron a identificarse con arreglo a las leyes de su niñez, como deberían haber hecho los espectadores del público, se identificaban ellos mismos como criminal, experimentaban la prohibida alegría de ella, aun teniendo miedo, como ella misma, ni por un momento se preguntaban que aquello era una locura, una cosa desesperada, sino que seguía disfrutando de una viciosa noción por el planteamiento y la presentación del crimen.

Sin haber razón Petr sabía que el acto de reunión de él y Alda no era aislado, no era un crimen individual, sino un golpe asestado de cualquier otra pareja que hubiera deseado un hijo que no les permitían tener. La gente no era tan estúpida. Sus emociones no estaban tan cuidadosamente reprimidas y controladas como creían los jefes de Propaganda. Y mientras aquello fuese verdad, pensó Petr, con una brillante llamarada de excitación, el Gobierno del Jefe tendría sujeta a la gente, pero no sería tan fuerte pensaba antes. Si no se hacían preguntas acerca de los derechos de la Jefatura o de modalidad del Código de Población, hoy la inquietud no estaba profundamente enterrada, podría agitarse, salir a la superficie, estar dispuesta para una erupción. Petr conocía muchísimo acerca de la

propaganda y sabía cómo era posible lograr aquélla. En aquellos momentos de conciencia mientras contemplaba el drama familiar del crimen prohibido, Petr se dio cuenta por primera vez de un verdadero sentido de unidad con el Movimiento Clandestino y con los incontables millones de personas que sufrían bajo el régimen del Gobierno del Jefe. Vio, seguramente a su padre, percibió lo mismo que el autor de sus días había visto y que trató de proseguir.

Alda se inclinó hacia él con los dedos aferrándose a la manga de su brazo.

—Será, mejor que me hagas el amor —dijo ella—. Somos la única pareja en toda la galería que no lo hace. Hay un acomodador mirándonos.

—No necesito ninguna excusa para esto —sonrió Petr en la oscuridad;—. Aunque es una buena razón en no querer parecer sospechosos ¿verdad?

La joven, acomodó su cabeza en el nido del hombro de Petr.

—Tenemos que hacer lo más conveniente —susurró.

El la besó con ligereza. La ansiosa respuesta de los labios de ella le sorprendió. Se acaloró en su papel de amante. Al cabo de un largo rato levantó la cabeza. Sus labios rozaron los de ella mientras susurraba.

—¿Qué tal lo hago? ¿Supones que ese acomodador está satisfecho?

—No sé lo que pensará —contestó ella en voz baja—. Pero en cuanto a mí, te estás portando muy bien.

—Pediremos una condecoración para el acomodador —murmuró Petr en la oreja de ella.

La voz estridente del locutor se oyó al fondo, contando la historia de diario, de alborotos, asesinatos y crímenes en todos los más lejanos lugares del mundo. Al cabo de un rato acabó al noticiario y un dibujo animado tridimensional se apoderó de la pantalla. Petr y Alda miraron hacia allí con gusto. Los efectos visuales de la animación tridimensional valían siempre la pena.

A mediados del segundo pase de la película principal Alda cayó dormida con su cabeza descansando en el pecho de Petr. El volvió a presenciar la familiar historia. Cuando empezó otra vez el noticiario se quedó dormido. Alda lo despertó. El tiempo parecía inmóvil en la

oscuridad del teatro y Petr no tenía idea del tiempo que había dormido, el local estaba medio vacío. Formas oscuras y desparramadas apiñadas juntas ocupaban partes distintas de la galería. Delante de ellos, unas pocas filas más abajo, el murmullo de débiles protestas y el susurrar de las botas que se hablaban de un relato familiar de resistencia y conquista. En el centro del teatro la mujer desgraciada del drama volvía a dar a luz a su hijo. Nada había cambiado.

Petr, tienes que despertarte, ya se terminó —le dijo en un susurro Alda.

—Estoy despierto —contestó Petr. ¿Qué pasa?

—Nos vigilan —dijo ella—. Hay un hombre que está en la salida de la derecha. Nos mira algunos momentos, tratando de mantenerse en las sombras y luego desaparece.

—Está ahora ahí —preguntó Petr. Todos los sentidos estaban alerta y su cuerpo perfectamente despierto.

—Sí —contestó ella—. Espera un momento.

Salió ligeramente de su asiento, aún mantenida la cabeza descansando con indiferencia en el hombro de su marido.

—Ahora se va musitó.

Petr se incorporó.

—Si nos vamos ambos nos seguirá —dijo Petr—. Me gustaría echar un vistazo primero. Para ver si conozco su rostro.

—Está demasiado oscuro —dijo ella.

—Quizá esté informando a alguien del exterior cuando desaparece —insinuó Petr—. Mira, quédate aquí y yo me deslizaré fuera ahora, mientras no está ese individuo. Intentaré dar la vuelta a esa zona. Como no me esperarán, quizá pueda echar una ojeada a nuestro amigo sin ser visto.

—Ten cuidado, Petr. Y no tardes en regresar.

La besó rápidamente. El cálido y seco beso de los labios de ella permaneció en su boca mientras salía de su asiento y subía de prisa la rampa que conducía al vestíbulo, en el rellano de detrás del anfiteatro vio una puerta lateral. Dudó. Un cartel pequeño y bien rotulado decía: «Despacho» «Prohibido el paso» Se dirigió sin vacilar hacia él y abrió la puerta.

El despacho estaba vacío. La luz gris y fría de una mañana de

invierno se filtraba a través de las ventanas. Petr rodeó un gran escritorio y se dirigió hacia ellas. Daban a un vuelo de escalones que conducían a la calle desde la salida del anfiteatro. Sobre un rellano en lo alto de los escalones, precisamente en la parte exterior de la salida, dos hombres estaban hablando. Ambos llevaban impermeable, a pesar de que la lluvia parecía haber cesado. Debajo del impermeable de uno de los individuos se destacaban zapatos de paisano y pantalones normales. El otro llevaba botas brillantes. También vestía la gorra de oficial del CCP.

Mientras Petr vigilaba, el hombre de paisano hizo un gesto con la cabeza y se volvió para entrar en el teatro. Petr divisó un instante su rostro. El oficial comenzó a descender las escaleras. Petr se aplastó contra el muro de la oficina mientras el hombre levantaba la vista hacia las ventanas. Al cabo de unos cuantos segundos Petr se arriesgó a asomarse al pretil de las ventanas. Contempló cómo la amplia espalda del oficial descendía hasta alcanzar la calle. Petr expelió su aliento despacio. Kurt Hartog se había unido a la caza.

Se apartó de las ventanas y comenzó a dirigirse a la puerta. Antes de llegar, se abrió delante de él. Un hombre grueso y asombrado, con la boca abierta se le quedó mirando.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó el gordo. La ira todavía no había suplantado a la sorpresa.

—Creí que era el lavabo —dijo Petr—. Do siento.

Comenzó a pasar junto al gordo, esperando que la sorpresa todavía le ayudara. Pero una mano sosa le cogió por el brazo.

—¡Espere un minuto! Hay un cartel en esta puerta.

Petr sonrió al rostro redondo de su antagonista,

—¿Se detiene usted a mirar los carteles cuando tiene usted prisa?

El rostro quedó inexpresivo durante un segundo. Luego se relajó en los pliegues profundos de una sonrisa.

—El lavabo está al otro extremo del pasillo —dijo el gordo—. Será mejor, sin embargo, que mire el cartel. Está también el que corresponde a las señoras.

Petr se echó a reír y salió por la puerta mientras que el gordo emitía una risita. Comenzó a cruzar el pasillo, pero nada más, oyó cerrarse la puerta del despacho, volvió con rapidez deslizándose por

la rampa dentro de la oscurecida galería. Sus ojos se ajustaron poco a poco a la súbita falta de luz, pero ya comenzaban a distinguir las formas cuando encontró su asiento.

—Ha vuelto otra vez —susurró Alda.

—Lo sé —contestó Petr—. Y también lo sabe un viejo amigo.

Ella lo miró ansiosa.

—¿Quién, Petr?

—El capitán Hartog.

Alda permaneció en silencio un momento.

—Se ciernen sobre nosotros, ¿verdad? —preguntó por fin.

—Todavía no —dijo él—. Pero están preparando el decorado. Hartog probablemente se figura que va a hacer una buena pesca.

—No podemos entrar en contacto con nadie mientras nos vigile —dijo Alda—. ¿Cómo te imaginas que han logrado descubrimos en este teatro?

—Somos nuevos en este asunto —contestó Petr—. Quizás mis pequeñas jugarretas de anoche para deshacemos de cualquier posible seguidor fueron demasiado evidentes y nos traicionaron. O quizás es que nos siguieron desde el instante en que aterrizamos. No lo sé. Podría ser que el acomodador hubiese dado un informe acerca de una pareja sospechosa y que aquello tuviera un significado especial para Hartog. Evidentemente ha venido aquí para dirigir las operaciones en persona.

—¿Somos tan importantes?

Petr se encogió de hombros.

—No por nosotros mismos. Pero Kurt tiene interés personal en nosotros, no te olvides. Si puede combinar el placer de la venganza con una gran derrota al Movimiento Clandestino, estará satisfecho del tiempo empleado.

—Petr... —ella dudaba—. ¿Ha podido enterarse de que íbamos a venir aquí, a este teatro?

—No sé cómo —contestó con lentitud—. Pero sí lo sabía. Había otras ocho personas, contando a Aaron Gray, quienes podían haber deducido, además de las cinco personas del otro helicóptero que podían tener una idea en donde estaría el primer campo de aterrizaje. Y el corazón de la ciudad era el /sitio más lógico.

El drama dimensional del centro del teatro seguía adelante

mientras hablaban. Petr dirigió una ocasional mirada a la salida en donde el agente de paisano acechaba. Si no hubiese sabido que se encontraba allí ya lo habría visto. Tal y como estaba parecía sólo una zona en las sombras que le circundaban. Los ojos de Alda habían sido lo bastantes agudos para distinguirle, a menos que aquel hombre no hubiese salido demasiado en un momento de descuido.

—Tengo una idea —dijo Petr—. Kurt tendrá, vigiladas todas las salidas. Sólo hay una que puede que no tenga nadie apostado en el exterior.

—¿Qué quieres decir?

—Aquella en que nuestro vigilante trata de ocultarse ahora —contestó Petr—. Si podemos salir por allí, por esa puerta, y si el mismo Hartog en persona no está abajo, quizá pudiésemos escapar.

—¿Pero cómo, cariño?, no podemos salir por su lado tranquilamente.

—Espera —dijo Petr—. Espera hasta que vuelva a salir a dar su informe.

Siguieron fingiendo hacerse el amor, de modo que Petr podía mirar por más allá de la línea de rosa de la mejilla de Alda sin que pareciera vigilar. Mantenía los ojos fijos en la salida. Sabía que allí tenía que haber dos puertas; de otro modo la luz se vertería en el interior cada vez que abrieran la puerta del anfiteatro. Eso significaba un pequeño vestíbulo entre los dos accesos. Si había deducido bien…

La sombra oscura se agitó. Petr, esforzando los oídos, percibió un débil chasquido producido al cerrarse una puerta.

—Espérame aquí —dijo—. Vigila la salida—. Te haré una señal.

Alda comenzó a protestar, pero Petr ya se apresuraba a recorrer la fila de asientos vacíos hacia el lateral del teatro. Caminó sin dudas hasta la salida. Puso el oído en la puerta y no percibió nada. Sus dedos se cerraron alrededor de la culata de su paralizador portátil que era su única arma, y entonces abrió la puerta.

Había un pasaje cuadrado de metro y medio de lado entre la puerta interior y la exterior… Estaba vacío. Petr cerró la puerta interior tras él y se aplastó contra la pared de modo que cuando abriesen la exterior él quedase tras ella.

Los segundos pasaron. Petr se dio cuenta de que tenía una especie de garra arañando su estómago. Un nervio comenzó a saltar en su pierna. La palma de la mano se le volvió húmeda en el lugar en donde aferraba el paralizador. Se humedeció los labios secos con la punta de la lengua.

La puerta se abrió bruscamente, inundando el pasaje de luz. Petr vio cómo los ojos del que entraba se abrían por completo al encararse con él. Lanzó el peso de su peso contra la puerta y la cerró con violencia. El hombre de paisano lanzó su mano hacia el bolsillo… Y Petr golpeó.

Todo su brazo se estremeció con el impacto. El hombre cayó sin murmurar el menor sonido, con la mano metida en el bolsillo. Petr se le quedó mirando, pero la desmadejada figura no se movió.

Petr abrió la puerta que conducía al anfiteatro. Hizo un gesto en dirección a Alda. No le vio al principio, pero luego su esbelta figura comenzó a destacarse en el pasillo en dirección a él. La cogió del brazo y la metió en el pasaje, cerrando la puerta tras ella.

—Aquí comienza la diversión —exclamó Petr.

—Por todo lo que sé Hartog puede estar al pie de la escalera.

Alda miró hacia el cuerpo inerte. Pasó por encima con cuidado.

—Estoy dispuesta —dijo.

Petr entreabrió la puerta. Una bocanada de aire frío se deslizó a través de la abertura, chocando contra su cara. No había nadie en el descansillo del exterior de la puerta. Petr aspiró profundamente y salió. Miró el largo tramo de escalones que conducía a la calleja. Estaban vacíos.

—Vamos —dijo.

Alda salió y le siguió bajando las escaleras hasta el callejón. Sus pies se posaron en el pavimento sólo a cinco metros de la plaza, ya llena de personas que se inclinaban para protegerse del viento mañanero mientras se dirigían al trabajo. Petr no vio a nadie que les vigilara mientras el mejor camino era el más despejado… Meterse bajaban y cuando llegaron al fondo decidió que directamente en la atestada plaza.

Cogió a Alda del brazo, caminó recto saliendo de la calleja y volvió a la izquierda en la plaza. Caminaron con viveza sin volverse atrás. Delante de ellos las multitudes de la mañana se derramaban

desde la plaza en las amplias escalinatas que conducían a la rampa inferior destinada a los peatones. Cuando llegaron a la escalera, Petr miró una vez por encima de su hombro en dirección al mar anónimo de rostros. Luego bajaron decididos… hacia la gran red subterránea del metropolitano.

4

Más tarde, aquella misma noche, dos figuras se deslizaron furtivas a lo largo del enorme público en Long Island. A medio camino del muelle se detuvieron en donde una navecilla pequeña de placer, con el nombre semi-borrado de «River Rat» pintado en su popa, se balanceaba en las aguas del puerto. Subieron a bordo y desaparecieron dentro de la pequeña cabina. Había dos literas. Las dos figuras se derrumbaron en ellas. Permanecieron inmóviles, agotadas, exhaustas.

Algún tiempo más tarde Petr se despertó bruscamente. Durante unos instantes no supo dónde estaba. Escuchó tenso. El agudo repiquetear de unas botas despertaba ecos en la noche. El sonido se hizo mayor mientras escuchaba.

Gradualmente el recuerdo del infructuoso día de errar por la ciudad le volvió... Era una masa amazacotada de fuga y fracasos, era el tener que darse cuenta de que debían haber sido seguidos y que los hombres con quienes tenían que establecer contacto pertenecientes al Movimiento Clandestino no se atreverían a acercárseles. No era posible poner en peligro a todos por el bien de dos personas simplemente.

Los pesados pasos en el muelle de madera parecieron pasar directamente por encima de la cabeza de Petr. Se acercó a un pequeño ojo de buey que había encima de su camastro. Podía divisar una parte del muelle y así le fue posible contemplar cómo las piernas de un patrullero uniformado pasaban de largo. Al cabo de un momento regresaron y el taconear de las botas pasó una vez más de largo de la cabina y se retiró hacia la calle. Petr cruzó el lugar. Inclinándose sobre la litera de Alda miró a través del ojo de buey de aquel lado hasta que el alto patrullero se acercó a la calle y desapareció de su vista.

—¿Qué ocurre, Petr?

Alda se sentó con un sobresalto. Petr se inclinó sobre ella y sus dos labios se dieron un beso. Luego la besó en la frente.

—Todo va bien —dijo—. Sólo era un patrullero del muelle

haciendo su ronda.

—¡Oh! —exclamó Alda—. Me dormí.

—Yo también —dijo Petr—. No hemos sido muy listos. Uno de nosotros debería de haberse quedado despierto mientras el otro estaba durmiendo.

—Ahora estoy descansada —apuntó ella—. Duerme tú, cariño.

El sacudió la cabeza.

—No. Tú necesitas el descanso más que yo. Te despertaré un poco después, así que podrás relevarme.

La empujó para que se acostase en la litera. Alda inició una breve protesta, pero finalmente se dejó caer cansada.

—Estoy agotada —dijo—. Pero no te olvides de despertarme.

Un momento después su respiración era profunda y uniforme. Petr volvió a su litera y se sentó con la espalda apoyada contra la pared de la cabina. Escuchó cómo las ondas lamían suavemente las amuras del bote y trató de arrancarse aquella sensación de desamparo que le producía la fatiga y el conocimiento exacto de cuál era su situación. De un modo increíble el CCP se anticipaba a cada movimiento. Petr sabía que eran libres de moverse sólo mientras Hartog y sus hombres se contentaran con vigilar y esperar, confiando en que las desamparadas víctimas les condujeran hasta los demás.

Los tristes pensamientos de Petr se vieron interrumpidos de repente. Se encontró escuchando el abofeteo de las olas contra el bote, que se mecía gentil, acompasando el movimiento del agua. Se preguntó por qué había vuelto a percibir aquel sonido. El rítmico entrechocar del agua se había convertido en una especie de escenario sonoro de sus pensamientos, algo que se oía y que no se escuchaba. Escuchó con sumo cuidado. Luego oyó el chasquido seguido por un ruido parecido al hundir una pala en el agua. Era un remo.

Atisbó por el ojo de buey que daba al final del muelle y a la bahía de más allá. No veía nada a excepción de la masa de las naves apiñadas juntas entre él y el mar abierto, sombras oscuras que se destacaban contra la reluciente agua. Esperó. El sonido se produjo de nuevo, muy cerca.

Cruzó la cabina. A través del ojo de buey del otro lado podía ver

un ángulo del muelle mientras quedaba perpendicular a la calle y más botes balanceándose con suavidad. Abrió todavía más el, ojo de buey. De repente el muelle pareció lleno de sonidos… El susurrar del agua, el chasquido de la madera, el rechinar de las cuerdas. Y fuera de aquel bajo clamor el deslizarse de la estructura de una embarcación pequeña.

La mano de Petr se cerró sobre la culata de su paralizador. El bote avanzó hacia él a través de una corta extensión abierta de agua, durante unos cuantos segundos dejó el cobijo de sombras de los botes atados al muelle. Al mismo tiempo el chapotear de un bote en el muelle le llegó claro y diferenciado. La lanchita dio un giro brusco, un remo se introdujo profundamente en el agua. Los pasos precisos del patrullero repiquetearon más audibles y los remos permanecieron quietos. El bote vagó en las sombras de la base del muelle. Petr oyó un roce casi inaudible cuando la proa tocó las pilastras de madera. Sus dedos se relajaron en el paralizador. El hombre que se aplastaba contra el fondo del pequeño bote debía ser amigo.

El patrullero pasó andando sin detenerse. Sus pasos se desvanecieron al fin del muelle en donde quedaron inmóviles durante un momento, luego volvió. Petr escuchó sin moverse. Los pasos cruzaron por encima de su cabeza, las piernas del patrullero entraron en su campo de visión, surgió la alta figura. Caminó adelante, hacia la calle.

La masa de una nave ocultó la figura cuando llegó hasta la entrada de la avenida, pero Petr pudo ver una parte de la calle y la línea de almacenes en donde anteriormente había estado escondido. El compañero del patrullero no tardaría en venir por allí.

El hundirse de un remo en el agua hizo volver su atención a la lanchita. Se movía en silencio hacia él. Petr pudo ver un rostro viendo por encima de su hombro, mirando hacia el ojo de buey. Un momento más tarde la lanchita estaba rozando el muelle y el hombre la ataba a la proa del «River Rat». El hombre permaneció erguido y mirando hacia tierra. Petr siguió su mirada. Vio acercarse al segundo patrullero a lo largo de la línea de almacenes. En apariencia el hombre de la lanchita no podía ver lo que veía Petr. Comenzó a subir a bordo del «River Rat».

—¡Espere! —susurró Petr.

La palabra sonó como un grito. La figura de la lanchita se quedó en medio de un movimiento. Colgó suspendida, como una figura de una instantánea, con un brazo extendido hacia la proa de la nave, una pierna alzada descolocada sobre una cruceta de debajo del muelle.

Petr volvió a mirar hacia la calle. Ahora se divisaban los dos patrulleros, conversando. Pasó un largo minuto. Por último se separaron las dos figuras uniformadas. Una salió del campo de visión yéndose al Sur a lo largo del muelle. La otra vagó un momento, indecisa, y luego se alejó, dando la espalda a los embarcaderos.

Petr esperó hasta estar seguro de que los dos patrulleros estuvieran lo bastante lejos. Luego dijo:

—Está bien.

—¿Qué pasa, Petr? —preguntó Alda. Su voz era turbia a causa del sueño—. ¿Qué pasa? —repitió.

Tenemos un visitante —contestó Petr.

Oyó el roce de un zapato contra la cubierta del bote. Luego pasos rápidos muy cerca de la puerta de la cabina. Se adelantó y la abrió.

El hombre entró y Petr cerró tras él. Se miraron en silencio, en la oscuridad. El individuo se volvió hacia Alda.

—¿Podemos tapar el ojo de buey? —preguntó el hombre. Su voz era baja, apacible y familiar.

—Claro —contestó Petr.

Cogió una manta de su litera y la colocó atravesada por encima del ojo de buey. Hizo la misma operación en el otro lado. Cuando retrocedió la luz salió de la placa de vidrio de la muñeca del otro hombre. El individuo volvió el rayo luminoso a su rostro.

—Soy Larry Roed —dijo. Las palabras se mezclaron con el respingo de Petr al reconocerle.

5

Incluso con los ojos de buey tapados por las mantas no parecía prudente utilizar luz en la cabina. Petr y Alda se sentaron juntos en una de las pequeñas literas en la oscuridad, escuchando la historia de Roed. El recién llegado ocupó la litera opuesta.

Roed había sido enviado en busca de Petr y Alda cuando llegaron informes de que eran seguidos por agentes del CCP y los hombres del Movimiento Clandestino local tenían miedo de establecer contacto con ellos. La impresión era, admitió Roed, que Petr y Alda debían escaparse ellos mismos o dejar que les siguiesen de punto a punto. El trabajo de Roed era descubrir un modo de ponerse en contacto con ellos sin ser admitió Roed, que Petr y Alda debían escaparse agentes de vigilancia del CCP.

Joe Hurley y Dirk Adams habían establecido contacto la noche anterior, mientras Petr y Alda dormitaban en la falsa seguridad del anfiteatro del Victory.

Los dos hombres habían utilizado uno de los, puntos de contacto que Petr y Alda habían probado sin éxito durante el día. Aaron Gray había abandonado el helicóptero en la ciudad y, siendo familiar personalmente con las figuras clave del Movimiento Clandestino local, no tuvo que emplear los planeados puntos de contacto.

—Sospecho que en realidad somos como aficionados —dijo Petr de mala gana.

—Eso es lo que creímos —asintió Roed—. Ahora yo les conozco mejor.

—¿Qué quiere usted decir?

—Los localicé a primera hora de esta tarde en Parque Central, en el punto de contacto allí establecido. Ustedes fueron vigilados por dos hombres no identificados además de los miembros del Movimiento Clandestino. Pero se me perdieron dos veces durante esta tarde y sé que también perdieron a los agentes del CCP.

—¿Entonces, cómo nos volvieron a localizar otra vez?

—Del mismo modo que yo —dijo Roed con tranquilidad—. Cubriendo el punto de contacto más próximo al lugar en donde me

despistaron.

Petr frunció el ceño.

Oyó a Alda decir:

—No lo entiendo —y al mismo instante comprendió.

—Han visto el mapa —dijo.

—¿Nuestro mapa? —preguntó Alda—. ¿Pero cómo han podido?

Reed dudaba.

—Tengo una idea —dijo—. De cualquier modo sé que cada uno de los puntos de contacto que están señalados en el mapa estaba cubierto por agentes del CCP.

—Debe haber una filtración en el Movimiento Clandestino local —apuntó Petr.

—No —contestó Roed—. Además del agente que llevé conmigo en mi helicóptero y los de su grupo, sólo un hombre podía saber todos esos puntos de contacto… Jack Duclos, jefe local del Movimiento Clandestino. Y está por encima de toda sospecha. Los demás agentes de la ciudad recibieron misiones específicas sólo refiriéndose a un particular punto de contacto.

—¿No han podido robar alguna copia del mapa? —preguntó Alda.

La cabeza de Roed se movió de lado a lado, formando una sombra oscura recortada sobre la pálida cortina que cubría el ojo de buey.

—Todas las copias fueron destruidas. Sólo el doctor Gray y yo teníamos ejemplares y no salieron de nuestras manos.

—No veo cómo han podido traicionarnos alguno de nuestro grupo —dijo Petr lentamente.

Roed sonrió.

—Un buen agente de nuestro Movimiento nunca parece capaz de traicionar. En cuanto a las personas que hablaron conmigo… bueno, he trabajado con Harry Barton durante años. Confiaría en él. Ya lo he hecho… Le confiaría hasta mi vida. Tino, el batería, desembarcó con él, así que uno y otro se cubrieron, excepto el doctor Gray y yo mismo, como pueden ustedes ver, todos los demás fueron desembarcados en parejas. Eso significaría que hay dos espías.

—¿Y qué pasó con Rod y Geri Hunter? —preguntó Petr.

Reed permaneció en silencio durante un rato..

—El Movimiento Clandestino exige sacrificios extraños —les dijo —. No conozco a nadie que haya renunciado a más de lo que han renunciado ellos.

Le tocó el turno a Petr de quedarse silencioso. Pensó en que el joven tenía que aparecer en cada exhibición pública con su hermosa esposa. Eso hubiese sido más soportable de no haberla amado. Luego la danza del amor podría haber sido un trabajo indiferente, una parodia sin pasión y sin dolor.

Notó cómo Alda se apretaba contra él estremecida.

—Petr me contó lo del baile aquella noche y de cómo el batería le avisó a usted de que mi marido se escabulló por detrás de la cortina. —dijo.

—La representación era un tapadillo perfecto —contestó Roed —. Son capaces de ir de sitio a sitio sin levantar la menor sospecha.

—Seguramente son leales —comentó Alda—… No podrían seguir adelante de otro modo.

—Nunca nos han dado motivos de dudar de su lealtad —afirmó Roed—. Pero uno de nosotros debe todavía mayor lealtad a… nuestro Jefe. El hecho de que el CCP haya tenido acceso a la información acerca de nuestro mapa de contacto es prueba bastante e indudable. Debemos comunicárselo al doctor Gray.

—Ya se lo sospechaba —dijo Petr.

—Ahora tenemos pruebas.

—¿Por qué no se fue directamente a él en cuanto usted se dio cuenta?

—Vi una posibilidad de ayudarles a ustedes dos —dijo Roed despacio—. Después de todo, esa es la misión que me habían encomendado. La oportunidad era muy posible que no se volviera a presentar de nuevo. Quizá es un riesgo que no debería de haber corrido. Tendrán ustedes que justificarme cuando les lleve a lugar seguro.

Petr dudaba.

—¿Ha decidido usted que no somos los traidores?

—No se decidido tal cosa —respondió Roed—. Pero hasta que no tenga pruebas de que lo son, estoy dispuesto a ayudarles.

Permanecieron sentados en la oscuridad de la cabina, mientras la lanchita oscilaba al compás del agua. Y Petr vio que la noche en

el exterior se volvía gris, se iluminaba. Ahora podía percibir con debilidad los contornos aristocráticos de Larry Roed.

—Pronto amanecerá —dijo Petr—. Si usted tiene alguna clase de plan para sacamos de aquí, deberíamos ponerlo en práctica en seguida.

—Esta nave está vigilada —dijo Roeda—. Espero que no me hayan visto acercarme .

—Esta es la cuestión —dijo Petr—. En la oscuridad tenemos una oportunidad. Pero...

—Quiero que me vean cuando me marche —anunció Roed—. Es la única posibilidad que tienen ustedes...

—¿Nuestra única posibilidad?

—Sí. Yo me iré primero. Miren. En cuanto haya bastante luz para que vean la lanchita mientras me marcho de aquí, entonces partiré. Yo arreglaré la lona del bote para que parezca como si hubiese dentro dos personas.

—Así cualquiera que vigile creerá que Alda, yo le acompañamos.

—Esa es la idea. Por eso es por lo que no tengo prisa. Ha de haber bastante luz para que vean partir el bote con claridad, pero no lo suficiente para que puedan darse cuenta de que una sola persona lo tripula.

—¿Y no habría posibilidad de que los tres nos fuésemos en el bote antes?

—Sería demasiado riesgo —dijo Reed—. Llegar aquí sin ser vistos ha sido bastante riesgo.. Regresar, con tres en el bote, sería pedir demasiado.

—¿Qué haremos nosotros? —preguntó Petr.,

—Esperar dos horas. Entonces salgan. Si mí. treta da resultado no habrá agentes del CCP para verles partir.

—Eso nos coloca en donde estábamos al principio —dijo Petr—. Todavía no hemos conseguido ponemos en contacto con el Movimiento Clandestino local.

—Vayan derechitos al Hotel Malthus. Les han preparado a ustedes un punto especial de contacto en el piso de la farmacia, a un lado de la rampa de peatones. Entreguen esta receta en el mostrador.

Dio a Petr un trocito de papel y había luz suficiente para que

viese que se trataba de la receta de un médico con garabatos ininteligibles.

—Si esta receta cayese en manos que no fueran las apropiadas —acabó Reed—, le entregarían sólo una botella de jarabe para la tos.

—¿No es peligroso el Hotel Malthus? —preguntó Petr—. Lo suelen visitar muchísimo los oficiales del CCP. Nos meteríamos derechitos en la boca del lobo.

—De acuerdo que tendrán que mantener los ojos bien abiertos —contestó Roed—. Pero hay ciertas ventajas en estar en donde nadie espera se encuentren ustedes.

—¿Y qué le pasará a usted? —preguntó Alda—. El CCP le seguirá ahora. En cuanto descubran que usted no nos lleva a Petr y a mí consigo...

—Déjeme eso de mi cuenta —dijo Roed. Y mostró los dientes mientras sonreía—. Tengo algo más de experiencia como fugitivo de la que tienen ustedes.

—Se está poniendo en peligro por ayudamos a escapar—exclamó Petr lentamente.

—Ordenes son órdenes, ustedes ya lo saben —contestó Roed—. Me dijeron que les encontrase a ustedes y que les llevase sanos y salvos con los demás. Y tengo otro motivo. Separándonos, tenemos mejor ocasión de informar al doctor Gray que el CCP ha tenido acceso al mapa •de contactos y que todos los puntos están siendo cubiertos. Si yo no consigo llegar hasta él con ese informe, quizá lo logren ustedes.

Petr miró hacia la esbelta figura. El sacrificio personal, pensó, era un arma de dos filos. Podría volverse contra uno, si uno hacía el sacrificio. Podría también ayudar a uno.

—No me gusta —dijo—. Una vez sepan que les hemos engañado no se contentarán simplemente con seguirle.

Roed se puso en pie y se desperezó lánguidamente.

—No hay tiempo de discutir —dijo—. Como antes le anuncié, en este asunto hay que aprender a recibir órdenes. Y creo que ya es hora de que me vaya.

—¿Qué podemos hacer?

—Sólo aguardar y vigilar.

Reed se dirigió a la puerta de la cabina y miró al exterior. Luego, se volvió hacia ellos y a la luz de la madrugada le volvieron a ver sonreír.

—Hasta la vista —les dijo.

Se deslizó por la proa de la nave y bajó por la amura. Petr le contempló a través de la puerta abierta, cuando Roed hubo desaparecido en el lateral del barquito, Petr cerró la puerta y se encaminó al ojo de buey que miraba hacia la costa.

—¿Qué es lo que hace, Petr? ¿Puedes verlo?

—Acabo de descubrirlo —dijo—. Está alzando la lona.

Vigiló mientras la umbrosa figura se instalaba en el bote, sacaba los remos y se alejaba. La lancha se deslizó silenciosa por encima del agua. Luego los remos se hundieron profundamente y el bote salió a la zona descubierta, lejos de la sombra protectora del muelle. Cortó en dirección, ¡hacia la playa y Petr pudo ver cómo la figura oscura se levantaba y se abatía siguiendo el ritmo de su remar. En el breve espacio de segundos la lancha se perdió en la sombra negra cerca de la línea de la costa. Petr se esforzó por vislumbrar algún resplandor de movimiento a lo largo de la recortada playa. Por último desistió.

—¿Crees que le han visto? —preguntó Alda.

—Me parece que no han podido por menos que verle, a menos que estuviesen durmiendo —se agarró a un débil hilo de esperanza —. A pesar de que estuvo únicamente en la zona descubierta del agua pocos segundos.

—Pero si no lo ven, entonces seguirán esperándonos a nosotros.

—Naturalmente que sí —dijo Petr con voz opaca—. Naturalmente que sí.

* * *

La fría luz de la mañana de invierno entró a través del ojo de buey como un foco grisáceo. Gradualmente comenzó a alzarse el marmullo de. un sonido en el agua. Se oyeron pisadas en el muelle y el aire se hizo vivo con movimiento hasta que, mirando fuera, Petr pudo ver rápidas corrientes de tráfico entrelazándose con precisión familiar. Poco antes de las dos horas hicieron otra fútil

búsqueda de la cabina tratando do hallar cápsulas alimenticias. A las siete en punta Petr abrió la puerta y salió con indiferencia a. cubierta. Alda le siguió.

Miraron a su alrededor. Un pescador trabajando en una nave cercana les vio y les sonrió. Les hizo un gesto con la mano y Petr se lo devolvió. Rodeó con el brazo la cintura de Alda y la ayudó a subir al muelle. Caminaron despacio, y Petr se quedó sorprendido al encontrar que no tenía ninguna gana de echar a correr. La mañana parecía fría, triste e inocente.

Treinta minutos más tarde estuvieron fuera, de la entrada lateral del nivel de peatones en el Hotel Malthus, precisamente enfrente de la farmacia. Petr entró solo y se dirigió al mostrador de la parte interior. Un hombre delgado y moreno le miró sin interés. Petr le entregó la receta.

El hombre le echó un vistazo, asintió y desapareció dentro de la trastienda. Petr esperó semi-consciente, contemplando a los clientes que entraban y salían de la farmacia. Unos cuantos momentos más tarde el hombre delgado regresó con una botella conteniendo un líquido verde-lechoso y una etiqueta con dos series de instrucciones escritas en ellas.

—Será mejor que compruebe las instrucciones antes de marcharse —dijo el hombre delgado—. Se encogió de hombros—. Son sencillas, pero...

El primer párrafo de instrucciones dijo a Petr que se tomase una cucharada cada cuatro horas durante un período que no pasase de cuarenta y ocho horas. El segundo grupo de líneas le dirigía hacia las escaleras traseras del vestíbulo inferior del Hotel Malthus, indicándole que subiese hasta el piso sexto y desde allí tomase un ascensor automático hasta el piso 31... habitación 3.107.

Mientras Petr recordaba el número y las instrucciones, lo escrito comenzó a borrarse. Volvió a leerlo. Cuando hubo acabado se había borrado por completo y sólo quedaba un juego inocente de instrucciones en la etiqueta.

Petr sonrió al hombrecillo delgado y se alejó. Se metió el frasco de jarabe para la tos en el bolsillo.

Condujo a Alda limpiamente a través del vestíbulo inferior del Hotel Malthus y llegaron juntos hasta una puerta de vidrio en la

parte trasera que daba a una escalera de servicio. Comenzaron a subir las escaleras. Antes de llegar al piso tercero las piernas de Petr le parecían de plomo y de goma. Alda tuvo que descansar en el piso quinto, pero al oír un movimiento en el vestíbulo más allá de la puerta de vidrio les obligó a hacer un esfuerzo final. Llegaron al piso sexto, jadeando, sin aliento, y descansaron sentados en los escalones.

—No estoy acostumbrado a subir escaleras —dijo Petr—. Pero hay un consuelo. Nadie está acostumbrado tampoco. No hay ninguna persona que utilice estos chismes.

—Es que no hemos comido mucho últimamente, Petr —dijo Alda—. Quizá es que estemos débiles.

Cuando su respiración fue más normal, atravesaron la puerta de vidrio metiéndose en un pasillo alfombrado. A una distancia de dicho pasillo había mía fila de ascensores automáticos. Petr oprimió un botón y uno de ellos apareció casi al instante.

—31 —dijo Petr cuando estuvieron dentro.

El ascensor les condujo arriba y segundos más tarde una luz brilló en el panel de números: treinta y uno. La puerta se abrió sin ruido.

Un anciano salió de otro ascensor cerca de ellos. Corrió a lo largo del vestíbulo hacia ellos y dobló una esquina. Petr siguió las flechas de la derecha y encontró la puerta marcada con el 3.107. Llamó.

Aaron Cray abrió la hoja. Tras él, mirándole con ojos soñolientos y grandes, usando sólo un. camisón transparente estaba la bailarina, Geri Hunter. El doctor Gray no dijo nada, pero su mano se extendió para coger a Alda y meterla en la estancia. Petr entró tras ella y la puerta se cerró con presteza.

En aquel momento Alda se desmayó en los brazos de su padre.

6

Cinco pisos completos del hotel, desde el veintisiete al treinta y uno, habían sido ocupados por la Antigua de Maltusianos que celebraban su convención anual en el Club 200.

Ningún oficial del CCP o investigador del hotel estorbaron la diversión en aquellos pisos. Las habitaciones habían sido reservadas por Aaron Gray bajo otro nombre.

En un cuarto, el dormitorio, Alda yacía, con el rostro blanco apoyado contra la almohada. Su padre entró en la habitación y Petr desvió la vista de la cara pálida de su esposa.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Petr una vez más.

—Sí —respondió el anciano.

—¿Y nuestro hijo?

El doctor Gray dudaba.

—Hay muchas posibilidades —dijo.

Petr se quedó silencioso. Miró a la puerta que •conducía a la otra estancia en donde sus compañeros de huida estaban reunidos. Recordó que amo de ellos era un traidor.

—¿No hay noticias de Roed todavía? —preguntó Petr.

—No.

—Desearía saber que actuaba por impulso propio, no bajo órdenes. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué consideraría que nuestros cuellos valían más que el suyo?

El anciano se encogió de hombros.

—Supongo que tú hubieses hecho lo mismo en su lugar.

—¿Lo cree así?

Una llamada en la puerta del vestíbulo en la otra estancia les interrumpió. El dormitorio fue. abierto con brusquedad y Dirk Adams miró hacia dentro.

—Tendrás que ocuparte de eso de nuevo —dijo Adams.

—Y el resto de vosotros entrad, rápidamente —ordenó Gray. Pasó junto a Adams y entró en la habitación principal del conjunto. Los demás le siguieron y entraron en el dormitorio, Joe Hurley, Harry Barton, Tino, Rob Hunter. La chica, la pareja de Rob aún

vestida con aquella casi inexistente ropa interior, se quedó con el doctor Gray en la habitación exterior. Los demás miraron a través de un espejo que permitía ver las cosas en un sentido y daba a la sala en donde estaba el doctor.

Aaron Gray abrió la puerta del vestíbulo.

—Eh, la diversión empieza abajo —gritó una voz.

—Se divierte uno mucho aquí también —contestó Gray. Geri se apoyó contra él y el brazo del doctor la rodeó la cintura.

Pisadas de gente que corría sonaron en el pasillo.

—¡Eh, muchachos, mirad esto! —gritó la primera voz. Los pasos se redujeron a una parada cerca de la puerta a la suite. Petr oyó silbidos y un coro trémulo de voces aprobadoras.

—¿Para qué bajar abajo? —preguntó una voz cascada y vieja, rompiendo en risas. Alguien, empujó la puerta.

—¡Oh, no, muchachos! —dijo el doctor Gray con firmeza—. Quizá más tarde. Conceded a un viejo una oportunidad...

—Escucha, estoy en el 3.130 —informó la primera voz temblona. En el siguiente, acuérdate. Soy el primero después de ti.

—Me acordaré —contestó Aaron Gray. Ya :me contaréis si hay algo bueno allá abajo.

—No te preocupes, volveremos —dijo uno de los hombres del pasillo.

Hubo otra vez el rumor de pies, susurros, más risas. Después el doctor Gray cerró la puerta y .se apoyó contra ella, escuchando. El grupo que •esperaba salió del dormitorio. Petr miró a Alda aún inmóvil en el lecho. Luego siguió a los demás despacio.

—Tarde o temprano uno de estos viejos va a preguntarse por qué ocupas tu habitación tanto rato —dijo Harry Barton.

—Acabo de darles un buen motivo —contestó •el doctor Gray. O mejor, Geri es quien se lo ha dado.

—Sí, pero, ¿qué ocurrirá cuando este individuo vuelva más tarde y diga que le toca a él? —preguntó acalorado Rob Hunter—. ¿Va usted a pedir a Geri que complazca sus sucios deseos?

El anciano sacudió la cabeza.

—No —respondió.

—Está bien, amor mío —dijo la muchacha. Se acercó hacia el joven rubio. Inconscientemente, por costumbre, se movió con un

provocativo oscilar de sus caderas—. El doctor trataba sólo de desembarazarse de los viejos. Tenía que decirles algo, cualquier excusa…

—No me gusta —dijo Rob Hunter—. No me gusta tampoco el modo que tenían de mirarte, viejos estúpidos y lujuriosos.

—En realidad no son malos —afirmó el doctor Gray con tranquilidad—. ¿Qué otra cosa, puede ofrecerles la sociedad del Jefe que les sea más bueno para ellos? Hace que el sexo sea la única comodidad deseable y luego se lo quita. ¿Cómo esperaríais vosotros que actuasen ellos cuando tratan de conseguir doscientos años y no tienen nada que recordar, nada a que mirar esperanzados?

—No significan ningún daño, tesoro—dijo—„ No pienses más en ellos.

Apartó al joven y guapo muchacho hasta el diván en la esquina de la habitación. Con los dedos le acarició… pasándolos a lo largo del brazo, jugando con su cabello, cosquilleándole el cuello.

Petr desvió y sintió una punzada de compasión por su juventud y su amor que tenía que estar vestido de la pública vulgaridad y representado para un público en infinitas exhibiciones ante grupos idénticos de viejos y de desesperados. Aquella noche estaban contratados para otro baile en el hotel. Sería el número cumbre de las diversiones en honor de los componentes de la Antigua Orden de Maltusianos… Un número que estarían esperando impacientes el año siguiente y que permitiría que los vejestorios comentasen mutuamente las incidencias dándose codacitos suspicaces.

Y mientras la joven pareja bailaba y Tino, el tambor, hacía resaltar el baile con sus ritmos atormentadores, se produciría el movimiento hacia el submarino.

Petr contempló a los jóvenes amantes, maravillándose ante la belleza de la muchacha y ante su soledad, ante también la cualidad de permanecer intocada por todos aquellos silbidos y sonrisas y ojos codiciosos. Con Rob Hunter, atormentado por el pensamiento de que su esposa era la mujer de cualquier hombre, la cosa era, diferente. Petr se preguntaba cuánto tiempo más sería capaz de soportarlo el joven. Ahora se le veía descompuesto, a punto de estallar, pasando rápidamente de la cólera a la pasión y a la constricción.

¿Sería eso lo bastante para hacerle un traidor? Petr sacudió la cabeza. ¡Cuánto le debían todos a aquellos dos y cuánto le deberían antes de que pasara la noche!

Pero parecía igualmente real creer que cualquiera de los otros era un traidor. El candidato favorito de Petr era el cínico y arrogante Dirk Adams... Pero Petr sabía que no tenía bases para aquella sospecha. Adams, por el contrario,, no hacía el menor intento por ocultar el hecho,, él sospechaba de Petr.

La realidad era que no había prueba alguna, contra nadie... Ni contra el tranquilo y silencioso Harry Barton, ni contra Joe Hurley, con todos sus defectos, ni contra Tino, el pequeño batería que siempre estaba cerca de Rob y Geri Hunter como un perro protector. Un perro agresivo y entrenado en el ataque, pensó Petr mientras le contemplaba, porque el cinturón de Tino tenía el bulto evidente de un pequeño paralizador manual al que acariciaba distraído mientras, permanecía en pie, descansando el peso de un pie al otro, o paseaba silencioso a través de la estancia para mirar por las ventanas.

Aaron Gray volvió al dormitorio en donde Alda yacía en un sueño producido por las drogas. Rob y Geri Hunter se murmuraban palabras de amor al oído en el diván mientras Tino vigilaba cerca de ellos. Dirk Adams jugueteaba con la tele-pantalla, recogiendo un pedazo de un drama, una llamada de alerta del CCP, un noticiando. El sol se hundía a la otra parte de la ciudad ,y la larga tarde llegaba a su fin.

Sólo poco antes de la puesta del sol se oyó en el corredor el desgarrado coro de voces y muchas manos llamaron a la puerta. Esta vez Aaron Gray ni respondió ni abrió. Al cabo de un Tato el anciano cedió y sus voces se desvanecieron, en una nota petulante, seguido por el coro de seres semejantes a él.

Cuando se hubieron ido el doctor Gray desapareció en el interior del dormitorio otra vez. .Al cabo de pocos minutos llamó a Petr. Alda estaba sentada en el borde de la cama, con los ojos •extrañamente negros en contraste con el blanco .rostro. Parecía muy débil.

—Mi padre está tranquilo de hacerme andar —dijo—. ¿No te parece una tontería?

—Mucho —contestó Petr. Se sentó junto a ella en la cama y la pasó el brazo por los hombros. Ella se recostó en su pecho. Petr miró a su suegro. ¿Es preciso que ande ella?

—Absolutamente —contestó el anciano—. Elevarla llamaría demasiado la atención —miró a Alda y sonrió—. Además, es bueno para ella. . Alda puede salir de la cama ya y no hay razón para que continúe.

La muchacha se puso en pie y Petr la tranquilizó

—Dejémosla descansar todavía unos cuantos, minutos —dijo el doctor Gray—. Pero mantengámosla haciendo ejercicio, Petr. No nos queda, mucho tiempo ahora.

El anciano los dejó y Petr caminó con Alda alrededor de la habitación. La permitió descansar, luego la hizo caminar de nuevo. Al cabo de un rato vio que las mejillas de la joven alcanzaban un poquito de color. Estaba descansando al borde de la cama cuando un murmullo de sonidos salió de la habitación próxima. El doctor Gray se asomó.

—Es Duclos —dijo—. Con alimentos. Comeremos, querida. Creo que ahora necesitas alimentarte.

—¿He de estar levantada de ahora en adelante? —preguntó Alda.

—Sí —le respondió—. Mejor será que te vistas.

Petr ayudó a Alda a ponerse un vestido de; viaje opaco y resistente al viento. Torpe, reaccionando a las drogas que le habían mantenido; durmiendo durante el día, la joven comenzó a. reír mientras su marido forcejeaba con el cierre posterior del vestido, tratando de ajustarlo.. Cuando hubo acabado y ella se apoyaba contra él, la risa se murió despacio. Ambos llegaron a la caja que descansaba cerca de la ventana, con una serie de tubos adosados.

—Tu padre dice que no hay que preocuparse —dijo Petr con suavidad—. Todo irá bien.

Cuando se reunieron con los demás en la habitación principal, la comida estaba ya servida en la mesa. El grupo recibió a Alda con calor, exclamándose acerca de su rápida recuperación y preparándole la silla alrededor de la mesa para ofrecerle el puesto de honor.

Allí había una especie de potaje de algas, sazonadas, mezcla de

carne y de pescado. Fue la primera vez que Petr probó las algas nutritivas y compartió con Alda una mirada de complacida sorpresa una vez las hubo probado. Se sirvieron media docena de platos diferentes, cada uno sazonado y preparado de forma distinta, mientras Jac Duclos, el jefe local del Movimiento Clandestino, y el mismo hombre delgado y moreno que recibió la receta de Petr en la farmacia de abajo, parecía sentirse orgulloso.

—Está todo preparado en nuestras propias cocinas —dijo Duclos —. ¿Les gusta?

—Es delicioso —exclamó Alda—. Jamás probé nada igual.

—Pues coma un poco de pan —dijo Joe Hurley—. Es lo mejor, se lo aseguro. Si se pusiese en el mercado sería la idea más comercial sobrevenida en la Tierra durante un siglo.

Petr sonrió y probó el pan.

—Reservo una sorpresa para postres —dijo . Duclos—. Ya verán.

Sacó una bandeja colmada de frutas secas de extraños colores y formas. No parecían particularmente apetitosas, pero cuando Petr probó una sintió una profunda impresión. La fruta era peculiarmente dulce, con una suculencia que desmentía su ajado aspecto.

—El doctor Gray, ha probado frutas de Venus antes —dijo Duclos—. Creo que esto es nuevo para el resto de ustedes. ¿Creen ahora lo que dice nuestro Jefe acerca de la imposibilidad de utilizar los alimentos de Venus?

—¿Cómo lo han conseguido? —preguntó Dirk Adams.

—Son estupendas, vengan de donde vengan, exclamó Geri Hunter. Dejó que Rob probase un pedacito de fruta que ella tenía en su esbelta mano.

—Crecieron aquí —dijo el doctor Gray—... Procedentes de semillas entradas de contrabando.

—Sí —contestó Duclos—. No fue fácil encontrar la correcta composición del suelo para ellas y el clima adecuado, pero son capaces de crecer en la Tierra. Eso es todo, lo necesitábamos demostrar.

—Si ustedes pudiesen presentar este hecho al mundo... —dijo Petr lentamente.

—Todavía no es el tiempo —contestó Duclos.

—La hora llegará —dijo el padre de Alda con tranquilidad—. Esta es la única verdad que aprenderá el pueblo. Cuando tengamos bastantes hechos y evidencias lo bastante fuertes, seremos capaces de presentar nuestro caso a la gente y de ganar. Pero sólo cuando estén acondicionados para comprender la verdad.

—Esto puede conducirnos a toda clase de cosas —declaró bruscamente Joe Hurley—. Si pensamos adecuadamente y no dejamos que nuestras mentes se cierren con cosas despreciables, con pormenores mezquinos. Todo esto puede hacemos! —mordió ansioso un fruto púrpura—. ¡Podríamos incluso presentar nuestro caso ahora al pueblo!

El doctor Gray sonrió.

—Veo que te gusta nuestra fruta —dijo.

En aquel momento se oyó un sonido en el aparato tele-receptor de una esquina del cuarto. Una imagen apareció en la pantalla, automáticamente enfocándose. El sonido también automático y la imagen significaban un boletín especial de noticias.

La imagen representaba un oficial de información del CCP. Trabajadores uniformados se asomaban al fondo en sus tareas. La cámara enfocó a un oficial del CCP teniendo un manojo de papeles en la mano. Miró a los papeles hasta que la cámara estuvo muy cerca, hasta que su rostro llenó la pantalla. Luego levantó la vista... Y Petr tuvo el impacto intensamente personal de un rostro enorme con ojos grandes que le miraban a él solamente. La voz era íntima, baja y confidencial, como un murmullo en su oído. La cámara retrocedió lentamente unos metros, rodeando el cuerpo del locutor desde la cintura para arriba. Estaba sentado con indiferencia en el borde de un escritorio, inclinándose hacia la cámara, con la cabeza agitándose para subrayar sus palabras.

—Tengo un boletín especial de noticias —dijo—. Sí, esto es muy importante... Importante para ti —la cabeza se agitó—. Hoy se ha descubierto una conspiración criminal aquí en Nueva York... Se ha descubierto y se ha destruido. Esta es vuestra ciudad —prosiguió el locutor con el rostro serio, con los ojos taladrando a los del espectador—. Esta era una conspiración contra ti.

—Este tipo es bueno —exclamó Harry Hartón.

—Es nuestro mejor locutor local —dijo Duclos—. Subirá muy

pronto en la red estatal. No puede fallar.

—No voy a pediros que me aceptéis mis palabras gratuitamente —dijo el locutor del CCP—. Merecéis pruebas. Eso es lo que vais a tener. Pruebas verdaderas. Testimonios de uno de los conspiradores.

A diferencia de la mayor parte de los locutores el hombre hablaba sin exclamaciones. Sus palabras reunían fuerza y énfasis de sus modales deliberados… Y de los sinceros ademanes con la cabeza.

—Está aquí ahora en el despacho —dijo el locutor tranquilo—. Sí va a hablaros. Va a deciros, en sus propias palabras algo de esto —la cabeza se sacudió triste y lentamente— este criminal va a hablar de la asombrosa conspiración contra ti y contra el Jefe que tú has escogido.

Hubo un murmullo del grupo que estaba mirando allí en el hotel, una mezcla de cólera y expectación. Cuando el locutor se levantó y se volvió hacia una figura enmascarada que estaba de pie tras él, todos se inclinaron hacia delante un poco, esperando. Le arrancaron la máscara bruscamente.

—¡Roed! —dijo Petr—. ¡Lo cogieron!

—¡Esos frigios agentes! —gruñó Jac Duclos.

El rostro de Aaron Gray empalideció por debajo de aquella piel curtida y sus labios se abrieron levemente. El grupo, todos a una, se acercó a la pantalla.

—Voy a pedir a este hombre —dijo el locutor—, a este criminal que les cuente su historia. ¿No quieren escucharla con atención?

La cámara avanzó hasta enfocar el rostro de Larry Roed. No había error en la identidad y, sin embargo, la cara parecía distinta. Tenía una mirada blanda e impersonal. Roed frunció levemente mientras buscaba las palabras que tenía que decir.

—Soy un conspirador criminal —dijo con voz entrecortada—. Fui intrigado contra nuestro Jefe y contra la orden benevolente del CCP.

—¿Y por qué has hecho eso? —preguntó con suavidad el locutor —. ¿Tuviste alguna justificación?

Roed pareció turbado.

—Sin motivo alguno —dijo, sacudiendo la cabeza—. Había personas que intentaron hacerme un desgraciado.

—¿Había muchas de esas personas?

—Oh, no —dijo Roed—. Había sólo unas cuantas—. Sólo unas cuantas personas.

—¿Y es en verdad infeliz?

—No —contestó el hombre que había sido Larry Roed—. No, no era enteramente feliz.

—¿Y qué intenta usted hacer? ¿Qué le obligaron que hiciera? La voz inquisidora del locutor era suave, amistosa, cálida, íntima.

—Querían que matase —dijo Roed sin expresión alguna—. Deseaban que matase a nuestro Jefe.

—¿Pero te cogieron, verdad?

—Sí. Me cogieron. Nos cogieron a todos.

—¿Y quedan algunos otros libres? ¿Aquellos que intentaron hacerte desgraciado, convertirte en un asesino?

—No —dijo Roed, mirando sin ver—. No, no queda ninguno.

—Muchas gracias. Puedes irte ya.

El autómata desapareció de la pantalla. Se fue de buena gana, como un niño azorado al que sus parientes le apartan de Uta lugar por el que no tienen ningún interés por estar.

Las cámaras le siguieron mientras se marchaba y en cierto modo el efecto fue lastimero. La figura se hizo más pequeña y más pequeña, desapareciendo de la cámara hasta que fue un punto pequeño en el centro de la viñeta. Por último se esfumó. Y al instante el rostro del locutor llenó la pantalla y sus ojos perforaron a los ojos de los espectadores y con voz baja y amistosa comenzó a hablar.

—Esta es nuestra prueba —dijo el locutor del CCP—. Y esta es tu oposición a nuestro Jefe: pobres hombres, fracasados. Este es el mensaje que quería darte esta noche. Gracias por haberme escuchado.

La pantalla se apagó. El grupo de la habitación del hotel permaneció sentado y en silencio mirando al aparato. Petr oyó que alguien maldecía pero no pudo ver quién era. Aún seguía viendo la imagen de Roed con su mirada vacía, como si estuviese allí.

—¿Cómo consiguieron que hiciese eso? —preguntó una voz baja, la de Alda.

—Cuando desaparece la memoria de un hombre, cuando no sabe

quién es o lo que ha hecho, es fácil colocar palabras en su boca —contestó Aaron Gray.

Petr se rozó con la lengua la muela postiza de su boca.

—Él lo hizo por sí mismo, deliberadamente —dijo.

—Por nosotros, pensó. Por Alda y por mí y por nuestro hijo. Miró alrededor a los rostros de la habitación, leyendo las señales de lástima, impresión y cólera. Una de aquellas caras mentía. Descubriría quién era. Era su trabajo ahora.

Supo entonces que había llegado al centro del círculo.

* * *

Más tarde, después de que el plano hubiera evolucionado en su mente, se sentó en el dormitorio con el doctor Gray y Duclos.

—El traidor tendrá que creer que usted está en el submarino —dijo Duclos.

—No espera que abandone a Alda ahora —contestó Petr—. Y mientras él esté seguro de que todo el mundo está a bordo, hará su juego. Después de todo, no sabe lo mucho que ahora sabemos.

Aaron asintió.

—Puede que dé resultado —dijo—. Si lo da, tendrás que matar al traidor. Cógelo vivo si puedes, pero evita que siga con su infernal trabajo.

—Cerca del agua será fácil disponer del cuerpo —dijo Duclos con un sentido práctico de las cosas.

—Yo me ocuparé de él —intervino Petr con tranquilidad.

El anciano le miró tranquilo.

—Eso lo arregla todo —dijo. Sonrió—. Me alegro de tenerte con nosotros, Petr.

CAPÍTULO VII

Ahora había casi un recuerdo total, un almacén abierto de memorias de entre las que podía escoger. Pero Petr yacía en silencio, esperando la reacción de Porter. Algo de lo que había dicho pudiera haberle impresionado. Se daba cuenta de que estaba casi sin municiones... y sin tiempo.

Pensó en su padre, recordando ahora con claridad al ceñudo anciano, viéndole sin la bruma sombría de la duda y del malentendido que antaño oscurecieron su visión durante tanto tiempo. Sintió una especie de lástima por no haber podido conocer realmente a John Clayborne mientras vivió. Pensó en la ironía que representaba el que el Estado del Jefe, al castigarle por el crimen cometido por su padre, le había arrastrado a la repetición de aquel crimen. A no ser por la casual negación de su derecho a la paternidad, podría haber vivido doscientos años de ceguera, pensando que él mismo se veía libre de la tiranía del Jefe, aunque se encorvara bajo su oneroso peso.

—Dele otro estimulante —ordenó Hartog con aspereza.

—Sí —murmuró Porter cerca del oído de Petr—. Sí,, me gustaría saber más detalles acerca de esa fruta venusiana. Y de las algas alimenticias.

—¡Tonterías! —saltó Hartog— ¡Una mentira! Le dijeron que era de Venus y se lo creyó. —Hubo una pausa y cuando Hartog volvió a hablar su voz estaba impregnada de sospechas—. Sí él lo creyó, ¿es posible que aun estando bajo tratamiento trate de engañamos?

—Absolutamente imposible —contestó el comandante Porter.

Hubo otra pausa. Petr permanecí a inmóvil respirando con dificultad.

—¡Yo le daré el estimulante! —exclamó Hartog.

Petr sintió calor cerca de su rostro. Su cuerpo se tensó. Luchó por mantener cerrados los ojos en contra del apremiante deseo de saber lo que iba a sobrevenirle. El calor le rozó la mejilla con una línea delgada de dolor. Trató de mantener encajados los dientes apretando visiblemente los labios. Debía ser un cigarrillo, pensó.

Ahora lo sabría todo.

—Capitán, le advierto…

Se oyó el arrastrar de irnos pies sobre el duro suelo y el chocar de un puño contra un cuerpo, y un fuerte gemido.

—¡Usted me advirtió! —Hartog mordía una a una las palabras— ¡Loco estúpido!

Sin previo aviso Petr volvió a notar la quemadura, abrasándole la mejilla hasta que un Manco cuchillo de dolor creció tras sus ojos obligándole a convulsionarse de manos y pies. Olió a carne quemada y una fuerte debilidad se asentó en sus sienes. Su vientre se contrajo y notó cómo corría por sus muslos el líquido cálido de la vejiga de la orina.

A pesar de todo no emitió el menor sonido, aunque se preguntó si la presión que hacía llegaría a desencajarle las mandíbulas. La presión contra su mejilla duró tan sólo un instante, pero el dolor continuó meciéndose en el interior de su persona a oleadas cada vez menos frecuentes.

En aquel momento lo recordó todo vívidamente… los días escolares con Hartog, su antigua enemistad, el brillante día en que Kurt llevó a Alda a la reunión anual de la promoción y en el que realmente la vida de Petr comenzó.

Y todo había sido una farsa, un jugar con su buena fe. El plan era tan increíblemente sencillo que no tuvo el menor motivo para sospechar. Había sido fácil para Kurt poner en escena la pequeña comedia de la fiesta para desarmar a Petr, fácil para Alda mostrarse amistosa con él, fácil hacerle creer que Alda estaba sola e indefensa, ante las villanías de Hartog.

Vio los ojos grises de ella mirándole, su bello rostro desencajado por la preocupación. Se oyó a sí mismo declarándose, oyendo el leve murmullo de la resaca por debajo de donde estaban, cerca de la playa solitaria, percibiendo también con claridad cómo la voz de Alda le decía: «¡No lo digas, Petr!».

¿Era posible que una persona pudiera ser tan falsa? ¿O acaso ella había caído en su propia trampa de amor? Quizá en su duelo en la calle, a ella no le fue posible apuntar con seguridad sabiendo que quien moriría sería su amado. Quizá Alda le había dejado que la matara.

—No —gritó sin emitir el menor sonido—. No —repitió en voz alta, abriendo los ojos—. ¡Ella no ha podido hacerlo! ¡Es una mentira infame!

—¿Qué ocurre? —preguntó el comandante Porter con sencillez —. ¿Se ha acordado de alguna cosa más?

—Ya ha acabado de recordar —exclamó furioso Hartog. Se adelantó hacia Petr. Cerró sus manazas convirtiéndolas en un par de sólidos puños—. Ya ha hablado todo cuanto tenía que hablar.

—Al contrario, capitán —dijo Porter—. Esto es muy revelador. Adelante, señor Clayborne.

Hartog se volvió hacia el doctor emitiendo su garganta un feo gruñido. Se interrumpió cuando vio el cañón de un pequeño paralizador apuntándole desde la mano del comandante.

—Siga hablando —dijo Porter calmoso refiriéndose a Petr.

Por último Porter se había decidido a actuar. El hecho no parecía demasiado importante.

—No hay nada más —contestó Petr—. Recuerdo muchas cosas, pero…

—Pero no tienen sentido con Alda, trabajando para el capitán Hartog, ¿verdad?

Petr asintió. Tenía la garganta casi ocluida.

—Me pagará esto que hace —dijo Hartog con frialdad. Sus ojos no se apartaron nunca de la mano que empuñaba el paralizador. Se balanceaba ligeramente sobre sus pies, pero la mano armada de Porter no le seguía en el balanceo.

—Eso tiene mucho sentido común para mí —contestó Porter a Petr, ignorando la interrupción de Hartog—. Todo está bien claro, incluyendo el motivo por el que el capitán estaba más interesado en destruirle que en cumplir su verdadera misión.

Petr le miraba fijamente, preguntándose adónde quería ir a parar el comandante.

—Quiero decirle que vi el cadáver de su traidor —afirmó Porter con tranquilidad.

Petr permanecía muy quieto. Oyó como el aire siseaba al penetrar por la nariz de Hartog.

—¿En dónde? —preguntó Petr.

—En un cuarto al fondo del pasillo de este puesto —dijo Porter,

vigilando con atención a Hartog—. Me tomé la molestia de echar un vistazo al cadáver cuando hace un rato me ordenaron que saliese de esta celda. Eso ha sido un grave error, capitán. Me dio tiempo para pensar y hacerme preguntas.

—Está usted ayudando a un enemigo del Estado —exclamó Hartog, sin apenas poder dominar su cólera—. Eso hace de usted, Porter, un enemigo también.

—No tengo la menor intención de ayudar a un enemigo del Estado, capitán Hartog —le respondió Porter y Petr le miró turbado —. Me limito a interrumpir sencillamente un interrogatorio que ha sido conducido de manera contraria a los intereses del Estado. Ahora que su memoria ha sido restaurada por completo, el prisionero puede ser en extremo valioso. Por eso es por lo que di ciertos pasos cuando comprendí que usted no trataba de obtener información de él, capitán, sino matarle, lenta y penosamente. Quizá se haya preguntado por qué no es ahora un idiota murmurante. La respuesta es sencilla. Reduje la potencia de los tratamientos de electrochoque.

Durante un momento el rostro de Hartog se ensombreció de furor. Luego, bruscamente, cambió de expresión. Su cuerpo pareció relajarse. Sonrió.

—Siento alivio al enterarme que usted no trata de ayudar al prisionero a escapar —dijo Hartog con tono placentero—. Comprendo su interés, comandante, pero le aseguro que ha interpretado por completo mal mis métodos. No puede usted negar que ya he obtenido una buena cantidad de información vital.

—Toca a sus superiores decidir el caso —le respondió Porter con frialdad—. Le dije, capitán, que daría parte de usted y voy a hacerlo.

Petr sabía que había fracasado. Logró que Porter comprendiera el motivo personal de venganza de Hartog, pero había fracasado en romper la dura cáscara que guardaba la fe del comandante en sus Jefes.

—No entiendo nada de esa historia acerca de algas alimenticias y frutas venusianas —dijo Porter ceñudo—. Pero estoy seguro que nuestros Jefes querrán investigar el asunto hasta el último detalle.

La sonrisa de Hartog se ensanchó.

—Su lealtad me complace, comandante —exclamó—. Estoy seguro que podremos resolver esto amistosamente.

—El cuerpo de la otra habitación —irrumpió Petr de manera repentina—. ¿Es de Alda?

Porter siguió con los ojos puestos en Hartog.

—No he visto jamás a ninguna de las personas que usted mencionó —dijo—. Pero reconocí aquel cuerpo gracias a su descripción.

Petr esperaba. Notaba su cuerpo frío, como si estuviese en medio de una corriente de aire helado.

—Pero antes hay algunas cosas que me dejan perplejo —prosiguió Porter al cabo de unos segundos de pausa—. Esa caja en la habitación del hotel. La que usted llevó a bordo del submarino. Parecía muy importante para ustedes. ¿Qué contenía?

Petr pensó en la preciada caja. El pensamiento fue como una dolorosa puñalada.

—Les dije que Alda se desmayó cuando llegamos a la habitación del hotel —dijo lentamente—. Luego de que Roed nos ayudara a escapar.

Porter asintió.

—La caja era una incubadora portátil —continuó Petr—. Alda dio a luz a nuestro hijo.

Porter frunció el ceño. Sus labios se retiraron en una expresión de disgusto... la respuesta automática de un ciudadano del Jefe ante la cruda faz de un nacimiento ilegal. Durante un instante dirigió su mirada a Petr y en aquel momento Hartog atacó.

Con el rabillo del ojo Petr vio cómo se hinchaban los músculos de los hombros de Hartog, y gritó, pero antes de que su boca respondiera a la orden del cerebro, el capitán se había lanzado sobre Porter. Una silenciosa detonación del paralizador mordió un agujero inofensivo en el revestimiento interior de la pared, detrás de ellos.

Petr pateó y forcejeó pelando contra la fina película que aprisionaba su cuerpo. Retorció la cabeza con frenesí para ver la lucha. Hartog estaba encima de Porter y una de sus manazas retorcía la huesuda muñeca del doctor. Petr oyó el golpe del paralizador al caer de la mano de Porter. 1

Sabía que era inútil forcejear. Porter no podría resistir mucho tiempo el ataque de Hartog, su peso y su fuerza.

—¡Porter! —gritó Petr—. ¡Suélteme de aquí! ¡Hartog le matará!

—¡Sí! —gruñó Hartog—. ¡Sí, le voy a matar!

Porter se retorció tratando de salir de debajo de Hartog, intentando esquivar los mazazos del puño que caían sobre su rostro. Petr vio cómo una de las manos del doctor caía atrás con pesadez, como cediendo en los intentos de rechazar a Hartog, y se dio cuenta de que la pelea acabaría pronto. Los fuertes dedos de Hartog rodearon la garganta de Porter. Apretaron y los nudillos del capitán se hincharon.

Entonces Petr vio que la mano libre de Porter se hundía en un bolsillo lateral, saliendo después con un frasquito verde. Hartog se dio cuenta y aferró aquella mano, pero antes de lograrlo los dedos de Porter lo apretaron y una nubecilla verdosa se desprendió de los restos del frasco.

Turbado, Petr contempló como la niebla estabilizaba. Un poco de ella se posó en sus labios dejando en ellos un regusto suave y dulzón. Pero un súbito grito le hizo mirar de nuevo a los que luchaban. El rostro de Porter estaba congestionado de dolor y el brazo libre yacía en el suelo, doblado en un ángulo inverosímil. El frasquito verde derramaba su líquido en un arroyuelo formado en el piso. La mano de Hartog continuaba apretando la garganta de Porter y los esfuerzos del doctor eran cada vez más débiles.

Con un violento retorcimiento Petr intentó de nuevo libertar su cuerpo de la película. Sintió que la presión cedía. Levantó la cabeza para mirarse. La niebla verde que Porter había expelido en el aire estaba deshaciendo el plástico de la película.

Con un chispazo de comprensión comenzó a luchar contra la película. Detrás de él, en el suelo, se oían los estertores de la garganta de Porter. Eli laborioso respirar y el rumor de pies que habían sido los sonidos de la lucha, casi habían desaparecido.

Petr logró librarse una mano. Arrancó la película a tiras en una larga línea de su cuello a su cintura. Los hombros quedaron libres y comenzó a sacudir las piernas para liberarlas también. Era como luchar contra una telaraña o Contra una red de finísimo hacer. Incluso aun cuando la telilla estaba rota y arrancada, habían restos

que permanecían pegados a él, dificultando sus movimientos, atándole una mano o trabando sus piernas.

Ya no se oían ningún sonido procedente del suelo. Con un último esfuerzo, Petr se liberó una pierna y se arrancó la película de los brazos, dejándola colgar en sus caderas. Giró sobre sí mismo y cayó de la mesa.

Cuando tocó el suelo vio a Hartog dándose la vuelta. Percibió la desmadejada figura del suelo, el extraño brillo en los ojos de Hartog, el paso que dio hacia él el hombretón, con los puños cerrados.

Las piernas de Petr cedieron y comenzó a caer. Sus ojos captaron el reflejo de luz gris del paralizador de Porter y orientó su caída en aquella dirección. El movimiento le llevó lejos de Hartog. Pero los puños del capitán aún rozaron la parte superior del cráneo de Petr.

EU impacto de la caída dejó sin aliento a Petr. Pero sus dedos tantearon el suelo a pocos centímetros del mango o culata del paralizador. Oyó maldecir a Hartog y pescó un manchón de movimiento mientras la masa del capitán se dejaba caer sobre él. Hizo girar su cuerpo y en el mismo instante sus dedos se cerraron en torno a la culata del arma.

El corpachón de Hartog chocó con el de Petr poco después de haber éste comenzado a rodar. El movimiento, sin embargo, no se interrumpió y los dos hombres quedaron un poco apartados. Petr se sentía enervado, entumecido, con los dedos sin nervios, pero logró ponerse arrodillado a tiempo de enfrentarse con Hartog cuando el capitán trataba otra vez de atacarle.

Petr disparó a boca jarro en la misma cara de Hartog. El pesado cuerpo se precipitó sobre él, haciéndole soltar el paralizador. Se quedó impotente clavado en el suelo bajo la mole de su enemigo.

Yació allí, tratando de respirar y notó como el cuerpo de Hartog comenzaba a quedar rígido.

Al cabo de un instante consiguió levantarse un poco. El cuerpo de Hartog rodó de encima de él, como rodaría un tronco de árbol. Petr miró la informe masa de carne que había sido el rostro de Hartog y comenzó a temblar de manera incontrolable.

Pasó un rato antes de dejar de temblar. Petr miró el reloj de pared. Las 4:32 DE LA MADRUGADA. Dentro de veintiocho minutos

el submarino emergía.

Permaneció tambaleándose, agarrado a la tabla de piedra. Le costó un esfuerzo recoger el paralizador. Sus manos aún temblaban cuando ajustó la potencia del arma, disminuyendo la presión. No quería matar a nadie más. Bastaría con paralizarlos temporalmente.

Pulsó el botón del costado de la mesa y gritó por el intercomunicador:

—¡Sargento!

La puerta de la celda se corrió hacia arriba. El sargento entró alerta. Sus ojos se desmesuraron con sorpresa y el disparo del paralizador congeló aquella expresión sorprendida.

Tras el cuerpo rígido del sargento, Petr captó el manchón colorado de la cara del cabo. Dio un paso hacia la derecha y volvió a disparar. Eli rostro colorado se quedó con un gesto de semi-comprensión. Los dedos del cabo estaban cerrados en torno a su paralizador.

Petr arrastró los dos cuerpos dentro de la celda. No sintió la menor emoción. Se recobrarían. Pero sí sintió algo de pena cuando se fijó en el cuerpo inerte del comandante Porter. El doctor había tratado de comprender. Había sentido compasión y tuvo un concepto del derecho en lo referente a ciertas cosas. Había muerto por tener sentimientos humanos y humanitarios.

Petr no volvió a mirar el cuerpo de Hartog. Aquello había pasado.

El corredor fuera de la celda estaba vacío. Petr lo recorrió despacio hasta la arcada de la derecha que conducía a la sala de recepción. Pudo ver tres puertas en la parte izquierda del pasillo. No había tiempo, pero tendría que examinarlas ,una por una. Era preciso que supiera. Antes de creer por completo que Alda había sido la traidora, tenía que ver su cadáver. Y Porter había esbozado una extraña sonrisa cuando habló de aquel cuerpo…

Las primeras dos puertas estaban a este lado de la arcada. Cuando oprimió un botón se abrieron en silencio. Eran celdas idénticas a la que había ocupado él. Las dos estaban vacías.

Para llegar a la tercera le era preciso cruzar la arcada que daba a la sala de recepción y a la calle. Dudó un poco, hizo una profunda aspiración y cruzó. El cañón de su paralizador apuntó a otro joven

cabo instalado tras el escritorio. Los ojos del agente parpadearon. Durante un momento se miraron con fijeza, sin decir palabra. La mano del cabo se movió y Petr disparó… pero no pudo evitar que aquella mano cayera sobre un pulsador y pusiera en marcha el estridente sistema de alarma.

Petr regresó al pasillo. La sirena de alarma llenaba de agudo sonido a todo el edificio. Abrió la última puerta del corredor y el clamor le siguió hasta dentro. El cuarto estaba a oscuras. Encontró una hilera de botones y los pulsó todos. Un sin fin de focos se encendieron en el techo y paredes. Se trataba de un laboratorio médico. Uno de los reflectores iluminaba un cuerpo ensabanado.

Se acercó despacio a la mesa y miró. El corazón le martilleaba como el ritmo constante e inalterable de la sirena de alarma que llenaba aquel edificio poblado ahora por fantasmales estatuas vivas. Su mano se adelantó de mala gana hasta asir el blanco lienzo. De un tirón lo apartó.

Se apoyó en la mesa tambaleándose. Durante un momento permaneció así, con la cabeza doblada, mientras el sonido de la alarma parecía adquirir tintes y acentos alegres y de alivio infinito. Con ojos vidriados miraba los rasgos caricaturescos del rostro de Joe Hurley, congelados para siempre en una máscara de frustración. Muerto, aquel rostro parecía el de un desconocido.

Comprendió entonces lo que había hecho Hartog y cómo Porter se dio cuenta de sus motivos. Pero supo también que no tenía excusa para su falta de fe, porque había creído la mentira. Tenía que pedir muchas veces perdón a Alda.

Y ahora que veía el rostro del traidor, no estaba sorprendido. Estaba seguro de que si tenía cuidado al examinar sus recuerdos, encontraría pistas por todas partes que señalarían inevitablemente a Joe.

El sonido de voces audibles por debajo del estridente pitido de la alarma, llamó su atención. Alerta ahora, ansioso, examinó el laboratorio rápidamente, buscando algo que sus ojos habían visto antes, pero que no le había llamado la atención. En seguida lo volvió a ver. Una puerta. Una salida excusada.

Cuando abrió las voces estaban en el corredor. Petr salió a una zona de aparcamientos. A su derecha estaba el helicóptero

particular de Hartog. Más allá, en la calle, se veían diseminadas figuras corriendo hacia el puesto del OCP. Petr se lanzó en dirección al helicóptero.

No se molestó en calentar el motor. El aparato sufrió una serie de intensas sacudidas producidas por las vibraciones del motor todavía frío, pero en cuestión de segundos había despegado. No le quedaba mucho tiempo antes de que los aparatos patrulleros llegaran en respuesta a la alarma.

Encendió las luces del panel de instrumentos para ver la hora: Eran las 4:53 de la madrugada.

Sintió una intensa excitación, una alegría, qué se originaba en lo más profundo de su ser. Alda le estaba esperando… y llegaría a su lado a tiempo.

FIN